

050
CUR

CURSOS Y CONFERENCIAS



SUMARIO

LUIS REISSIG	La alfabetización y los cambios económicos
ELSA TABERNIG	"Juan Pérez", novela inédita de Alejandro Korn
ANGELA B. A. DE PAGELLA	Influencia del teatro europeo en la temática nacional
CLARA L. VILASECA	Educación para la democracia
FRIDA W. DE KURLAT	El Congreso de Dialectología de Lovaina (1960)
CARMELO M. BONET	El problema de la población en la Argentina

VIDA DEL COLEGIO — FILIAL DE BAHJA BLANCA

REVISTA DEL COLEGIO LIBRE DE ESTUDIOS SUPERIORES

VOLUMEN LV
NUMERO 287

AÑO XXIX

ENERO
JUNIO
DE 1960

05
C939

AÑO XXIX

Número 287

Volumen LV

C U R S O S

Y

CONFERENCIAS

E N E R O

J U N I O

DE 1960

La alfabetización y los cambios económicos

por LUIS REISSIG

Se da por cierto que una persona ha salvado la barrera principal entre la ignorancia y el saber cuando ha aprendido a leer y escribir. Por ello, la enseñanza de la lectura y la escritura es el primer asunto de la etapa primaria de los sistemas escolares obligatorios. Inicia en el manejo de una técnica que tiene aplicación en todas las ramas del saber y por tanto conviene que se aprenda desde temprano, sobre todo cuando hay que empezar a ordenar conocimientos que con el tiempo pueden ser complejos y abundantes. En cambio, cuando los conocimientos son pocos y sencillos y su adquisición puede hacerse en forma directa y no por medio de la lectura, la enseñanza de ésta y de la escritura no se presentan como fundamentales.

Como vemos, no obstante ser dicha enseñanza, prima facie, primordial y perentoria, su realización está condicionada por circunstancias de ambiente, que en un caso pueden exigirla y en otro, postergarla. El conocimiento y trato de estas circunstancias es básico para determinar el grado de utilidad y la amplitud del campo de acción de la lectura y la escritura. Si no se tiene esto en cuenta, se cae en una ciega aplicación del propósito de alfabetización, lo que trae como consecuencia una falta de articulación entre el potencial de la técnica que se enseña y la carencia de un campo apropiado donde aplicarla.

La lectura y la escritura son técnicas valiosas para la adquisición y difusión de conocimientos, pero su utilidad depende de la existencia de dicho campo de aplicación. Si éste falta hay que crearlo, a fin de que tales técnicas encuentren el ambiente adecuado para desempeñar la función que les es propia.

Ningún otro asunto en la enseñanza primaria, incluidas las cuatro clásicas operaciones aritméticas fundamentales, tiene la preeminencia de la alfabetización; pero a pesar de esta preeminencia en el orden de los objetivos, que la escuela trata de alcanzar, y del

empeño que en general ponen los países en enseñar a leer y escribir, el número de analfabetos en el mundo es grande todavía: de 550 millones de niños y adolescentes en edad escolar, sólo 300 millones están matriculados en las escuelas primarias y secundarias, y de 1.587 millones de adultos, sólo el cincuenta y tantos por ciento saben leer y escribir.

¿A qué se debe la diferencia entre el número de personas que saben leer y escribir y el número de los que deberían saberlo? ¿A qué se debe que unos países tengan más analfabetos que otros? ¿Qué es lo que determina que un país mantenga inalterable o con muy poco cambio un alto número de analfabetos y otros países un número bajo? ¿Qué es lo que hace que países con más analfabetos que otros reduzcan en forma rápida el por ciento de los mismos, mientras que otros que tienen menos lo hacen en forma lenta, casi imperceptible?

Podría pensarse que esas diferencias se deben a que unos países ponen más cuidado que otros en enseñar a leer y escribir mediante el empleo de más recursos, de mejores maestros y material de enseñanza, la instalación de más escuelas, la organización de campañas especiales para interesar a las gentes en aprender cualquiera que sea su edad, etc.; pero aunque el empleo de tales medios favorece la alfabetización, no asegura que ésta se logre más allá del límite impuesto por las condiciones de ambiente. Cuando ha habido grandes cambios favorables en la reducción del número de analfabetos, ha sido como consecuencia de grandes cambios —entre los principales, los económicos— ocurridos en la sociedad o el país donde esta reducción se ha logrado. La Argentina, por ejemplo, redujo su número de analfabetos en mayor cantidad y proporción que los demás países de América Latina, no sólo porque tuvo un gran educador, Sarmiento, y porque contó con un magisterio bueno y abundante, sino porque tuvo una economía agropecuaria próspera —coyuntura que Sarmiento utilizó muy bien— que formó a una clase media numerosa, que necesitaba saber leer y escribir para ocupar flamantes empleos y levantar su status económico y social, y que fue la beneficiaria directa y principal de la escuela primaria común, gratuita y obligatoria. En cambio, otros países de América Latina que no lograron desarrollar ni afianzar una economía agropecuaria equivalente, ni una numerosa clase media, mantienen todavía un alto porcentaje de analfabetos.

Podría pensarse que otra causa de las diferencias a que aludimos es que se aprende a manejar unos sistemas de escritura con más rapidez que otros; de ahí la tendencia a adoptar el alfabeto latino en poblaciones que no lo emplean y que quieren que se aprenda pronto a usar un sistema de escritura de fácil manejo. Turquía, por ejemplo, partió de esta idea cuando dictó en 1928 la

ley por la que se reemplazaba el viejo sistema de escritura turco, tomado del alfabeto árabe, por nuevos signos tomados principalmente del alfabeto latino. Pero no obstante este positivo paso hacia adelante que facilitó a muchos aprender a leer y escribir, conjuntamente con la introducción de un sistema fonético de deletreo, Turquía tenía en 1950 en su población de 15 años en adelante, 68,1 por ciento de analfabetos; y esto ocurría a pesar de la intensa campaña de alfabetización que se llevó a cabo en los primeros años de la implantación de la República (1923) bajo Mustafá Kemal Atatürk, para que todos los habitantes supieran leer y escribir. En 1955, Turquía tenía cuatro veces más maestros y escuelas y seis veces más alumnos que en 1923; pero al mismo tiempo —conviene retener esto en la memoria— su población rural se mantenía —y aún se mantiene— alta: forma el 75 por ciento de la población total del país; con el agravante de que gran parte de sus unidades de población son pequeñas; en 1950, el 41 por ciento de sus pueblos y aldeas tenía cada uno menos de 300 habitantes y los que tenían más de 1.000 habitantes eran sólo el 6,7 %, lo que indica pobreza de desarrollo.

El impedimento para que se logre la alfabetización total de una población no se debe esencialmente a dificultades en el manejo del alfabeto o a deficiencias en los medios de que se vale la enseñanza (maestros, escuelas, cartillas, etc.) o a negligencia en la forma de conducir el propósito de alfabetizar; por el contrario, en todos los países hay pruebas de un gran interés por erradicar, como se dice, el analfabetismo y en aplicar los medios apropiados para lograrlo. Además, el aprendizaje de la lectura y la escritura no es muy dificultoso ni extremadamente largo, si se tiene en cuenta la alta calidad de su técnica; no requiere condiciones especiales en el individuo; todo el mundo puede aprender a leer y escribir, aunque la abrumadora cifra de analfabetos parecería desmentirlo. Ese aprendizaje está, además, facilitado por el alfabeto fonético que usamos, por lo que puede descartarse que el analfabetismo se deba a dificultades instrumentales. A nuestro alfabeto no le ocurre lo que a otras técnicas —u otros sistemas de escritura— que con el tiempo resultan anticuados y deben ser modificados o reemplazados. En sus 33 siglos de vida no ha mostrado ningún signo de vejez; por el contrario, vive lozano, y su dominio se expande en lugar de disminuir. El pueblo que lo elaboró —el fenicio— “necesitaba” una técnica simple, fácil de aprender para manejar sus negocios y para otras actividades, y de ello resultó el alfabeto. Los fenicios eran un pueblo rico, adelantado, con alto grado de preparación técnica y por lo tanto de civilización. Si no hubieran estado tan adelantados no hubieran necesitado el alfabeto, ni estado en condiciones de inventarlo, ni lo hubieran hecho tan simple,

preciso y claro, pues esto requirió un alto grado de desarrollo de la inteligencia; ni tampoco los griegos, los etruscos y los romanos —que eran pueblos, como es notorio, avanzados— lo hubieran adoptado, y menos se hubieran dado a la tarea de mejorarlo.

El alfabeto fenicio significó un paso evolutivo en los sistemas de escritura usados hasta entonces, como ser el jeroglífico, de los egipcios, y el cuneiforme, de los caldeos. Con él comienza una nueva fase de la historia de la comunicación por escrito; por primera vez el hombre tiene “en sus manos” un medio sencillo de comunicación, fácil de aprender a manejar. Pero a pesar de esto ¿cuántos habían aprendido a leer y escribir, un siglo, dos siglos, diez siglos después del feliz invento fenicio? No se sabe, pero su número debió ser insignificante. Con el tiempo, navegantes tan diestros o más que los fenicios descubren nuevos mundos; la ciencia, la técnica, las letras, la filosofía brindan al hombre conocimientos, descubrimientos e ideas, cuyo medio de registro y trasmisión es el alfabeto. Se inventa la imprenta; triunfan revoluciones populares que hacen de la enseñanza y en particular de la alfabetización una de las obligaciones primordiales de los gobiernos para con los pueblos. Legiones de maestros con millones de pizarras y cartillas, durante millones de horas de clase enseñan el alfabeto. Pero, a pesar de esto, sólo una minoría lo conoce y lo usa. No siglos atrás sino ayer —en 1938— cuando se logra la fisión del átomo, todavía más de la mitad de la población del mundo es analfabeta.

¿A qué se debe esta situación de larga data que parece inalterable?

En primer lugar debe tenerse en cuenta que todos los sistemas de escritura son técnicas avanzadas, fruto de sociedades avanzadas y son más usados por las clases e individuos que están por encima del nivel económico-social promedio que por los que están por debajo de él. Tales sistemas son técnicas cuya creación es posible a partir de un nivel mínimo de civilización; por esto, para llegar al “pleno uso y goce” de la técnica de la lectura y la escritura es preciso haber llegado primero al nivel de civilización que ha de requerirla.

El empleo amplio de la lectura y la escritura necesitan, pues, un campo apropiado. Si éste es pobre y reducido, la lectura y la escritura serán pobres y reducidas y por su carácter de técnicas superiores pueden llegar a ser de uso menos urgente, frecuente y hasta necesario que el pico o la pala u otros utensilios o artefactos que no requieran que se sepa leer y escribir para manejarlos. El aprendizaje de la lectura y la escritura se dificulta cuando hay en el ambiente una barrera de condiciones que no lo estimula, lo frena o lo imposibilita. En cambio, si predominan condiciones favorables, dicho aprendizaje se facilita.

Las condiciones en que vive la mayor parte de la población

del mundo están muy por debajo de un nivel mínimo de bienestar y de civilización; a esto se debe que haya tantos analfabetos. La asociación de la miseria y la ignorancia es constante y estrecha: dondequiera que está una está la otra. Lo natural sería que se atendiera a las dos en forma simultánea; pero en general se ha preferido ocuparse en disminuir la ignorancia, porque ha parecido más fácil y sencillo. De esta manera, ante una población pobre y analfabeta, por ejemplo, en cien casos sobre ciento se ha optado por alfabetizar y se ha dejado de lado —para un futuro— la disminución de la pobreza. El resultado es bien conocido: ni es mucho lo que se logra en cuanto a aprender como es debido a leer y escribir, ni sirve esto de mucho si persiste la situación de miseria. Si se optara por reducir ésta o eliminarla, los resultados serían estupendos.

Un asunto parece claro: siempre que las condiciones y circunstancias del medio o ambiente favorezcan y requieran el aprendizaje de la lectura y la escritura, éste debe intentarse; pero si no lo favorecen, hay que preparar primero el ambiente de modo tal que requiera ese aprendizaje. Esta preparación puede suscitarse por un propósito educativo de mejoramiento de las condiciones del medio.

La mejora en las condiciones de miseria es factor preponderante para ascender de nivel de civilización y en consecuencia de alfabetización, y en general, de aprendizaje. Si esa mejora pudiera lograrse por procedimientos educativos no habría que vacilar en emplearlos, pero es más acertado confiar en que la miseria ha de quedar reducida o eliminada más por un proceso técnico-económico que escolar o didáctico.

A propósito de esto cabe decir que a medida que se ha avanzado en el estudio de la composición de los ambientes y del grado de influencia que tienen sobre la enseñanza los factores que los integran, se ha observado que los factores económicos aparecen en forma constante e influyen mucho en la determinación del tipo y grado de receptividad educativa del ambiente. El reconocimiento de este hecho ha contribuido a una nueva interpretación de la realidad educativa y dado a ésta una nueva base para su desarrollo. El factor económico no sólo explica por qué se está en tal o cual nivel social-educativo sino que da a los sistemas escolares un nuevo giro al asignarles un papel económico, que hasta ahora se ha tenido muy poco en cuenta. En las regiones con bajo o deficiente desarrollo económico (Asia y África) del 10 al 20 % saben leer y escribir. En las regiones con mejor nivel de desarrollo económico (Europa y América del Norte) del 79 al 99 % saben leer y escribir.

Los por cientos de analfabetos y el número absoluto de los mismos están basados en censos o cálculos que no cuentan siempre con una información exacta; si pudieran basarse en el número

real de personas que saben realmente leer y escribir las cifras de analfabetos y sus por cientos serían mucho mayores.

La mayor parte de los niños que se inscriben en el primer grado de primaria abandonan la escuela al terminar los grados primero y segundo, o durante el curso de los mismos; y como lo normal es que sólo después del tercer grado se puede comenzar a considerar —condicionalmente— que un niño empieza a saber leer y escribir con cierta corrección, muchos de los considerados como que saben leer y escribir deben tenerse más bien como analfabetos. Saber poner la firma, escribir palabras sueltas, leer sin sentido de la oración no es saber leer y escribir. Hay millones de personas que aprendieron a leer y escribir pobremente, pero que no ejercitan su aprendizaje o lo hacen muy de tarde en tarde. La lectura y la escritura se tornan, así, actividades de uso poco frecuente y secundarias, no obstante la fabulosa cantidad de libros, folletos, revistas, diarios, carteles, prospectos, etc., que se imprimen y circulan.

El por ciento de analfabetos ha disminuido con el transcurso del tiempo en los países donde ha funcionado en forma regular un sistema escolar público, pero no siempre esto ha significado una reducción de su número absoluto. En algunos casos la reducción en el por ciento no ha guardado relación con la reducción en el número absoluto. En América Latina tenemos a este respecto, entre otros, los siguientes ejemplos: en la Argentina disminuyó desde 1895 a 1947 su por ciento de analfabetos, de 53,3 a 13,6, pero su número absoluto aumentó de 1.305.700 a 1.541.700; en Brasil disminuyó desde 1900 a 1950 su por ciento de 65,3 a 50,5 pero los analfabetos aumentaron de 6.371.700 a 15.272.600; en Chile, la reducción en el por ciento de 1907 a 1952 fue de 49,9 a 20,0, pero sus analfabetos sólo disminuyeron de 1.202.200 a 868.400; en México la reducción en el por ciento entre 1920 y 1940 fue de 77,7 a 54, pero sus analfabetos sólo disminuyeron de 7.631.500 a 7.544.000.

En los Estados Unidos de América, en cambio, la reducción del por ciento de analfabetos desde 1900 a 1940 fue de 10,7 a 2,9 y su número absoluto descendió de 6.180.100 a 3.249.000. En 1952 el por ciento de analfabetos entre personas de 14 y más años de edad, por años escolares aprobados, era allí el siguiente: con un año aprobado, el 51,5 por ciento; con dos, el 36,3; con tres, el 14,7; con cuatro, el 4,6; sólo al llegar al quinto año de primaria puede considerarse que el analfabetismo desaparece (1,3 por ciento). Estos datos indican que hay un considerable por ciento de adultos que aunque han aprendido a leer y escribir algo, no están en condiciones de escribir bien ni de leer de corrido.

La mayoría de las personas que a los 15 años no han aprendido a leer y escribir no intentan aprender después de esa edad; pero

esta situación puede cambiar si intervienen factores económicos que requieran que se sepa leer y escribir.

En América Latina el número absoluto de analfabetos es mayor hoy que a comienzos de siglo.

En el informe sobre Situación Social en el Mundo, publicado en 1957 por las Naciones Unidas, se declara que "el análisis de los datos censales sobre alfabetismo a partir de 1900 demuestra que a menos que la tasa de analfabetismo de un país se reduzca en promedio a razón del 10 por ciento o más por decenio, el número absoluto de analfabetos adultos tiende a aumentar. Ello se debe a los rápidos aumentos de población en la mayoría de los países donde el analfabetismo es elevado. En los casos en que la tasa de analfabetismo se redujo en un 25 % o más en el curso de un período de 10 años, se comprobó que el número absoluto de habitantes analfabetos tendía decididamente a disminuir".

El número de analfabetos de un país guarda proporción con el nivel de vida de su población, en particular en lo que se refiere a su alimentación, vivienda, vestido, salud, tipo de trabajo, recursos económicos, etc., que influyen en el promedio de años de vida de sus habitantes.

La "esperanza de vida" de la población de un país con pocos analfabetos, como Suecia por ejemplo (72 años y 0,1 % respectivamente) es mayor que la de un país con muchos analfabetos, como por ejemplo Pakistán (35 años y 86,5 % respectivamente).

La mortalidad debida a enfermedades infecciosas y parasitarias de toda clase en países con pocos analfabetos como Dinamarca 11,5 por cada 100.000 habitantes en 1955 y sin analfabetos) es menor que en países con muchos analfabetos, como El Salvador (181,7 en el año 1953 y 57,8 %, respectivamente).

El producto neto nacional por habitante en países con muy pocos o prácticamente con ningún analfabeto es más alto que el de países con muchos analfabetos. En el primer caso están Estados Unidos, Canadá y Suiza con más de 1.000 dólares por habitante; en el extremo opuesto están, entre otros, Brasil, Egipto, Guatemala, India, Japón y Portugal, con menos de 250 dólares; y en el punto medio, Argentina, Chile, Irlanda, Italia, etc., con un ingreso entre 250 y 500 dólares.

La relación entre condiciones económico-sociales y nivel de alfabetización corresponde a un conjunto de circunstancias. No hay una relación automática, directa y particular, por ejemplo, entre la mortalidad debida a enfermedades infecciosas y parasitarias y el número de personas que aprenden a leer y escribir, pero la hay entre el conjunto de condiciones que determinan el índice de mortalidad antedicha y lo que se logra en el campo de la enseñanza, del que la alfabetización forma parte. Puede haber, por ejemplo,

un descenso brusco de mortalidad por una campaña de salubridad enérgica, efectiva y bien orientada, sin que por ello descienda el número absoluto ni el por ciento de analfabetos; pero si esa mortalidad sigue descendiendo en forma natural y constante y ello indica que las condiciones económico-sociales del conjunto de la población han mejorado, tal situación se reflejará en un aumento del nivel de alfabetización. Lo que cuenta en este proceso es el conjunto de condiciones que determinan una situación. Japón por ejemplo, tiene un producto nacional por habitante de 190 dólares; está en el mismo grupo que Guatemala, que tiene 160; sin embargo, el nivel de desarrollo del Japón (1,7 % de analfabetos adultos) es bastante más avanzado que el de Guatemala (69,8 % ídem). Lo que determina esta situación no es el dato aislado del valor por habitante del producto nacional; hay otros factores, entre ellos y en primer término el alto desarrollo industrial logrado por el Japón en este siglo, en el cual ha jugado un papel importante la preparación científica y técnica de buena parte de su juventud.

El cuidado de la salud es una de las principales preocupaciones del hombre. Las regiones con más alto nivel de vida y de alfabetización tienen término medio mayor número de médicos por habitante: Europa tiene 1 médico cada 931 habitantes; América del Norte, cada 902; Oceanía, cada 1.145; América del Sur, cada 2.507; Asia Occidental, cada 4.956; Asia Oriental, cada 6.537 y África, cada 9.055.

La preparación de maestros tiene mucho que ver con las condiciones económicas de cada país y en consecuencia con el número de analfabetos. En muchos lugares el número de maestros titulados que ejercen funciones es mayor que el de los que carecen de título. Esto guarda relación con el por ciento de analfabetos de cada país. Veamos el siguiente ejemplo en América Latina.

	<i>Maestros titulados</i>	<i>Maestros no titulados</i>	<i>% no titula- dos</i>	<i>% analfabe- tos mayores de 10 años</i>
Argentina	105.333	17	0,016	13,6
Brasil	94.560	77.262	44	51,6

Aunque en algunos países de América Latina la reducción del número de analfabetos en lo que va del siglo ha sido apreciable, en todos resulta insuficiente. En los últimos diez años las campañas de alfabetización han cobrado un vigoroso impulso, semejante al que tuvieron cuando se instalaron las primeras escuelas primarias públicas, y han tomado el aspecto de una cruzada contra la ignorancia, lo que si bien es plausible como propósito deja en la duda en cuanto a la forma apropiada de lograrlo. Si bien en algunos lugares y a juzgar por las cifras que se conocen, la disminución del número de analfabetos merece ser destacada, no por ello se ha

modificado mucho el panorama: el analfabetismo sigue en pie como problema. Esto no se debe a que las campañas de alfabetización hayan estado mal concebidas o conducidas sino a que no son instrumento suficiente para modificar condiciones de atraso económico predominantes, que regulan el aumento o disminución del número y el por ciento de analfabetos. Si por medio de un esfuerzo —digamos titánico— se logra alfabetizar sin que esto se apoye en una mejora de dichas condiciones, lo que se logre puede considerarse cuestionable o perdido.

Las campañas de alfabetización no dan el mismo resultado en todas partes; el número de los que aprenden a leer y escribir varía de un lugar a otro. Entre las circunstancias que determinan estas diferencias figuran la intensidad, extensión y calidad de las campañas, pero la causa principal es el nivel de condiciones ambientales (económicas, sociales, políticas, etc.) propicias o no al aprendizaje de la lectura y la escritura; por lo que puede decirse que se logra alfabetizar hasta donde lo permita el nivel de dichas condiciones más que hasta el nivel de intensidad, extensión y calidad de la acción alfabetizadora emprendida. Por ello, los que organizan y dirigen tales campañas deben ser cautos en la evaluación de sus resultados y antes de persistir en ellas o intensificarlas deben averiguar si se ha llegado o no al límite del nivel de condiciones favorables dentro del cual es posible enseñar con provecho a leer y escribir; si se ha llegado a ese límite habrá que dirigir primero la atención y los recursos hacia la preparación del ambiente (mejoras económicas, etc.) para que la alfabetización tenga buen éxito.

Los recursos y el esfuerzo empleados en alfabetizar “contra la corriente”, con pública y notoria escasa eficacia, constituyen una seria advertencia a los gobernantes y a los educadores en particular. Los errores serios que se cometan en cruzadas que pretendan “erradicar” el analfabetismo sin tocar las condiciones que le dan origen, constituyen, además de un despilfarro de esfuerzos y de recursos, una desilusión que debe evitarse, pues daña la confianza de los pueblos en la educación.

Los primeros promotores y apóstoles de la enseñanza popular, que tenían puesta la mente en la fórmula “alfabetización igual progreso”, creyeron que éste iba a lograrse mediante la labor tesonera de la escuela. Se descontaban inconvenientes, pero se creía que no afectarían el logro del objetivo perseguido.

Cuando se piensa que la lectura y la escritura pueden dar como resultado la civilización se piensan las cosas al revés: es la civilización la que proporciona el ambiente y los medios para el aprendizaje y la utilización de la lectura y la escritura. Por eso se encontrarían perdidos en un medio incivil quienes hubieran confiado en la lectura y la escritura como instrumentos de civilización per se.

Sin perjuicio, pues, de continuar enseñando a leer y escribir a la mayor cantidad posible de gente de toda edad, es preciso que cada país emprenda obras de efectivo mejoramiento económico y social en beneficio del conjunto de la población, a fin de que esa enseñanza, hoy abrumadoramente lenta y pesada, se desenvuelva y progrese en forma acelerada. El alfabeto es producto de una obra civilizadora; en la medida en que ésta se difunda y se afiance ocurrirá lo mismo con la alfabetización.

La lectura y la escritura, que el hombre exalta, y con razón, por la maravilla de su simplicidad y la complejidad y valor de su contenido y función, constituyen —históricamente hablando— un episodio en el desarrollo técnico de la civilización a que pertenecemos, y por tanto un instrumento asociado, interdependiente y en ciertas circunstancias hasta dependiente, pero nunca instrumento rector.

El día en que el analfabetismo desaparezca —y esto ha de ocurrir— asombrará que gente tanto profesional como lego en materia de enseñanza se haya preocupado durante tanto tiempo en buscarle remedio por el camino aislado de la enseñanza, cuando la solución ha estado siempre, y lo está, por el camino coordinado de la mejora de las condiciones ambientales como factor y estímulo de aprendizaje.

Me parece innecesario extenderme en comentar el hecho irrefutable de que los sistemas escolares están regulados en su composición y funcionamiento en todos los países también por factores políticos. Así, a la dificultad en alfabetizar por la interferencia de factores ambientales pasivos, se une la interferencia de factores ambientales activos como el que acabo de señalar.

La escuela primaria es vástago tardío de un sistema escolar que comienza con las Academias y Universidades. Los pueblos de la antigüedad que gobernaban sobre "la plebe" no se ocuparon de establecer escuelas primarias obligatorias para los niños y adolescentes de esa plebe, ni siquiera cuando llegaron al apogeo de su civilización, que hubiera sido el momento de su mayor comprensión de los beneficios que proporciona el saber. Los griegos gobernantes se interesaban más que por enseñar al pueblo, por la arquitectura, la escultura, la poesía, la filosofía, la política, el comercio y la guerra para beneficio de una minoría; los romanos, más prácticos, agregaron a esto la educación popular por medio de "pan y circo". La Revolución Francesa, que lleva al poder a una clase social de extracción popular —la burguesía— es la que crea las condiciones políticas, económicas y sociales apropiadas para el establecimiento y la expansión de la escuela primaria popular, gratuita y obligatoria que, con variantes de programas, aún funciona. Pero por que se sigue manteniendo un tipo de escuela primaria que no sirve para

lo que se piensa debería servir y que la mayoría de sus presuntos beneficiarios no cursan por completo? ¿Tiene la alfabetización por sí sola el papel de promotora de cambios que se le atribuye? ¿Qué reformas habría que introducir en la escuela primaria para que ésta inicie la preparación de las nuevas generaciones de modo que puedan participar en forma amplia y efectiva en la vida de su país y de su mundo?

Su posición de apéndice de un sistema escolar concebido originariamente para élites influye desde el comienzo en su estructura y su desarrollo. Puede verse a través de estadísticas qué poco parece preocupar que los niños y jóvenes aprendan o no, que asistan a la escuela primaria un año o el ciclo completo de ésta, o que después de haber egresado de la misma no continúen estudiando en las escuelas de nivel medio. Lo único que interesa es que haya una inscripción abundante en el primer grado, de modo que se pueda decir que hay un analfabeto menos por cada niño matriculado, aunque esto sea una endeble suposición. Tener muy pocos analfabetos es asunto que da prestigio nacional, puesto que se mide el grado de adelanto o de atraso de un país de acuerdo también con el por ciento que tiene de aquéllos.

Creo que es indispensable comenzar por revisar el plan de la escuela primaria y dar a ésta una función en parte distinta de la que por tradición tiene. La alfabetización no debe continuar, como lo es de hecho, como punto de partida y principal objetivo. La tarea fundamental de la escuela primaria debe consistir en iniciar al niño y al adolescente en el conocimiento y trato del medio que lo sustenta y proporcionarle técnicas que atiendan ese propósito, entre ellas la lectura y la escritura, de modo tal que ambas le sirvan como auxiliares para avanzar en ese conocimiento y trato, y preparar su mente para el proceso civilizador del que la lectura y la escritura forman parte.

La relativa indiferencia con que se ha visto el mantenimiento —y hasta crecimiento— del analfabetismo, prueba que la enseñanza primaria popular ha carecido del propósito fundamental y de las posibilidades de preparar al niño y al adolescente para asumir, en su momento, el papel inexcusable de contribuyente al desarrollo de la sociedad o comunidad a que pertenecen.

Las cifras altísimas de analfabetos y los bajos niveles de vida de la mayoría de la población del mundo contrastan con el alto nivel de progreso económico, social, técnico y científico de que goza una minoría de esa población y con el potencial de que la mayoría dispone. Si hasta hace quince o veinte años tal situación por demás conocida— parecía quedar relegada sin oposición a lo que buenamente hiciera el correr del tiempo, hoy cobra cuerpo una manifiesta resistencia contra ella. La abolición del analfabe-

tismo y la miseria constituyen un solo objetivo —aunque no el único— que los pueblos llamados “subdesarrollados” parecen estar dispuestos a lograr. Quienes dividan este objetivo conspiran en forma por demás evidente a ese logro. El desarrollo económico y la capacidad técnica —simbolizada hasta ahora en esta primera etapa por el aprendizaje de la lectura y la escritura— forman parte de un conjunto de cambios y de situaciones que van a poner fin al sistema económico de la *mano sirviente*, que con eufemismo se llama *mano de obra*, —íntimamente asociada al analfabetismo— reemplazándola por la *mano creadora*, consecuencia de una inteligencia creadora y de una técnica evolutiva. El aprendizaje de la lectura y la escritura sin el consiguiente desarrollo económico del individuo o la comunidad que lo logren, es una herramienta de escasa o nula aplicación. La economía y la técnica, unidas, aparecen, en cambio, en el panorama del mundo como agentes liberadores del hombre. La batalla por el dominio del alfabeto parece transformarse —por su inclusión de hecho en un campo mayor— en agente de batalla de esa liberación. Esta es —en resumen— la diferencia capital entre la alfabetización graciosa de enseñar por enseñar, típica de la vieja escuela, y la alfabetización asociada a los más grandes cambios económicos, técnicos y sociales que haya conocido el mundo.

Clase dada en el Colegio Libre de Estudios Superiores, el 6 de octubre de 1960.

“Juan Pérez”, novela inédita de Alejandro Korn

por ELSA TABERNIG

Poco se conoce de la producción literaria de Alejandro Korn. Sin embargo, el escritor precedió al filósofo y lo acompañó durante toda su vida. Muchas poesías en alemán y en castellano, cuentos, novelas, crónicas que jalonan su existencia no trascendieron el círculo de sus amigos y permanecen aún sustraídas al público. Esa obra desconocida entraña un valor: contiene elementos importantes para reconstruir la personalidad total del autor y, en muchos casos, ofrece indicios de preocupaciones que cristalizaron en la labor filosófica¹.

Desde la infancia, gravitaron sobre Alejandro Korn dos influencias: la de su culto hogar extranjero —era hijo de un médico alemán y de madre suiza— y la del campo bonaerense, en que nació y creció. La divisa que adoptó el hombre maduro para su ex-libris: “Mente latina, corazón germano”, habla de la vivencia de esos dos influjos conjugados. Educado en el espíritu europeo, el niño se familiarizó con las letras alemanas al mismo tiempo que con los hábitos rurales de su ambiente. Los años de estudio en la ciudad de Buenos Aires coincidieron con una época de intensa

¹ Se conservan los siguientes escritos literarios de Alejandro Korn: *Juan Pérez*, novela inédita compuesta alrededor del año 1884; hay una copia dactilografiada del año 1908, en la que el autor, según datos proporcionados por su hijo Guillermo, agregó un epígrafe a cada capítulo. Poemas en alemán, de 1880-1895, inéditos. (Una parte ha sido publicada y traducida al castellano por Ernesto Palacio, Instituto de Estudios Germánicos de la Facultad de Filosofía y Letras, de Buenos Aires, 1942). *Eusebia*, cuento inédito, compuesto hacia 1900. *Cinco sonetos religiosos*: El espacio, Naturaleza, Vida, Verdad, Dolor; publicados en la revista “Libertad creadora”, La Plata 1938, nº 2. *Soneto a Mar del Plata*, año 1925, reproducido en *Alejandro Korn, mi padre*, por Inés Korn publicado en “Revista de la Universidad”, La Plata 1958, nº 5. *Soneto al Uritorco*, inédito, s/a. *Viaje a Chile*, crónica de viaje, s/a. *El rabo del cerdo*, cuento inédito, s/a. *El Paseo de Julio*, fragmento de una novela sobre la inmigración, inédito, s/a.

actividad de encauzamiento político y cultural del país. El joven tuvo oportunidad de ampliar su horizonte literario y su visión de la historia. Tomó contacto con intelectuales adictos a la política liberal del general Roca; colaboró en la *Biblioteca Popular de Buenos Aires*, dirigida por Miguel Navarro Viola y editada por Enrique Navarro Viola, traduciendo para ella novelas y biografías²; escribió notas y comentarios para el *Anuario Bibliográfico de la República Argentina*³.

Por aquellos años, en la Argentina las letras todavía no constituían una profesión ni una carrera. Mucho menos un medio de subsistencia. Ocupaban "los ocios, dice A. Navarro Viola, con escaso estímulo a veces, de abogados, médicos, militares"⁴. En su empeño de "enriquecer la exigua literatura de nuestra patria"⁵, la generación del 80 —como se llamó más tarde a los intelectuales que actuaron entre 1880 y 1895— tenía ideas muy claras sobre lo que le faltaba a la literatura nacional y sobre el valor de los esfuerzos personales por mejorarla. Martín García Merou, después de explicar la diferencia entre "hombre de letras" —la persona dedicada al estudio de ciertas ramas de conocimientos literarios— y 'literato', que es algo más, pues implica cualidades de escritor con grandes condiciones, estilo, buen gusto, declaró que había "pocos literatos argentinos"⁶. Y en lo que se refiere a la novela, Ernesto Quesada afirmaba en 1884 que "todos los autores están concordes en colocar a la novela en el primer rango de las variadas producciones de la literatura moderna. Sólo se ufanan en tener grandes novelistas los pueblos que poseen literatura gloriosa ya, y cuya civilización ha alcanzado extraordinario desenvolvimiento. La literatura argentina, salvo raras excepciones, ha ofrecido el curioso fenómeno de carecer casi por completo de novelistas"⁷.

² Para la "Biblioteca Popular de Buenos Aires", tradujo del alemán: *La hermana*, novela de L. B. Schucking, precedida de apuntes biográficos sobre el autor, 1879; *El gentilhomme pobre*, novela de E. Conscience, 1880; *L'Arabiata*, novela de Paul Heyse, 1880; *Washington*, obra del Dr. E. E. Stockmann, 1880; *Nuestra Señora de las Olas*, novela de Karl Elder, 1881. Tradujo, más tarde, *El credo epicúreo de Juan Hirsuto*, de Schelling, que publicó en la revista "Valoraciones", La Plata, 1926, nº 9. Existe además una versión de un fragmento del *Rig Veda*: el génesis, realizada sobre una traducción alemana de esos himnos.

³ Alberto Navarro Viola, amigo de Korn, fue el fundador y director del *Anuario*, publicado desde 1879 hasta 1887. Esta obra constituye la crónica más completa sobre la literatura nacional y la extranjera traducida al español en esos años. (Para el presente trabajo se consultó, en la Biblioteca Central de la Universidad Nacional de La Plata, una edición del *Anuario* cuyo primer tomo está dedicado de puño y letra de A. Navarro Viola a Domingo F. Sarmiento.)

⁴ y ⁵ A. Navarro Viola, en el prólogo al *Anuario* del año 1881.

⁶ *Anuario*, 1879, pág. 210.

⁷ Recogido en *Reseñas y críticas*, ed. Lajouane, Buenos Aires 1893, pág. 165.

No obstante fueron muchos los que entre 1880 y 1890 abordaron el género novela, dispuestos a renovar la técnica tomando por modelo a Flaubert, Daudet y Zola y orientando los temas hacia asuntos nacionales: Julio Llanos escribió *Arturo Sierra*, de ambiente gauchesco; Antonio Argerich presentó la vida de una familia de inmigrantes en la novela naturalista *Inocentes y culpables*; el combativo Eugenio Cambacérès denunció abusos, corrupción y fraudes en relatos reunidos ulteriormente bajo el título de *Silbidos de un vago* y en la novela *Sin Rumbo*; Lucio V. López analizó el ambiente porteño en *La gran aldea*; Manuel Podestá pintó crudos cuadros de hospital en *Irresponsable*; Miguel Cané enhebró recuerdos de la vida estudiantil en *Juvenilia*; Paul Groussac, asimilado al medio, publicó *Fruto vedado*; Segundo Villafañe dio un cuadro de costumbres rurales en *Lino Velázquez*; Martín García Merou contribuyó con la novela *Ley social*. Por esos años Alejandro Korn compuso *Juan Pérez*, novela destinada, como muchos otros de sus escritos, a permanecer inédita.

En general la crítica siguió siendo muy severa en sus juicios sobre esas obras publicadas⁸. Se consideraba inmaduros a sus autores, inseguros en la técnica; se opinaba que más que novelas, eran crónicas, relatos históricos, productos folletinescos descosidos y enmarañados, o charlas frívolas sobre temas sociales, carentes de penetración psicológica, de vigor, de tensión dramática y, sobre todo, de buen gusto.

Korn perteneció a esa generación del 80, a ese núcleo de hombres de espíritu liberal y cosmopolita, sin prejuicios étnicos ni sociales, ampliamente abiertos a la cultura y al progreso, severos en la crítica y exigentes para consigo mismos. "Soy argentino del siglo pasado, es decir, un hombre que ha debido emplear su actividad en los menesteres más diversos antes de recoger su vocación definitiva. Y he debido ser autodidacto, porque en nuestro

⁸ En 1879, Mariano Pelliza dice: "Pobre es la América del Sud y pobre la República Argentina de libros propios destinados a reflejar sus costumbres, su naturaleza y su historia en la forma de la novela". Y para mostrar el contraste entre la América sajona y la América latina, acaso para incitar a ésta a superar su deficiencia, agrega: "Los norteamericanos han tenido preeminencia literaria en este punto."

Antonio Demaría, hacia 1887 escribe en *Consideraciones sobre la novela*: "La poca dedicación que se nota en los escritores argentinos hacia el género novelesco, hace que él permanezca entre nosotros en un estado falto de animación y desprovisto, como es consiguiente, de todo adelanto". Mitre, en ese mismo año opina que la Argentina "no tiene un solo novelista, siquiera de la fuerza de Fenimore Cooper, y aun en cantidad su contingente es escasisimo en este género, sobre todo desde el punto de vista de la originalidad."

país no había otro medio de dedicarse a los estudios de mi predilección" declaró en 1930⁹.

LA NOVELA JUAN PÉREZ

Korn escribió su novela en 1884. La retocó por el año 1908, en que agregó los epígrafes a los capítulos y años más tarde la dio a conocer a algunos amigos de La Plata. Pero no la publicó. ¿La consideró un esfuerzo malogrado? ¿Lo inhibió el juicio de amigos autorizados? Al buscar la expresión de su propio mensaje ¿fue consciente de que la novela era sólo una forma experimental, que no se avenía con su verdadero talento? ¿O sencillamente la retuvo, como a tantos otros escritos, con la intención siempre aplazada de ajustarla técnica y lingüísticamente? Korn se impuso como exigencia la plena posesión del instrumento verbal y recomendaba, años más tarde, a sus discípulos, que cuidaran y perfeccionaran su expresión. "Escribir mal no es lícito; por modesta que sea nuestra posición dentro de la sociedad, debemos conocer nuestro idioma. No estamos obligados a hacer tratados y producir obras geniales, pero cierta cultura estética es hoy indispensable si se quiere pertenecer al grupo de la gente culta. De lo contrario no seremos otra cosa que analfabetos —no en el sentido material de ignorar el abecedario—, pero analfabetos en el sentido que ignoramos los elementos de una cultura superior. Y esta cultura estética no puede separarse de ninguna manera de una cultura filosófica. El problema estético está demasiado ligado a los otros problemas filosóficos para que se pueda prescindir de él. En la obra de arte se expresa en cierta forma el pensamiento filosófico de la época, como en una obra de filosofía tiene también mucha importancia el factor artístico"¹⁰.

En la época en que Korn escribió la novela, aproximadamente a la edad de veintitrés años, ya había publicado traducciones y reseñas en castellano. Pero en sus creaciones originales prefirió expresarse en alemán, la lengua de sus padres y de su primeros maestros. En *Juan Pérez* resalta el respeto por la lengua de las novelas españolas a través de cultismos; aparecen frases hechas y giros periodísticos españoles; pero también se observan formas idiomáticas, inversiones, empleo de preposiciones, de tiempos verbales y de adverbios, que bien podría atribuirse a la influencia del ale-

⁹ "Soy el último de la generación del 80 que se retira del magisterio; el último de aquel grupo de jóvenes que en los años del 80 y del 82 abandonaron las aulas universitarias y luego ejercieron una acción tan intensa. Conmigo se clausura un episodio de la vida intelectual del país". *Discurso de despedida de la cátedra en Obras Completas*, p. 708, ed. Claridad, Buenos Aires 1949.

¹⁰ Apuntes inéditos de un curso de Historia de la filosofía dictado en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires en 1918.

mán, de la que logró librarse plenamente la prosa castigada del filósofo, muchas de cuyas páginas son ejemplos de precisión, castidad, elegancia y reciedumbre. Sería inadecuado reprocharle a Korn que en 1884 no haya sido un literato de lengua castiza y estilo seguro. No lo fue Miguel Cané, que escribía con negligencia, ni Cambacérès, que practicaba deliberadamente el galicismo mental y de expresión; ni Lucio V. López, de descuidado estilo; tampoco lo fue Payró, perteneciente a la generación del 90, para la cual la literatura era una profesión que exigía deberes artísticos a sus cultores.

Vista a la luz de los años en que fue escrita, la novela representa un esfuerzo de colaboración en el programa literario de la generación del 80: perfeccionar técnicamente la novela e infundirle sentido nacional. Pero este empeño tiene además una significación personal que parece aclararse, muchos años más tarde, cuando Korn, consciente de las exigencias del arte nacional, juzga el *Don Segundo Sombra* de Güiraldes: "Es explicable —dice— que los primeros ensayos se apoyen con preferencia en las modalidades más típicas, más específicas de la vida nacional. Este contacto repetido con la madre tierra es necesario si hemos de vigorizar la conciencia de nuestra entidad autónoma. Antes de aventurar la empresa final, por fuerza hemos de acudir a motivos populares. Por ahora ellos han inspirado la obra más original de nuestro incipiente arte, desde el poema de José Hernández hasta los cuadros de Pedro Figari"¹¹. El tema de *Juan Pérez* le permitirá penetrar más hondo en la realidad histórico-geográfica de su medio.

Juan Pérez es una novela realista. Los personajes están insertos en una realidad en evolución político-social, en la que se vislumbra el impulso de fuerzas históricas. Es realista por el método; después de ubicar al lector en el ambiente en que transcurre la acción, presenta el retrato del protagonista; luego introduce el tema político y alude al conflicto. El episodio en la vida de Juan Pérez no es narrado, es expuesto. Pero asoman ingredientes románticos en la actitud inicial del protagonista, en la trama sentimental, y hasta hay indicios naturalistas (en la presentación del Jefe de Policía, por ejemplo).

Despunta, a través de la obra, el esfuerzo de organizar el relato en un plano estético, la voluntad de dar un sentido moral a la acción de los personajes, el interés por las cosas y costumbres del campo y por la situación histórico-política del momento en que transcurren los hechos. La personalidad del autor emerge constantemente.

La novela expone las vicisitudes por las que atraviesa Juan Pérez durante cuatro meses, por el año 1880, en un típico lugar de la provincia de Buenos Aires, escondido bajo el nombre imaginario de Huitel. El joven protagonista actúa allí desde hace un año como maestro rural. Urgido por un anhelo de progreso personal, abandona sus tareas docentes para ocupar la secretaría de la intendencia. Deberes de gratitud lo comprometen a colaborar en la inminente campaña electoral con el partido gobernante, desacreditado por su desidia, sus arbitrariedades y su administración deshonesta. Una situación especial crea la tensión dramática: el jefe de la oposición política, Patricio O'Ry, rico estanciero de la comarca, es el padre de María, la joven de quien Juan Pérez está secretamente enamorado. A la difícil tarea de responder al compromiso político sin mancharse, se añade la de llegar al éxito sin ofender al adversario, a fin de no obstruir los proyectos sentimentales. "Quería conquistar a su María, pero también quería ser digno de ella. No ambicionaba su fortuna, sino su cariño, y si alguna vez le tendía la mano, el rubor no había de mancharle la frente, ni había de sentirse pequeño y deprimido".

Dueño de su voluntad y confiado en sus energías, el protagonista salva los escollos hasta el día decisivo de las elecciones, en que la situación se torna crítica. El sector del electorado con que más se contaba, demora en acudir a las urnas. Juan Pérez sospecha que el hombre de su confianza lo ha traicionado. Pero aún le queda tiempo. Aguijoneado por el amor propio, se lanza en precipitada carrera por los campos hasta el lugar en que supone reunidos a los remisos. Los encuentra bebiendo y jugando. Sin mayores explicaciones, se apea, castiga al traidor con un talerazo y conduce al grupo de hombres a la mesa electoral. El partido oficial gana las elecciones.

Episodios ingratos empañan el triunfo: en el escrutinio se comete un fraude innecesario y en la comisaría se ultima de un balazo a un eficaz colaborador de la oposición —arbitrariamente detenido días antes— quien, al enterarse del triunfo del oficialismo, se desacata contra los guardianes. Ambos hechos consternan a Juan Pérez. Además, a partir de ese momento, su presencia se torna molesta para los corrompidos funcionarios y para los aprovechados comerciantes y hacendados de la zona que, con toda desvergüenza, lo hacen responsable de la muerte y de las irregularidades cometidas. Asqueado, Juan Pérez resuelve retirarse y redacta su renuncia al cargo de secretario que no tarda en serle solicitada. Ahora se siente liberado. Pero aún le falta saber si María, que el día de las elecciones le había dado esperanzas, mantiene su palabra. Con nobleza y valentía, ella le comunica su firme decisión, y Juan

Pérez, seguro del porvenir, abandona el ambiente confinado del pueblo en busca de otros horizontes.

EL MOMENTO HISTÓRICO

La acción se desarrolla aproximadamente en la misma época en que fue escrita la novela. Es un momento importante de la evolución nacional, después de la conquista del desierto. En el país, en plena organización, se está produciendo un rápido cambio en el cuadro étnico, social, económico. En la pampa, librada del indio, el gaucho abandonó los fortines y tiene que integrarse en la nueva estructura económica y cultural; ya funcionan escuelas rurales, se ven alambrados, galpones, ferrocarriles y telégrafo; ya hay máquinas trilladoras que aceleran las faenas rurales. Korn tiene especial interés en señalar los detalles de esa evolución y recoge hechos, personas y cosas del pasado antes de que desaparezcan. La novela adquiere así un valor documental. A veces incorpora explicaciones que interrumpen la ficción y hasta la desnaturalizan; otras, con criterio más literario, hace hablar a un personaje, el intendente de Huitel, don Justo Reales, testigo y actor en las diversas etapas de la transformación, desde la lucha contra el indio hasta el momento de la acción.

Al encarar el tema pampeano, Korn no se coloca en la perspectiva del hombre de campo, del paisano, sino, como en general los escritores de su generación, percibe la realidad rural desde el ángulo del hombre urbano y culto. Ve al paisano como hombre reacio al progreso, proclive al juego, a la bebida, a la venalidad, desconfiado frente al que viene de otra parte. Mientras que en la literatura gauchesca se compadecía al 'gaucho' porque se lo explotaba como elemento de comicio, la nueva tendencia literaria acusa al 'paisano' de haber degenerado en instrumento electoral¹². Y ese menosprecio asoma también en *Juan Pérez*.

¹² Ya Lucio V. Mansilla había señalado la diferencia entre "gaucho" y "paisano gaucho" en *Chañilao (Los siete platos de arroz con leche)*. Ultimamente Roberto Levillier, en *El gaucho que se fue* (supl. literario del diario *La Nación* de Buenos Aires, 28 de mayo de 1961), consigna que "de pronto, en las inmensas llanuras de las provincias de Buenos Aires, Córdoba y La Pampa, arrancadas por Roca a los salvajes y mantenidas en poder del país, empezaron a surgir nuevos pueblos. Y era penoso notar en las faenas agrícolas, que triunfaban los extranjeros, con el modesto nombre de colonos o paisanos... nacidos de la fusión de criollos, mestizos y europeos. El gaucho se fue, sí, pero quedando en éstos rasgos de su alma, pues si la civilización renovadora exige e íntima, también le opone la naturaleza leyes fijas que perpetúan los tipos telúricos." Y según el mismo Levillier "el término paisano (de *paysan*) se habría popularizado... después de 1883, cuando se supo en Europa que los indios del sur, antes hunos de la Pampa, poderosos en las provincias de Buenos Aires, Santa Fe, Córdoba y San Luis, habían sido deshechos o expulsados del territorio argentino" (*La forja de la raza*, publ. en *La Nación*, 12 de marzo de 1961).

Las palabras 'criollo', 'gauchaje' y 'gaucho' aparecen una sola vez en el texto, y la última, al final del relato, acompañada del adjetivo 'taimado'. En la novela los pobladores son 'paisanos' y 'paisanaje' es su conjunto. Las cosas del campo bonaerense están incorporadas con sus nombres regionales en el texto, cuyo lenguaje en general es culto, castizo. En el relato se elude la expresión pueblera. Ésta aparece ocasionalmente, con grafía culta, en boca de algún personaje, ya sea para marcar un rasgo psicológico o social o para recoger el tono vivo, natural de la charla campesina.

La actitud de Korn: observar la realidad rural desde la ciudad progresista, preferir la expresión culta para relatar sucesos populares, de ningún modo implica prejuicios étnicos o sociales, de los que estuvo libre la cosmopolita generación del 80. Responde a una posición disconformista de esos hombres, que aspiran al engrandecimiento del país y a la elevación cultural de sus habitantes, y por eso señalan los escollos que obstaculizan la marcha hacia el progreso. Inevitablemente Korn cae, como casi todos los escritores de la época, en la oposición campo-ciudad. En la novela no disimula su simpatía por el hombre culto y educado. Culto es el moreno maestro que vino de la capital, crisol de cultura; culto es el estanciero O'Ry, de ascendencia irlandesa, y su hija María, educada en Buenos Aires; culto es el médico de la zona, el español Pelayo Ochoa Vázquez.

La minúscula contienda electoral, reducida en la novela a los estrechos límites del municipio de Huitel, es, a la vez, un síntoma de la corrupción de las prácticas políticas del país. Al autor, observador de la conducta humana, lo molesta la política tal como se la practica en el comité, en la función pública, en el periodismo y desde la tribuna. Esa política, lejos de constituir un factor de progreso, no es más que un agente del caos. Estos rasgos, simplemente consignados en la novela, siempre preocuparon a Korn. Muchos años más tarde, en sus escritos teóricos, volvió a denunciar esa falla de gobernantes y políticos dentro del proceso histórico de aquella época: "Hombres inteligentes, no podía ocultárseles la discordancia entre los verbalismos corrientes y los hechos reales, entre el énfasis democrático y la perversión profunda de la vida política labrada para la simulación y el fraude"¹³.

El valor documental de la obra, como de tantas otras de la época, es evidente. Pero además del documento, a veces está implícita la crítica; pero en Korn ella no es amarga como en Eduardo Wilde, por ejemplo, ni misantrópica como en Cambacérès. Aquí

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

¹³ *Influencias filosóficas en la evolución nacional en Obras*, Universidad Nacional de La Plata, 1940, tomo III, pág. 321.

es comprensiva. El interés del autor apunta más a la exaltación de los valores de la personalidad.

EL MARCO GEOGRÁFICO

El escenario en que se desarrolla la acción es, como se dijo, un lugar del campo bonaerense, al que el autor llamó Huitel. Coincide con el ambiente natural que Korn conoció en San Vicente, el pueblo en que nació, pasó su infancia, y luego en Ranchos, donde formó su hogar, y en Navarro donde ejerció su profesión de médico. Es el campo con huellas y caminos de tierra, ranchos y case-ríos, que tantas veces recorrió de día y de noche, bajo los rayos del sol o los aguaceros, a pie, a caballo, en volanta o sulky. Es la pampa abierta en que este hijo de padres extranjeros se hizo criollo. Alejandro Korn sintió profundamente el medio en que vivió, y lo expresó con emoción en más de una oportunidad:

*En los desiertos llanos de mi patria

 aprendí a escuchar el latido
 del angustiado corazón humano **

declara por el año 1893, en un poema escrito en alemán.

En la novela aparecen insistentemente expresiones como 'inmensa llanura', 'llanura abierta', 'llanura solitaria', 'inmensa superficie', 'vasta extensión', 'pampa' y con particular reiteración 'campo abierto'. El autor no sólo escudriñó esa llanura con ojos ávidos ("soy un visual exagerado", dijo de sí mismo¹⁴). La palpó, la auscultó, se entregó a ella, vibró en ella. Ese espacio abierto a la inmensidad, con su cielo profundo, con su pampero, era el que necesitaba su corazón para templarse, para calmar sus tribulaciones, para inspirarse. Y en ese espacio el autor inserta a su personaje, que muy probablemente ha heredado más de una experiencia y más de un pensamiento de su creador.

No son muchos los paisajes descritos en la novela. En rigor, todos se refieren al mismo cuadro: cambia la hora del día, la estación del año. Hay un marco natural al comienzo: el campo en primavera, y un marco natural al final: el campo sacudido por un pampero en verano. Asistimos a un paisaje crepuscular y a una escena campestre: la trilla. Cada uno de estos cuadros exalta e inspira de tal manera al autor, que éste, al describirlo, en más de

* Auf meiner Heimat öder Fläche.

.....
 Ich habe nur gelernt zu lauschen
 Des menschenherzens bangen Takt.

¹⁴ *Epístola antipedagógica*, en *Obras*, Universidad Nacional de La Plata, 1939, tomo II, pág. 310.

una oportunidad olvida su papel de testigo objetivo y se asoma para tomar personalmente la palabra.

"Poco a poco cerraba la noche. El crepúsculo apaga los colores, borra los contrastes, confunde la nitidez de las líneas y lentamente esfuma en sombras indecisas lo cercano y lo lejano. Un profundo recogimiento acalla los rumores del día y el silencio se extiende sobre la llanura, más inmensa, más informe, hasta la penumbra precursora de las tinieblas. Sólo se escucha, en prolongadas modulaciones, el balido de los rebaños, como queja, como grito inarticulado nacido en las entrañas mismas de la maternidad desolada.

Esa es la oración: su ambiente melancólico se refleja en el espíritu de *nuestro* pueblo y sus sombras penetran en el corazón humano. No sin motivo la Iglesia, la gran escrutadora del alma, ordena al hombre elevar su plegaria en la hora triste de la tarde. En la soledad de *nuestras* llanuras no se yergue ningún campanario y la vibración del bronce no repercute en el oído de los fieles dispersos sobre la inmensa superficie; pero del seno de la pampa misma brota el llamado espontáneo en la hora de la oración, para recordarle al mortal el problema de la vida y la proximidad pavorosa de lo desconocido. La mente se abisma en anhelos y vagos presentimientos, y en esta hora mística, *tocamos* los lindes del infinito.

Nunca la sensación de aislamiento es más intensa; invade el ánimo un sentimiento de huérfano desamparo y se evoca, como consuelo, la memoria de los seres queridos. A esa hora, el paisano en camino espolea el caballo para apresurar el regreso, y no es que lo arredre la noche, pues conoce el terreno palmo a palmo; pero en el momento de la oración desearía estar en las casas. Desde la madrugada está en marcha el resero, sin interrupción; continuará en la noche, pero al ocultarse el sol, para la tropa y descansa. Y a esa hora, en el rancho, la madre recuerda al hijo ausente y reza un avemaría en su intención, mientras aviva la lumbre del hogar con un puñado de estiércol seco. La chinita, tan traviesa durante el día, despreocupada de sus quehaceres y de la inevitable reprimenda, mira el campo arrobada en inconsciente contemplación y refleja en su rostro los purpúreos resplandores del ocaso."

Estos párrafos —y otros semejantes— revelan la significación que tiene la naturaleza en la novela. Tras de describir objetivamente y en actitud estética el espectáculo, con efectos de luz y sensaciones sonoras, el autor establece la relación entre el ambiente natural y el alma humana que lo contempla. En cuanto se 'refleja' en el rostro o en el alma humana el paisaje se transforma. El imponente ámbito crepuscular en la pampa abierta se transforma, frente al alma humana, suprema plasmadora, en iglesia incorpórea, en que brotan las emociones, sentimientos del creyente en el recinto sagrado.

La intención simbólica aparece nítidamente en el cuadro primaveral y en el de la borrasca estival:

"El maestro... seducido por la placidez del hermoso día de octubre, se detuvo a contemplar el campo y dejó deslizar su mirada sobre la verde y lozana alfombra de gramilla, húmeda aún por el beso de recientes lluvias. De trecho en trecho la flor morada del cardo interrumpía el verde

uniforme, los montes de duraznos se desvanecían a la distancia en una bruma rosada y, en diáfana claridad, el cielo sin nubes tendía sobre el panorama su manto de añil. En la plenitud de la primavera, serena y soberbia, levantábase una agreste fragancia de las hierbas y un efluvio de intensa vida saturaba el ambiente. Preñada de gérmenes fecundos, la naturaleza sacudía el letargo invernal. Bella es la primavera, doblemente bella cuando se refleja en un alma joven. Y joven era el maestro, y quizá en demasía."

La primavera, la estación joven, con su atmósfera pura, serena y soberbia, sus tenues brumas en el horizonte, esa estación en que late una intensa vida futura es como el alma del joven, pura y confiada, en que germinan deseos, vagos sentimientos, ensueños e impulsos que pugnan por su realización. El ensueño inicial del joven, frente al espectáculo del paisaje primaveral, es la primera de una serie de imágenes que, a través de la obra, conducen naturalmente de una a otra y culminan con la borrasca final:

"Con el sombrero en la mano, el joven continuó a la ventura su camino hasta llegar a las afueras del pueblo.

"En ráfagas cada vez más poderosas, el viento le batía el rostro y le levantaba el cabello. Pero aquel aliento de la pampa le colmaba de vida y lo animaba con vigoroso empuje. Con rapidez arrolladora aumentaba la violencia del vendaval. Un instante luchó con el follaje de los árboles; las últimas gotas de lluvia escondidas en los álamos se desgranaron; los sauces tendieron sus largas crenchas; silbó el huracán en torno de las crujientes viviendas de los hombres y, como titán desencadenado, se abrió paso hasta la llanura, majestuoso, imponente y sereno. Con amplio gesto, con soberano desdén barrió las nubes del cielo, los miasmas de la tierra y los pesares del alma atribulada. En el zumbido sonoro de su voz vibraban todos los ecos de la vasta extensión: el bramido de los rebaños, el susurro de los maizales, el sordo crepitar de los rastrojos, el estremecimiento de las fuerzas secretas e ignotas que agitaban el corazón humano y el seno fecundo de la patria, hasta confundirse en el himno soberbio del trabajo y de la virtud. Y en pleno pampero, despejada la frente, Juan Pérez, fuerte y viril, aspiraba con dilatado pecho las bocanadas de aire y se sentía consagrado de nuevo al batallar de la vida."

En estas veinte líneas se arremolinan una cantidad de adjetivos y sustantivos que crean una atmósfera de vigor y grandiosidad: 'poderoso', 'majestuoso', 'imponente', 'sereno' y 'soberbio', (los dos últimos ya habían aparecido en la descripción primaveral) 'amplio gesto', 'soberano desdén', 'himno', 'titán', 'fuerte', 'viril', 'patria', 'batallar de la vida' —referidos ya sea al pampero, ya al protagonista, marcando una vez más la trabazón entre naturaleza exterior y el alma del personaje. Y si la acción había comenzado simbólicamente en primavera, ella se cierra simbólicamente también, en verano, la estación de la madurez, con un vendaval que limpia la atmósfera, tal como la libertad purifica el alma de Juan Pérez.

Desde el punto de vista del *tempo* literario, los paisajes cons-

tituyen remansos en interesante contrapunto con el movimiento de la acción y los diálogos. La acción se detiene para que el personaje contemple sosegadamente la naturaleza, para que su espíritu se serene. Tanto en el personaje como en el novelista, la contemplación de la naturaleza dispone a la meditación sobre 'eternos problemas del hombre'.

¿Cuál es, concretamente, esa relación que Korn insinúa entre el hombre y el paisaje? Cuarenta años antes, Sarmiento, en el *Facundo* (1845), había asociado la vida de su héroe con el ambiente geográfico y con los apremiantes problemas de la organización política del país. El medio físico no es sólo el escenario sobre el cual se desenvuelve la acción de la obra: es el instrumento morfo-genético, plasmador de la vida y de la mentalidad de los hombres. La oposición de la ciudad y el desierto es, al mismo tiempo, el contraste y la explicación del antagonismo entre civilización y barbarie.

La posición de Korn es distinta. En su obra también se da la constelación de los tres elementos: la acción del personaje asociada al paisaje rural y a las cuestiones del momento. Pero el medio físico ha dejado de ser el elemento configurador de la vida y de la mentalidad del hombre, porque para Korn el paisaje no existe en sí, con existencia autónoma. Está estrechamente ligado con el alma humana, y adquiere la significación que le otorga el alma, el estado anímico —depresivo o exaltado— que vive el personaje en ese momento.

"Acercóse Juan Pérez a la ventana para mirar el día y lo halló gris y turbio como el estado de su alma".

Es que para Korn novelista —el filósofo lo corroborará años más tarde— la personalidad se centra en la voluntad y se desenvuelve en la acción. El individuo es lo que es, no en virtud de la influencia del ambiente, sino por la fuerza de su voluntad y los impulsos naturales que le permiten sobreponerse al influjo exterior. Media pues entre la concepción de la relación entre naturaleza y alma humana de Sarmiento y la de Korn la distancia que va de una actitud naturalista a una actitud idealista. La novela, nacida de una experiencia vivida en el ambiente rural, es a la vez que esquila, diríamos, de la historia, una ficción que ha tomado de la realidad los elementos indispensables para su construcción. Pero en su estructura interior no sigue la pendiente de la naturaleza, sino el itinerario moral señalado por la voluntad y los sentimientos. El espacio no es una propiedad del paisaje, sino un poco a la manera de Kant —de ese Kant que había de inspirar la filosofía de los años de madurez de Korn—, una forma de la conciencia, el medio en el cual se representan las cosas exteriores. Y se tiene

aquí otro indicio que muestra que, lejos de ser el paisaje la nota eminente, lo es el espíritu que se refleja en él y consueña o disuena con sus ritmos y colores.

Korn tiene conciencia de que para "calificar una obra de nacional, naturalmente, no basta el tema pampeano o una semblanza del ambiente provinciano... No es el asunto lo decisivo, sino la personalidad del autor¹⁵. En efecto: ni el ambiente pampeano con las costumbres rurales, ni la situación histórico-política constituyen lo original en la novela de Korn. Escritores anteriores y posteriores se ocuparon más exhaustiva, más enfáticamente de ellos. La originalidad, la personalidad del autor aparece en sus concepciones, en particular en la de sus personajes.

EL PROTAGONISTA

El eje de la trama lo constituye el personaje central, Juan Pérez, enfocado desde el comienzo y abandonado muy pocas veces por el ojo del narrador. Esto nos permite asistir al desarrollo de los acontecimientos, no sólo desde el ángulo del autor, en general cauteloso observador, sino desde el del personaje mismo, que, en última instancia, se parece mucho al del narrador.

El autor está particularmente encariñado con su criatura. En más de una oportunidad, cuando el lector imparcial podría juzgar dudosa o ambigua la conducta de Juan Pérez, el narrador —esta vez omnisciente— se apresura a introducir una explicación atenuante:

"Entre tanto, Juan Pérez, halagado por el éxito, *pero insensible a la lisonja*, había sabido hermanar su actividad política con cierta circunspección personal."

y continúa, con un poco de candor —¿con criterio de político conservador?—, justificando su conducta:

"No había omitido recurso para asegurar el éxito; había usado de todos los resortes oficiales, transigido con todas las flaquezas y tolerado todas las debilidades, *pero sólo en aras del interés colectivo, jamás en provecho propio*.

"No había incurrido en ningún desliz vergonzoso y constantemente había atenuado los procedimientos arbitrarios. Es que le importaba salir personalmente limpio e intachable de la lucha."

Visto desde cerca, se descubre que Juan Pérez tiene diversa significación para el novelista. Se proyectan en él algunas experiencias del autor, es portador de ideas de su creador, es el representante de una sociedad en evolución; pero el personaje es, además, un símbolo.

¹⁵ *Don Segundo Sombra*, en *Obras*, Univ. Nac. de La Plata, tomo II, pág. 283.

Por empezar, llama la atención su nombre: Juan Pérez; el más vulgar que podría imaginarse. ¿No lo será por ironía intelectual? Este Juan Pérez se destaca justamente por su autonomía, por su independencia en el obrar y en el decir, por su singularidad dentro del conjunto en que actúa. Es un extraño en el ambiente, pues hacía sólo un año que había llegado de Buenos Aires para ocupar un cargo de maestro; no tiene familia; no tiene amigos. El único lazo afectivo, incipiente, es su inclinación hacia María. Tampoco está aferrado a ningún quehacer: había dejado su puesto de amanuense en la capital para dedicarse a la docencia en el campo; ya al comienzo de la novela nos enteramos de que deja el magisterio para ocupar el cargo de secretario de la intendencia local, que al final abandona gustoso para dedicarse a cualquier otra actividad.

Esta autonomía, que hace de Juan Pérez un solitario, no ha de interpretarse como romántica rebeldía, ni como falta de adaptación y mucho menos como inconstancia. El novelista omnisciente lo recalca:

"Allí [en su ámbito escolar] había conocido la vida del campo y revelado condiciones para captarse la voluntad del vecindario, con su mayor instrucción y trato afable por una parte y, por otra, con su fácil adaptación a los usos y costumbres del pueblo."

Korn eligió como protagonista a un hombre que emerge de la realidad y que, desde su situación vital-cultural se lanza a la vida dispuesto a afrontarla con la acción, hacer el bien, sin colocarse en antagonismo ni frente a los hombres, ni frente a las circunstancias. En esto el conservador Juan Pérez difiere de los protagonistas de la novela de la época. Estos suelen ser rebeldes, anti-convencionales y revolucionarios.

En ese proceso Juan Pérez va venciendo resistencias y conociendo todas las libertades.

Al comienzo se emancipa movido por el romántico impulso juvenil de independencia, en el que hay mucho de instintivo:

"Pero las exigencias crecientes de la vida y el deseo prematuro de emanciparse, propio de la impaciencia juvenil, le indujeron a dejar la carrera en Buenos Aires y aceptar aquella modesta colocación de maestro rural."

Con insistencia Korn alude en la novela a la confiada inquietud de la juventud, a sus ideales, a su habilidad instintiva, y esa fe en la juventud la conservará durante toda su vida¹⁶.

¹⁶ A. Korn vivió rodeado de discípulos y amigos jóvenes. Apoyó el movimiento estudiantil de la Reforma Universitaria, confiado en esas condiciones de la juventud.

"Este joven Pérez, que con su empuje de muchacho inexperto e infatigable..."

"ya no era el joven inexperto y soñador con el alma henchida de aspiraciones, que había partido de la escuela rural para conquistar el mundo."

Hasta introduce una digresión para plantear el problema de la lucha de generaciones en el seno de la familia, al referirse a Patricio O'Ry que:

"fastidiado por las obsequiosidades de un gomoso, había traducido su pensamiento en una expresión ruda pero sincera: "Que mi hija se case con quien le agrada, con tal que no sea un cajetilla". Sin embargo, como de costumbre, la teoría fallaba frente a la práctica. No sin lucha interior, los padres se desprenden de su autoridad, que conceptúan tan bien intencionada, y siempre reclaman, en virtud de su mayor experiencia, el derecho de guiar las inclinaciones de sus hijos. Luego comprueban, con la misma sorpresa que ya experimentaron sus abuelos, la esterilidad de semejante tentativa, al ver que las *fuerzas inconscientes* de la vida perpetuamente se burlan de las frágiles barreras levantadas por el convencionalismo humano. Todo desgarramiento es doloroso y toda emancipación individual o colectiva lleva el estigma de la rebelión y de la ingratitud."

El personaje va madurando en la acción, adquiere experiencia y encauza esa "conquista del mundo" en que está empeñado. Pone su razón y su energía al servicio de este propósito. Su lenguaje se va cargando de expresiones que reflejan su tenaz voluntad: "tengo que forjarme una posición"; "Ansiaba con vehemencia mejorar su situación": "No pienso echar raíces en esta oficina. Aspiro a algo más."

Es verdad que interviene un factor psicológico que lo impele, un estímulo sentimental: su amor por María. Korn no es un racionalista puro que desconfía o que se desentiende de las fuerzas irracionales.

En ese afán por labrarse una posición, Juan Pérez prevé etapas:

"Hasta entonces había sobrellevado las pequeñas contrariedades de la vida con la sonriente despreocupación de la edad. Preveía ahora la lucha decisiva y concentraba todas las energías de su alma para armar su voluntad de tenaz constancia y firme empeño. ¿Triunfaría? El porvenir no se interroga con dudas en el alma, el porvenir se afronta."

'Conquistar el mundo', el 'batallar de la vida', 'lucha decisiva', 'triunfar', 'armarse', 'afrontar'; el texto incorpora un léxico bélico y lo aplica no a un héroe en el campo de batalla, sino a un hombre corriente dispuesto a afrontar la vida, "a descender a la arena" como lo dirá el Korn de la *Axiología*¹⁷. Y así lo hace. Juan Pérez vuelve la espalda al pasado, no se detiene en el presente y se vuelve resuelta y reflexivamente hacia el porvenir. Juan Pérez tiene con-

¹⁷ Obras, tomo I, pág. 142 (§ VII).

ciencia de la ambigüedad de su situación actual: el cargo aceptado le da relieve y mejora su situación material, pero a la vez lo obliga frente a la autoridad que lo benefició.

"Tengo que cumplir mis compromisos". "Estoy obligado con los hombres que me han dado el puesto, y no se me puede hacer un reproche si cumplo con lealtad."

Su inteligencia, su saber, su voluntad lo guía en la delicada estrategia: cumplir "correctamente" con sus deberes en el medio corrupto:

"Mi conducta es correcta; no he incurrido ni incurriré en ningún acto desdoroso." "Si yo cometiera una irregularidad, no temería tanto el juicio de mis amigos como el de mis adversarios."

Además sabía que

"si cometía una infidencia, si se degradaba ante su propio concepto y en el de los extraños, recibiría el premio habitual de la traición, después de habersele utilizado."

Pero, si bien por motivos utilitaristas —su progreso personal— y más, creyendo hacer el bien, se empeña en mejorar el medio, Juan Pérez no comete "actos desdorosos", sin embargo tolera abusos, trasgresiones, admite los habituales recursos administrativos: el soborno, las coacciones, la compra de votos. Su corrección personal le conquista adhesiones:

"Cada día se imponía con mayor prestigio a la opinión del vecindario y los mismos adversarios no le regateaban su respeto."

Su poder, su autoridad va creciendo día a día; y eso lo satisface. De pronto los hechos cambian la situación. Frente al caos exterior se produce el caos en el alma de Juan Pérez. Pasa de esperanzas a decepciones, se rebela, teme, espera.

"En la dura labor de cada día, en el choque constante de las realidades de la vida, entre decepciones y éxitos, había aprendido a guiar a las gentes, a dominar los hechos y a mantener sereno el espíritu en el conflicto de los acontecimientos. Pero cuando de improviso vio desmoronarse la obra levantada a costa de sacrificios y abnegación, tocó los lindes del desfallecimiento, y estremecieron su corazón todas las angustias de la derrota. Sentado en los peldaños del atrio, en un anonadamiento sombrío, apuró el instante más amargo de su vida y cubrió el semblante con la mano para ocultar la lágrima que asomaba a sus ojos."

Y el novelista, solidarizado con su criatura, acota sentenciosamente:

"Es que sólo el éxito consagra a los hombres, no el vuelo intelectual ni el esfuerzo del ánimo."

En rigor, el conflicto no se plantea entre Juan Pérez y el mundo, sino entre Juan Pérez y Juan Pérez. En la crisis éste reconoce la ineficacia y la injusticia de su conducta. Reconsidera la situación sometiéndose a un difícil análisis de conciencia:

"Una profunda tristeza invadió el ánimo de Juan Pérez. Pasaron por su mente todos los acontecimientos de la víspera; todos los hechos sobrevenidos desde su salida de la escuela rural se agolparon en su recuerdo y en melancólico abatimiento recapituló los resultados de su esfuerzo. Cuatro meses de incesante afán, en continua tensión del cuerpo y del alma, habían dado la medida de su energía, relieve a su personalidad y un caudal de experiencia a su criterio. Pero al recordar la causa a que había servido, los colaboradores que había soportado, las bajezas toleradas y el fraude final con que se había coronado su obra, sintió lástima de sí mismo y se hizo el reproche de haber malgastado sus fuerzas en una tarea indigna y estéril."

Reconoce su error. Tiene que liberar su espíritu. Éste sólo halla su reposo en la verdad. Necesariamente, este hombre de acción piensa en su conducta futura:

"Y él, Pérez, ¿qué haría? ¿Volver otra vez a la secretaría de la intendencia a despachar guías y vigilar los titulados intereses políticos de la gavilla oficial? A semejante pensamiento el asco le anudó la garganta."

Korn hace intervenir un factor de índole emocional, o mejor, fisiológico: el asco, más intenso que cualquier elemento racional, y literariamente más expresivo.

Juan Pérez progresa éticamente. Comprende que sería un obstinado si se aferrase a sus primeros objetivos. La reflexión sobre el pasado inmediato, con su lastre de errores y decepciones, lo invita a perseguir otras metas, tendrá que regirse por otros valores. Su voluntad soberana se dispone a la decisión heroica: *Incipit vita nova*¹⁸.

¹⁸ "Lo vemos como un titán batallador emanciparse de los ensueños románticos de su edad juvenil, desentenderse del Olimpo y sus dioses inocuos y consagrar todo su esfuerzo a labrar la morada donde el hombre ha de vivir dichoso, rico, libre de temores supersticiosos y colmados sus deseos... Sin embargo, por último, se diseña en su fisonomía el gesto amargo de la decepción, aunque su orgullo le impide confesarla. ¿Qué falta? ¿Dónde ha fallado el esfuerzo titánico? ¿Vuelve acaso por sus fueros, con extraña nostalgia, el desdeñado espíritu? ¿No bastan el saber y el poder, el cúmulo de riquezas para acallar los obsesionantes anhelos de justicia, belleza y paz?"

En estos párrafos, con que se inicia el ensayo *Incipit Vita Nova* (1918), Korn caracteriza, mediante una vigorosa imagen, la fisonomía del siglo XIX. En esta imagen resulta asombrosa la semejanza de las etapas de este siglo con las vicisitudes por las que atraviesa Juan Pérez. Hasta el léxico empleado por el filósofo en 1918 no difiere del que empleó el joven novelista en 1884 en la descripción de su protagonista. A través de la novela éste aparece joven, romántico y soñador, deseoso de emanciparse, animado de un espíritu batallador, actuando en un ambiente desprovisto de los valores supremos de justicia y de verdad, consagrando

Sobre la capacidad del hombre de conferirle un nuevo sentido a la vida, Korn vuelve en varias oportunidades:

"Cuando un valor secular pierde su imperio, primero en una conciencia, luego en muchas, acaba por desaparecer o por ser reemplazado. Dentro del fuero de su conciencia puede cada uno, individualmente, realizar este acto y lo hará si el valor vigente le es motivo de una coerción"¹⁹.

La experiencia no fue inútil para la formación moral de Juan Pérez. Al recapacitar sobre la acción futura, descubre con alborozo que la vida no es una imposición ni un mero azar. La vida es acción, y el hombre dispone del poder necesario para imprimirle un sentido y darle valor. "La vida es acción, tarea perpetua y no un teorema", reiterará mucho más tarde el filósofo.

El proceso por el que pasó el personaje de la novela conduce a una conclusión: el sujeto no es un juguete en manos del azar, es una voluntad capaz de fijar valores, de negarlos, de transmutarlos cuando han mostrado su ineficacia o han cumplido su misión. En el fondo, Korn está convencido de que la voluntad es el amo del destino y no a la inversa. Por eso el personaje rectifica su línea de conducta, no para adaptarse a las circunstancias, sino para ser coherente consigo mismo y ser leal con su conciencia. El análisis de los procesos de la deliberación y de la decisión que, en 1930, expone en la *Axiología*, ya se encuentra parcialmente ilustrado, en 1884, en la novela.

"Las cosas no valen por su importancia real, sino por cuanto representan en nuestro espíritu"

afirma con cierta imprecisión expresiva en la novela y agrega:

"La voluntad acuña todos los valores de la tierra."

Y el filósofo de la *Axiología* reitera:

"Son las valoraciones actos reales de la voluntad humana" y

sus esfuerzos y energías para satisfacer su deseo de progreso personal, concluyendo esa jornada, con el gesto de decepción y con la convicción de que el poder y el saber no bastan para llegar a satisfacer los anhelos de justicia y de paz.

Y de la hipótesis anteriormente enunciada, que Juan Pérez bien podía ser un símbolo —el de toda vida humana que atraviesa por diversas etapas, desde la confiada juventud, forjadora de ideales falaces muchas veces, a través de un momento de satisfacción material más esclavizadora del espíritu de lo que en rigor creía, hasta una liberación total del espíritu, producto de la madurez que proporciona la experiencia de la vida—, pasamos a preguntarnos si Korn no habrá pensado, en algún momento, en una concepción organológica de la historia. Es verdad que el filósofo rechaza esa concepción cuando la encuentra expuesta en la obra de Spengler.

¹⁹ *Axiología en Obras*, Universidad de La Plata, 1938, tomo I, pág. 134.

"Las valoraciones representan la decisión de la personalidad autónoma".²⁰

El novelista insiste en su idea de la capacidad del alma humana de decidir el conflicto entre tendencias discordantes, entre inclinaciones incompatibles, entre fines y valores que se excluyen y la posibilidad de sacrificar valores que el interés o el sentimiento quisieran salvar presentando otros ejemplos: María O'Ry y Patricio O'Ry.

Pero esta insistencia de Korn hace triunfar al moralista sobre el novelista: al enfrentar a Juan Pérez con Patricio O'Ry —afines moralmente, antagonistas sólo en política— la novela no logra el contraste dramático y se debilita.

María experimenta el mismo deseo de libertad, la misma firmeza que Juan Pérez; y con el recato de su sexo, desenvuelve su personalidad al margen de las convenciones sociales y las presiones del ambiente. Escucha la voz de sus sentimientos sin hipocresía; se considera única responsable de sus decisiones, muchas veces fundadas en la razón, pero algunas, en el corazón.

En el difícil trance en que Juan Pérez ha sido vencido y en que es desprestigiado públicamente por el medio hostil, María sincera con sus sentimientos y con su conciencia moral, escucha la voz de su sano instinto femenino y le obedece. Puesta a reflexionar, quizá habría encontrado razones que justificasen sus preferencias, pero al tomar la decisión, no las necesitaba. También ella es para el novelista "digna del soplo de la llanura abierta".

El futuro autor de la *Axiología* habría de explicar este extraño mecanismo de la acción, según el cual la reflexión posterior encuentra motivos para justificar los impulsos de la voluntad. También esta ley había encontrado en la novela el caso que permitía mostrar su vigencia en la vida real.

CONCLUSIONES

La novela de Korn nos introduce en un mundo muy concreto: sus protagonistas obran como seres de carne y hueso, viven con pasión y sinceridad sus problemas, se afanan por alcanzar sus objetivos, gozan y sufren. Todo brota de la experiencia de la vida y no de abstractos problemas éticos, metafísicos y psicológicos. Esa visión del mundo es compatible con las exigencias de la novela como género literario.

Entre la novela y la especulación posterior de Korn existen correspondencias sugestivas y, obviamente, también divergencias notables. No puede negarse que una y otra son obra del mismo

²⁰ *Axiología*, en *Obras*, Universidad de La Plata, 1938, tomo I, pág. 130.

hombre y que la visión de la vida de los años de madurez, alimentada seguramente en las experiencias juveniles, vino a confirmar en parte aquella expansión literaria.

La novela consigna en forma literaria ideas, concepciones, que años más tarde corroboraría o rectificaría el pensador en formas filosóficas. Tanto la obra literaria como la filosófica proceden de un incoercible interés por lo humano. Apoya esta presunción un pasaje de un estudio de Francisco Romero, al recordar: "era una afirmación de Korn, que hay que vivir en hombre y no en filósofo, pesando lo fugaz en la misma balanza que lo durable, considerando que la filosofía es una actitud más que una escuela. Alejandro Korn tenía el gusto, acaso la pasión de los hechos; pero no se quedaba en ellos. De los hechos saltaba a los principios, de la cotidianidad a la perennidad. Por su espontáneo modo de ser, por su educación científica, también quizá porque era capaz de descubrir en cada transitoria instancia latencias de universalidad, Korn amaba los hechos y en ellos se recreaba"²¹.

Podría afirmarse que mucho de la visión de la vida humana, expuesta plásticamente en la novela, había de recibir fundamento racional en los ágiles conceptos de *La libertad creadora*, y que una y otra son sólo expresiones diferentes de la personalidad una y única de su autor. La vida que alienta en la intuición del novelista vuelve por sus fueros en las fórmulas del filósofo. Ambas expresiones se corresponden, porque se trata de la misma vida. Pero una y otra hunden sus raíces en un subsuelo más profundo, que es la personalidad del autor. Y a través de sus expresiones —en su novela y en sus ensayos filosóficos—, Alejandro Korn aparece íntegro e inconfundible. La ley, según la cual los pensadores más auténticos tienen un solo tema y toda su vida es un único esfuerzo para darle definitiva expresión, se habría cumplido una vez más.

Clase dada en el Colegio Libre de Estudios
Superiores el 12 de agosto de 1960.

Influencia del teatro europeo en la temática nacional

POR ANGELA BLANCO AMORES DE PAGELLA

Este cursillo no pretende otra cosa que asomarnos a la consideración de las influencias del teatro europeo en la temática del teatro nacional. El tema es vasto, pues señalaremos las influencias que claramente se manifiestan desde comienzos del siglo XX, y particularmente a partir de su tercera década.

Es conveniente, primero, lanzar una rápida ojeada sobre el teatro argentino de la primera época, señalar sus primitivos temas, para estudiar después lo que hemos dado en llamar "nuevos temas" en el teatro nacional.

Queremos dejar constancia de que para la consideración de esta segunda época —la de los nuevos temas— nos ha servido de guía orientadora la obra *Panorama del nuevo teatro* —donde se estudia el teatro europeo contemporáneo— de José María Monner Sans, a cuyo enfoque hemos ajustado este ensayo, en el deseo de comprobar hasta qué punto y en qué medida la temática del teatro europeo, con los problemas filosóficos que lleva implícitos, tiene repercusión e influencia en nuestro teatro.

Esta primera clase enfoca el problema de la temática, en general.

La segunda se referirá a uno de los aspectos en particular: el problema del ser y el conocer, con inclusión del tema de la personalidad, del grotesco como especie teatral y del teatro de lo inconsciente.

La tercera enfrentará el problema de los valores; el teatro fantasista; el animismo y el metapsiquismo.

Como principio general hemos tenido en cuenta no la estricta valoración estética de las obras que citamos, sino la presencia de temas que atestiguan corrientes, inclinaciones, influencias. De ahí

también la cita de numerosos nombres de autores y no el estudio exhaustivo de ellos.

Desde fines del siglo XVIII, saltando por encima del teatro neoclásico de Juan Cruz Varela, de reconocible filiación, del de Manuel Belgrano —sobrino del prócer—, José Mármol, Claudio Cuenca, entre otros, las piezas rurales *El amor de la estanciera*, *Las bodas de Chirico y Pancha* y *El detalle de la acción de Maipú* se enlazan con *Juan Moreira* y las piezas gauchescas que lo siguen, afirmando así un teatro que nace con sincero matiz realista, apegado a la tierra, con profunda raíz autóctona.

A fines del siglo XIX sobreviene un teatro gauchesco entroncado con los folletines de Eduardo Gutiérrez, de entre cuyos temas sobresale, con definitivo valor de recuerdo, el gauchesco policial, que tiene el mérito de presentar la rebeldía contra la fuerza y contra el abuso de la autoridad arbitraria e injusta. Ya en ese héroe bandido, comprendido y justificado por su creador, hallamos, junto con la simiente autóctona que le da vida, un hálito de lejana fraternidad con bandidos europeos, cuyas aventuras, a veces generosas, deleitaron a lectores españoles e italianos. Un leve soplo trágico pasa por el dolor del gaucho perseguido, cuya particularidad de caracteres físicos y de vida lo fijan para siempre como tipo peculiar de nuestro teatro primitivo.

Y mientras el circo primero y más tarde la escena recogen las figuras de numerosos gauchos que alentaron los dramas de la primera época en las dos últimas décadas del siglo XIX, y los públicos populares concurren fervorosamente a representaciones rústicas y elementales, los escenarios porteños se honran con las más altas figuras de la escena del mundo, que traen a Buenos Aires las obras más representativas del teatro universal.

El primitivo drama criollo, donde la escena sangrienta, la pendeñencia, la puñalada, el gaucho "alzao", el lenguaje rural, son elementos indispensables, va a verse cruzado, de pronto, con *Calandria*, de Martiniano Leguizamón (1896), por un soplo vivificante de selva entrerriana. En esta obra el gaucho, si bien desafía a la justicia y vive huyendo de ella, pues por desertor se lo persigue, ingresa en la sociedad, de donde ha salido como matrero. El amor, la vida regular, el trabajo, le abren sus brazos, y el desenlace muda la faz sombría de los dramones anteriores para los que la acción se desanudaba en violencia y muerte. *Calandria* significa, dentro del tema del gaucho errante y perseguido, propio de la primera época, un jalón de importancia, ya que, como dejamos señalado, marca una variante de jerarquía dentro del tema.

Hacia fin de siglo asiste Buenos Aires al triunfo del "género chico". Y surge el sainete. En un primer momento autores e intérpretes de sainetes fueron españoles. Pero en enero de 1890 se

da *De paso por aquí*, de Miguel Ocampo, argentino. Aparece lo nuestro, alusiones a nuestra política, tipos nuestros. Así comienzan a producir Nemesio Trejo, Manuel Argerich, Enrique García Velloso, Ezequiel Soria. Pablo Podestá, intuitivo y genial, que llegó a la interpretación del papel dramático con reciedumbre inigualada en su momento, fue actor destacado en los papeles cómicos de los sainetes. Actores y autores son, hacia 1900, argentinos.

La temática del sainete ha sido ya muchas veces señalada: asunto de orillas, a menudo con acentuada nota trágica; la traición, el vicio, la miseria; también el amor. Los mismos tipos —el italiano, el compadrito, el gallego—; los mismos lugares, el suburbio, y dentro del suburbio, la calle, la esquina, el almacén, el conventillo. Brochazos de costumbres; el arrabal, con su jerga y su miseria, la vida difícil, el dolor, y la nota cómica que alterna con la trágica. Ante todo, pintura de tipos y costumbres. Y drama sin ahondamiento psicológico, superficial, provocado por la pasión y el hambre.

El tema social apunta con *Jesús Nazareno*, de Enrique García Velloso.

El verso cantante y melódico traduce una modificación del viejo tema criollo, trasformando el gaucho en paisano y el campo en chacra en *La piedra de escándalo*, de Martín Coronado.

La primera década del siglo lleva a la popularidad a una importante y decisiva figura de nuestro teatro: Florencio Sánchez. Dentro de la tarea que nos ocupa debemos indicar los principales temas señalados por nuestro dramaturgo.

El público de Buenos Aires conoció, hacia fines del siglo XIX y comienzos del XX el teatro finisecular europeo, casi simultáneamente con el público de Europa. Prolija búsqueda en las crónicas teatrales de los principales diarios de la época —desde 1899 a 1909— nos lleva a señalar que existía en Buenos Aires una fervorosa asistencia de público a los espectáculos italianos, franceses y españoles.

Las tendencias que acusa este teatro finisecular fueron conocidas por aquí a través de la actuación de artistas de fama mundial. Las temporadas teatrales de los años 1899 a 1909 registran nombres conspicuos de la escena: Clara della Guardia, Tina di Lorenzo, Gabrielle Réjane, Zacconi, Novelli, Teatro Libre de Antoine, Sara Bernardt, Eleonora Duse, Grasso, Tallari, María Guerrero, Suzanne Deprés.

Florencio Sánchez, dramaturgo intuitivo, espectador asiduo, concurrió indudablemente a las numerosas representaciones teatrales que se dieron en ese lapso en Buenos Aires, así como a las que se ofrecían en Montevideo, por los años de su adolescencia.

El teatro europeo de fin de siglo entraña distintas orientaciones: realista, naturalista, poética, simbolista, a la vez que una

profunda corriente representada por el teatro de ideas encarnado en Ibsen.

De todas estas orientaciones se conocen en Buenos Aires manifestaciones de importancia. Algunos ejemplos: *Teresa Raquin*, de Emilio Zola, sube a la escena del Odeón en julio de 1901, interpretada por Giacinta Pezzana; *La parisienne*, de Henri Becque, se conoce en julio de 1902: lo da la compañía de Teresa Mariani, también en el Odeón. *Las dos conciencias*, de Gerónimo Rovetta, en 1901, por Clara della Guardia, en el San Martín. *Come le foglie*, de Giacosa, en 1900. Máximo Gorki, con *Los bajos fondos*, es conocido en Buenos Aires en 1906. *Casa de muñecas*, de Ibsen, en 1899, en el San Martín, es representado por la compañía de Clara della Guardia. *Los espectros*, del mismo autor, por Zacconi, en el San Martín en 1904. *Cirano de Bergerac*, de Rostand, en 1899. *Gioconda*, de D'Annunzio en abril de 1899, en el San Martín, por la compañía de Clara della Guardia.

Ahora bien, de todas esas modalidades señaladas en el teatro europeo, Florencio Sánchez gusta lo que está más cerca de su propio temperamento: la realista-naturalista, particularmente la del teatro italiano. Una involuntaria imitación favorecida por características temperamentales, por un perfecto conocimiento del idioma, le hace inclinarse hacia el teatro italiano —realista, vigoroso y audaz— que traen célebres intérpretes como Clara della Guardia, Zacconi, Novelli y Grasso, entre otros. Espontáneamente se inclina hacia la corriente positivista evolucionista del naturalismo. Va hacia la realidad y explica los actos y sentimientos humanos dentro de las particularidades individuales y las condiciones de ambiente. Dice Arturo Vázquez Cey, en su obra *Florencio Sánchez y el teatro argentino*: Sánchez no creó almas: forjó criaturas que animó de un temperamento exclusivo. Crear almas implica trasponer la esfera de lo observable. "Criaturas de carne y hueso, entes fisiológicos, capaces de la sensación y de la emoción; alguna rara vez del sentimiento; otras, cuando el autor las ayuda, de la idea". "Su hombre es de carne: duerme, trabaja, procrea, maldice y llora vueltas las espaldas a la luz del ideal."

Sánchez es un observador inteligente; sus obras responden a un criterio de ajustado realismo y, para ser más exactos, de franco naturalismo.

Para dar orden a nuestra exposición procederemos a señalar temas, asuntos o motivos considerados por el teatro extranjero, tratando de observar qué relación pueden tener con ellos las obras de Sánchez.

EL TEMA DEL VICIO. EL ALCOHOLISMO

Roberto Bracco en su obra en un acto *Don Pietro Carusso*,

trata el tema del padre hundido en el vicio del alcohol, incapaz de reparar la deshonra de su hija. Este mismo tema, el de este mismo vicio, va a ser considerado por nuestro dramaturgo en muchas de sus obras. En la pieza de Bracco hay piedad e ironía. Hay dolor por ese ser vencido, por el viejo Pietro Carusso que, a pesar de amar entrañablemente a su hija, no puede darle más que la vergüenza de ser la hija de Pietro Carusso. Esta obra fue representada por Zacconi en el teatro San Martín, en junio de 1904. Se alterna en ella lo cómico y lo dramático.

Idéntico tema, el alcoholismo, bajo asunto distinto, da vida a la obra de Sánchez, *Los muertos*, que se estrenó en nuestra capital el 23 de octubre de 1905.

El alcoholismo es también tema tratado por otro autor italiano, Gabriele D'Annunzio, en un cuento en forma de monólogo, titulado *Episcopo y Cía*. En la edición Sempere circuló por Buenos Aires hacia 1900. No hemos podido hallar la noticia de su adaptación teatral. Pero el cuento ofrece todas las características de un diálogo, en el que se escuchara solamente a uno de los interlocutores —el otro sería el público—. El personaje único se dirige a personas que escuchan, les formula preguntas que quedan sin respuesta.

En un artículo de Edumndo Guibourg publicado el 24 de diciembre de 1939, en *El sol de los domingos*, se señala la influencia de este cuento en *Los muertos* de Sánchez. El relato de D'Annunzio alcanza un dolor intenso vivísimo. Los asuntos de ambas producciones son distintos. El tema referente al vicio del alcohol, es el mismo. De la casa del Lisandro de *Los muertos* se ha hecho amo el amante de su mujer, que entra y sale a su antojo, viste a su hijo, lo obsequia. Lisandro cae en la humillación, en el ruego, en la más tremenda bajeza. Giovanni Episcopo, también, no sólo por el vicio, sino por una patológica timidez que lo lleva primero a ser esclavo de Wanzer, antes de que éste fuera amante de su mujer; después esclavo de su suegro, borracho consuetudinario; más tarde, esclavo de su mujer y del amigo de ésta. Un personaje que enlaza ambos asuntos es el hijo: Ciro, en D'Annunzio; Lalo, en Sánchez; y dos motivos idénticos: el cuchillo con que Giovanni da muerte a su odiado amo, Wanzer; y el cuchillo con que Lisandro mata también a Julián —amante de su esposa.

Los zapatitos que Lisandro trae de regalo a Lalo, es el otro motivo. Sánchez consigue despertar la piedad hacia Lisandro, mediante el recurso del humilde obsequio a Lalo, ese niño que es la única nota sentimental de la obra, pequeña luz en la vida abyecta de Lisandro.

En *Episcopo y Cía* los zapatitos que Giovanni ha guardado a escondidas, como recuerdo, para evitar que se los pongan al peque-

ño muerto, tienen una honda fuerza patética. Ambos autores utilizan el mismo motivo con efficacísimo resultado dramático.

El tema del alcoholismo mueve el resorte teatral de Ibsen en *Espectros*. Las consecuencias del vicio del Capitán Alving, que recaen sobre su inocente hijo, conmovieron al público del San Martín, en la insuperada interpretación de Zacconi. Era en el mes de junio de 1903. *Los muertos*, recuérdese, es del mes de octubre de 1905.

El mismo Zacconi da en esa temporada una obra alemana *El colega Crampton*, de Hauptman, que presenta también el problema del alcoholismo.

Sea porque en la obra de Sánchez hay verdaderas manifestaciones de cosas que él conocía muy bien, sea porque en los personajes abyectos que Sánchez describe tiene mucho que ver el alcoholismo, lo cierto es que ha desarrollado en diversas obras ese tema, bajo diferentes asuntos: desde la poderosa fuerza dramática de *Los muertos*, pasando por algunos de sus sainetes sin valor estético, como *Los curdas*, hasta la ligereza y comicidad de un monólogo casi desconocido, que se titula *La de anoche*.

En la Caja N° 12 del Archivo Teatral del Instituto de Estudios de Teatro, existe un cuaderno manuscrito con un sello que lleva el nombre de Tomás Pardo, que fue conocido apuntador hace unos cuarenta años. En este cuaderno está transcrito el citado monólogo de Sánchez, que sería conveniente agregar a sus obras completas, y que tiene como tema, tomado en forma reidera, los resultados de una noche de alcohol.

En este ensayo de clasificación de temas, habría que agregar como obras que responden al tema de la perdición por el vicio, *La pobre gente*.

EL TEMA DE LA FAMILIA EN QUIEBRA MORAL

Ermete Zacconi debutó en Buenos Aires el 11 de junio de 1904 en el teatro San Martín, con una obra de autor italiano: Gerolamo Rovetta. La obra se titula *I disonesti*. La prensa del día siguiente dedicó una larga crónica a esta novedad. Se trata del crudo drama de la deshonra, de la miseria; la enfermedad que trae consigo la inevitable búsqueda de recursos para subsistir; el adulterio. Y esto es importante: la presencia del padre desvergonzado en la casa, que saca provecho de la situación. En *Familia*, de Sánchez, estrenada el 6 de octubre de 1905, tiene un personaje cínico, el padre. En otra obra, *El Desalojo* —puesta en escena en julio de 1906— tampoco el padre tiene dignidad.

Asimismo era padre inconsciente, aunque muy distinto del padre de *En Familia* —no tanto de aquel otro de *El Desalojo*— el protagonista de *Don Pietro Caruso*, de Roberto Bracco.

Come le foglie, de Giacosa, se dio en el Odeón en agosto de 1900; en abril de 1902, en ese mismo teatro, fue interpretado por la compañía de Teresa Mariani; en 1903, por Clara della Guardia en el Politeama; en 1904, consta su representación, ya en español, en el Teatro Nacional.

En el primer acto de *Comme le foglie*, la familia hace sus maletas para abandonar la casa que los ha cobijado. Están arruinados. Deben venderla. Un hálito de ligereza, casi de curiosidad alegre por ver qué pasará, unido a la superficialidad de la segunda esposa del padre, hace pensar en seguida en la otra familia de Sánchez, en la que la madre, quejándose amargamente de la inconsciencia de sus hijos, exclama: "¡Nada les preocupa ni les quita el buen humor! La verdad es que no sé qué laya de sangre tienen ustedes. ¿Que no hay que comer? ¡Nunca tan alegres y jaranistas!... ¿Que nos embargan los muebles?... ¡Pues viva la patria!" (*En familia* acto I, escena I).

Analícemos algunos personajes de la pieza de Sánchez y de *Come le foglie*. Damián es el hijo virtuoso, el que pretende salvarlos de la bancarrota moral. Massimo, el sobrino de Giovanni, es también, en la obra de Giacosa, el que aconseja, el que trata de levantar el nivel moral de la familia. Tommaso, Tommy, como se hace llamar, es el hijo jugador que no quiere trabajar, cuya psicología ofrece indudable semejanza con la del Eduardo de *En familia*, jugador e irresponsable también, que exclama: "¡No quiero trabajar!... ¡No quiero trabajar!"

Domingo F. Casadevall, en su obra *El tema de la mala vida en el Teatro Nacional* dice, refiriéndose a esos personajes, los "caídos", los "déclases", los que en otro tiempo gozaron de una buena o mediana posición social y que cayeron por debilidad de carácter o reveses de fortuna, que Florencio Sánchez, con maestría insuperada, ha pintado a esa clase degradada en alguna de sus obras. En *La pobre gente* (1904) muestra el envilecimiento de Zulma, hija de un hogar relajado por la conducta de un padre envilecido. Ana María, protagonista de *Un buen negocio* (1909), la última de sus obras, es también el resultado de una madre degradada. Pero ninguno de esos tipos, según la opinión de Casadevall, alcanza a Jorge, el protagonista de *En familia*. Es el desmoronamiento de un hogar venido a menos por la holgazanería de un padre consumido por la pasión del juego y del libertinaje.

El honor, de Suderman se dio en Buenos Aires —no sabemos si en función de estreno— el 17 de mayo de 1899 por la compañía de Clara della Guardia, en el teatro San Martín. Después, a lo largo de este decenio, infinidad de veces; Antoine la presenta en el Odeón en 1903.

El tema de la familia en quiebra moral no fue desarrollado por Florencio Sánchez solamente en ambiente urbano, sino también en el rural. Recuérdese una de sus más vigorosas producciones, *Barranca Abajo*.

EL TEMA DE LOS DERECHOS DEL INSTINTO

Notamos una primera similitud meramente formal, según deja señalado Roberto Giusti¹, entre los títulos de algunas piezas de Sánchez y los de obras del teatro italiano de aquel momento: *Los derechos de la salud* —estrenada en Montevideo el 4 de diciembre de 1907—, *El derecho de la tristeza* —obra proyectada por Sánchez que no llegó a escribir— y *Il diritto de vivere*, de Bracco —representada en el Odeón por la compañía Grasso en mayo de 1907.

A este respecto puede recordarse también *I diritti dell'anima*, de Giacosa, llevada a escena por Zacconi en julio de 1904 en el San Martín.

Los derechos de la salud plantea el problema del triunfo del instinto por encima de los preceptos morales y de los convencionalismos de la sociedad.

El planteo sería valiente si los personajes no estuvieran concebidos de una manera excesivamente primaria. Ni Roberto, que en *Los derechos de la salud* hace valer su amor instintivo, ni Mercedes, en *Nuestros hijos*, ni Julio, en *M'hijo el doctor*, son héroes de amor. Son criaturas elementales que buscan satisfacer sus instintos. Cuando en *Los derechos de la salud* nos inclinamos a creer que por las situaciones mismas de la obra se está tejiendo entre Roberto y Renata un profundo amor hecho de comprensión, compañerismo, apoyo espiritual, el mismo Sánchez nos vuelve a la realidad con palabras no muy acordes con el clima que estábamos creyendo respirar. "¡Oh la salud! ¡La salud! Madre egoísta del instinto creador. ¡Amo a Renata con todas las fuerzas del alma y del instinto y con todos los derechos de mi salud!"

El deseo, de Suderman, autor muy representativo entonces —recuérdese *El hogar*, *El honor* —es una novela que tiene un tema central semejante al de *Los derechos de la salud*. Víctor Pérez Petit lo señala en *La Revista Nacional* de Montevideo, según lo subraya, sin indicación de fecha, Edmundo Guibourg en su artículo citado. Dora Corti, en su tesis doctoral sobre Florencio Sánchez, informa que Ruth Richardson anota esta influencia en *Florencio Sánchez and the argentine theatre*. New York, 1933.

EL TEMA DEL MARIDO ULTRAJADO QUE PERDONA Y SUFRE EL ULTRAJE

Hubo una obra del teatro francés, *Papá Lebonnard*, de Aycard,

¹ Ver Giusti, Roberto F., *Florencio Sánchez. Su vida y su obra*. Buenos Aires, Ed. Justicia, 1920.

que estrenó Ermete Novelli el 27 de agosto de 1904 en el teatro Ópera y que gozó después del persistente favor del público. La escena culminante, cuando papá Lebonnard, bonachón y sufrido, no tolera más los insultos de su mujer y del que se titula su hijo, y estallando con todo su dolor retenido durante años grita a la esposa su traición, tiene indudable semejanza con la situación del último acto de *Nuestros hijos*, de Sánchez.

EL TEMA DEL ENFRENTAMIENTO DE DOS GENERACIONES

La compañía de Clara della Guardia estrena en mayo de 1901 en el teatro San Martín la obra de Rovetta *Le due coscienze*. Se trata de dos posibles actitudes frente a una falta. ¿Debe legitimar un hombre la situación de la mujer que es madre de su hijo sin ser su esposa?

Suderman trata el mismo tema en *Casa paterna*, que llevó a escena Teresa Mariani en abril de 1902.

Eugenio Brioux en *Blanchette* —representada por la compañía de Antoine en el Odeón el 5 de agosto de 1903— también aborda el tema del enfrentamiento y la incompreensión de dos generaciones.

Juan Pablo Echagüe, citado por Julio Imbert en su obra *Florencio Sánchez, vida y creación*, señala que este tema era "muy traído y llevado por los dramaturgos del momento". El mismo Imbert anota, sin decir de dónde obtiene el dato, que en un principio Sánchez tuvo otro título para su obra *M'hijo el doctor*. "Las dos conciencias". También Dora Corti, en su obra citada, señala: "Dicen que su primer título era "Las dos conciencias", por influencia del drama de Rovetta *Le due coscienze*.

La crítica aclamó *M'hijo el doctor* como un fruto maduro de autor avezado; ella fue, en verdad, el punto de partida de toda la producción de Florencio Sánchez, quien comenzaba por una obra de cuyo primer acto se ha dicho que es lo mejor de su teatro. Sobre ella comentó José Ingenieros en *El País* (15 de agosto de 1903) con profunda comprensión del tema: "Conflicto entre una tradición de siglos y una moral nueva, el drama de Florencio Sánchez lleva a la escena una página de audaz filosofía, bajo el manto ordinario de escenas propias de nuestra vida criolla". Y dice después que mientras el público aplaudió el drama intensamente y los cronistas celebraban la competencia técnica, pocos descubrieron lo esencial: el conflicto entre la ética vieja y la ética nueva.

Es, pues, en su fondo un planteo que responde al antagonismo entre padres e hijos, al conflicto de dos generaciones.

Quedan, pues, señaladas, vagas influencias extranjeras —conscientes o no— que presenta el teatro del dramaturgo rioplatense; influencias que en nada disminuyen su originalidad y el valor incuestionable de su significación en el teatro argentino de co-

mienzos de siglo. Al respecto conviene recordar estas palabras de Roberto F. Giusti: "Extremando la búsqueda de los paralelismos casuales, no hay obra que pueda reclamar la originalidad absoluta, ni podría hacerlo sin ponerse fuera de la vida. Lo que tiene de común el teatro de Sánchez con el europeo es la atmósfera de tiempo. A ella pertenecen su pesimismo, sus crudezas, su filosofía libertaria de la vida." (*Historia de la literatura argentina*. Director: Rafael Alberto Arrieta. t. IV, p. 550, Buenos Aires, Peuser, 1959).

La marcada tendencia realista que se manifiesta en el drama gauchesco, en el sainete, en el teatro de Sánchez se pone en evidencia también en la comedia de Gregorio de Laferrère, cuyo acento satírico se desliza en la sonrisa juguetona de una burla no demasiado agria, a las costumbres y a la sociedad de entonces.

Dentro de este teatro realista destacaremos el tema amargo repetidamente tratado por Vicente Martínez Cuitiño, el de la seducción y corrupción de la mujer. El tema del hogar en quiebra moral, de tanto interés para Sánchez es retomado por Martínez Cuitiño.

El problema del conflicto entre el extranjero instalado en la tierra que cultiva con fervorosa esperanza y el criollo que la descuida, es decir, el problema del gringo, el criollo y la tierra, que ya planteara Florencio Sánchez, triunfa en innumerables producciones vernáculas. Alguna de ellas, como *Tierra virgen*, de Pedro E. Pico, el delicado y a veces brillante comediógrafo, tiene, además de esa significación, otra que se enlaza con el sentido y gravitación de lo telúrico como fuerza poderosa, como resorte que constituye la dinámica de la acción. El drama de la tierra, de nuestra tierra, el drama del colono, el problema social, la injusticia de los contratos inhumanos, alienta en obras de autores diversos. Éstas y otras muchas podemos agrupar en una clasificación: el tema social. A este tema habría que agregar el de asunto histórico, cultivado entre otros por Paul Groussac, David Peña, Luis Bayón Herrera.

Hemos tratado de dar una visión muy general, por cierto, de los primeros temas de nuestro teatro: 1º gauchismo, costumbrismo —con firme orientación realista— luego un más hondo y alto alcance, ya con enfoque universal y técnica naturalista, en los temas de Florencio Sánchez; por último, un teatro de contenido social, apoyado especialmente en los dramas del campo argentino y otra producción sobre tema histórico.

Hemos llamado "nuevos temas" a los determinados por una serie de asuntos que surgen hacia 1920 en la producción escénica y que con más o menos logro estético, traducen la inquietud de los autores hacia una reflexión más trascendente sobre el ser y sobre problemas filosóficos presentes en el teatro europeo de la

época. Hasta ahora hemos visto solamente un teatro inspirado en problemas de la tierra, en realidades sociales, en costumbres, con tipos extraídos de la realidad, con ambientes reales, en que, a veces, se añade a la fórmula realista, elementos propios del naturalismo, como en alguna producción de Sánchez.

Veremos que en la tercera década del siglo la reflexión sobre el ser, que tan importante lugar ocupa en la producción europea, particularmente en la de Pirandello, habrá de interesar —tal vez por simple vía de influencia— a muchos de nuestros autores. Pirandello fue conocido en Buenos Aires en 1923.

Marcada influencia pirandelliana hallamos en autores argentinos como Defilipis Novoa, que estrena en 1925 *Tu honra y la mía*, donde se trata el tema de la doble personalidad, del ser múltiple, uno con unos, otro con otros. El hijo de Zurmarán, en la pieza argentina, conoce una noche un aspecto infame de la vida del padre respetado y querido; la Hijastra, en la obra del autor siciliano, conoce también un infame momento de la vida del padre en *Seis personajes*. Autores como Enzo Aloisi, ya en la década siguiente, habrán de poner hasta en la burla leve del título de su farsa *Nada de Pirandello, por favor* (1937), una clara alusión a la influencia del dramaturgo italiano.

Uno de los aspectos novedosos introducidos por Pirandello en su teatro, evidente en la obra de Aloisi que acabamos de citar, es la autonomía que cobran los personajes creados por el autor, autonomía emparentada con la que adjudicó Unamuno a su personaje Augusto Pérez; en su novela o nivola *Niebla* (1914) cuyo prólogo está realizado por uno de los personajes, y con la que Jacinto Grau asigna a los muñecos de *El señor de Pigmalión* (1921). Como es sabido, en Unamuno, Augusto Pérez, personaje de la novela, hace un viaje decidido a dar muerte al autor que lo ha creado. En Jacinto Grau, los muñecos de su obra matan al señor Pigmalión que les dio vida. Los personajes de la obra de Pirandello se enfrentan con el autor para reclamarle existencia. El Padre dice al Director: "Somos seres vivos, más vivos que los que respiran, esos con quienes nos codeamos a cada paso. Menos reales quizá, pero más verdaderos". Recuérdense aquellas palabras del Dr. Fileno, cuando en *La tragedia de un personaje* (cuento del volumen *La Trappola*, 1915) le pide a Pirandello que acostumbra recibir en audiencia a sus posibles criaturas de ficción: "Hágame vivir, usted que ha comprendido bien toda la vida que en mí alienta".

Entre nosotros, este problema de la autonomía del personaje, del personaje desvinculado e independizado de su creador, ha atraído muy especialmente a Roberto Arlt y a Enzo Aloisi.

En *300 millones* (1932), Arlt llega a la libertad máxima a este

respecto; libertad comparable a la de Pirandello, en cuya novela *El difunto Matías Pascal* (1904) el protagonista crea a otro ser, Adriano Meis, bajo cuya personalidad se oculta.

En 500 millones los personajes engendrados por la protagonista son los de sus sueños, a quienes llama Arlt "personajes de humo" y que adquieren importantísimo lugar en la acción, si bien el desenlace se produce, breve, amargo y cruel, por la presencia de un personaje real. En otra de las obras de Roberto Arlt la cuestión de la autonomía de las criaturas de ficción es quizás más evidente y de clara vinculación con el enfoque de Unamuno, de Pirandello y de Grau.

Se trata de *El fabricante de fantasmas*, estrenada en 1936. Aquí el protagonista, Pedro, autor de teatro, crea una serie de personajes (los personajes de sus obras) que llegan a adquirir tal vida, tal rebeldía, que persiguen a su creador, le piden cuentas por haberles dado la vida y trata alguno de ellos hasta de provocar una deshonesta escena con su propio creador, a quien todos ellos llaman "padre". Llegan a pensar asimismo —nótese la coincidencia— en darle muerte.

La corte miserable de esos personajes —creados por el personaje principal— pero que a la vez simbolizan sus propios remordimientos (él ha dado muerte a la esposa al comenzar la obra) está compuesta por un verdugo, un jorobado, una coja, una mujer de mal vivir, una ciega.

Las escenas entre Pedro y sus personajes son terribles. Hay insultos, amenazas. Pedro los increpa: —"¡Fuera, canallas!". Y después: —¿Es posible que yo sea el fabricante de estos monstruos?" (dirigiéndose al jorobado) —"¡Fuera de aquí, perro! (Escena III, acto II, cuadro II). Jorobado— (Engallado, frente a Pedro que avanza sobre él) —"¡No nos vamos! ¿Lo escuchan, hermanos? Nos llama monstruos y a mí perro". Y reza la acotación: "(Avanza hacia Pedro que ahora retrocede intimidado)".

Si se tiene presente la obra de Grau *El señor de Pigmalión* se podrá establecer fácil conexión entre aquellos muñecos creados por Pigmalión, unidos entre ellos, desconformes y rebeldes contra su creador, y esta corte miserable de personajes en abierta rebeldía contra el autor.

—"¿Quién nos ha construido con esta catadura espantosa? Tú..." (jorobado).

Otro de los personajes, la mujer de mala vida, se lamenta por la manera como fue creada y se encoleriza contra su creador: —"Yo era una muchacha decente cuando en el segundo cuadro de *El alma de la calle*, me hiciste entrar a puntapiés en la mala vida". Y después: "Escribías el segundo cuadro de tu obra y las palabras se

atascaban en tu mente. Es que yo me resistía a convertirme en una mala mujer”.

La autonomía del personaje llega a tal extremo que uno de ellos reprocha a su creador la forma como pretendía conseguir la emoción del público. Incluso lo acusa de haber querido burlarse de él.

Ya desde el comienzo de la obra, en el acto primero, Pedro mantiene diálogos con sus personajes. En cierto momento, cuando uno de ellos se dirige a él, le dice (secamente): “Diríjase al galán”.

En la obra de Enzo Aloisi *Nada de Pirandello, por favor*, los personajes van apareciendo, brindándose al autor, ofreciéndole su modalidad, aconsejándole. Es el problema de la creación dramática, en forma de farsa.

Este problema de la autonomía del personaje independizado del autor, de la relación entre creador y criatura corresponde al tema de la personalidad y pertenece, en consecuencia, a un pensar ontológico.

El problema ontológico y el gnoseológico —la reflexión del hombre sobre sí mismo y sobre su destino y su ansiedad por conocerse y por conocer la realidad— surge en el teatro europeo con nuevo carácter a fines del siglo XIX; surgió antes en la lírica como manifestación de la reacción antipositivista.

Cuando el hombre piensa que la ciencia no explica todos los aspectos de su ser, que el intelecto no es todo el hombre, y que hay algo que escapa a la pura explicación intelectualista; en una palabra, cuando el positivismo no alcanza a satisfacer, irrumpe la angustia metafísica. Y esta angustia metafísica da, en el teatro, el drama moderno que propone problemas propios de una época llena de inquisiciones y de torturas anímicas.

Es innegable la importancia que para la literatura tuvo la psicología abismal, la psicología profunda, el conocimiento del “yo” hundido, soterrado, avasallado, más allá de la conciencia; acallado y hundido, pero en acecho; amordazado, pero presto a lanzar su grito. Es innegable la importancia que el avance de la ciencia, con Freud especialmente, tuvo para la literatura en general y, en particular, para el teatro. Es innegable también que la lírica entrevió antes que la ciencia esa necesidad de remover los trasfondos del alma del hombre de las grandes ciudades, a que aludía la estética baudeleriana.

Verlaine, Mallarmé, Rimbaud, están muy lejos de conformarse con las explicaciones positivistas sobre el mundo. Algo que existe, misterioso y enigmático, no puede ser satisfecho por la ciencia. Y a pesar del progreso del naturalismo, el simbolismo le opone vallas y limitaciones y presta su fuerza inquietante a la literatura.

En 1877 se traduce la *Filosofía de lo inconsciente*, de Hartmann.

El pesimismo de Schopenhauer no es otra cosa que decepción ante la ciencia. Empieza a despreciarse lo objetivo; se niega la realidad, que no es más que apariencia, cambiante según cada individuo. Lo irreal cobra valor. Elemento valioso para la literatura, lo irreal.

Todos estos aspectos influyen de manera definitiva en el teatro europeo de esa época.

El tema de lo inconsciente, de los instintos avasallados y quietos o aquietados por la razón, sometidos y silenciados, con su enorme poder —más vigorosos cuanto más sujetos— irrumpe en el teatro europeo como una consecuencia del progreso de la psicología abismal. No quiere decir esto que el drama con el tema de lo inconsciente, de lo que la conciencia no conoce, surja en una época determinada, después de Freud, o con los anteriores estudios de Charcot y Bernheim. Desde muy antiguo esa fuerza poderosa sofocada ejerció atracción sobre la literatura dramática. La escena del fin de siglo XIX y de comienzos del XX ofrece después variados y claros ejemplos. Citemos, entre muchos otros, por lo representativo *Il piccolo santo*, de Roberto B. Bracco, en 1909 (estrenado en 1912).

No podemos, en el enfoque general de esta primera clase, ocuparnos detalladamente del teatro que, entre todos, representa la manifestación del problema de lo inconsciente. No podemos dedicar toda la extensión que merecería la consideración del teatro de Lenormand, autor cuya influencia es definitiva sobre muchos otros que trataron después el tema. Tanto en *Panorama del nuevo teatro*, como en *El teatro de Lenormand*, José María Monner Sans estudia profundamente este teatro. Temas, conflictos y soluciones de conflictos tienen, en sus obras, procedencia freudiana. Así *Le mangeur de rêves*, *Le simoun*, *Le temps est un songe*, *Le Lâche*, *Les ratés*.

Con soluciones acordes con la teoría de Freud, o demostrando lo peligroso de la misma, Lenormand produce obras apoyadas en la psicología abismal. Su teatro, este "teatro de lo inconsciente", va a ejercer segura influencia en el teatro argentino, especialmente en un autor, digno autor, Samuel Eichelbaum, cuyo teatro de sincera raíz psicológica, presenta personajes y conflictos de clara procedencia lenormandiana. En otros autores, Enzo Aloisi, Roberto Arlt, encontramos alusiones a influencias del yo abismal.

El ser múltiple, el ser que cada uno es, dividido en seres diversos, que se van sustituyendo según la vida y las circunstancias, todos seres transitorios que corresponden a etapas diversas de la vida, el ser que ya no es uno sino muchos, uno con cada otro ser y en cada momento diverso, ha sido tema fundamental en el teatro de Pirandello. En la clase correspondiente veremos las influencias

de Lenormand y Pirandello en el teatro nacional. Entonces estudiaremos con extensión los autores argentinos que se sintieron atraídos por esos problemas del ser.

Dentro de este tema es conveniente estudiar una especie teatral que a él responde: el grotesco. Puede señalarse el año 1916 para la primera obra *La maschera e il volto*, de Chiarelli, que llevó esta clasificación. El grotesco nace como producto de una época de crisis, de una sociedad en descomposición. Lo cómico y lo trágico se funden apretadamente en esta especie teatral, y el dolor provoca risa, al mismo tiempo, al espectador conmovido. El grotesco presupone una falta de acuerdo entre el yo íntimo y el yo externo o superficial. La falta de acuerdo entre ambos va a dar por resultado el drama, cuando el ser toma conciencia de ese desacuerdo.

Fueron muchos los europeos que escribieron grotescos; en Italia Luigi Chiarelli, Luigi Antonelli, Enrico Cavacchiollo. Fuera de Italia Andreieff traza la conmovedora historia del payaso que recibe las bofetadas, especie de bufón enamorado cuya fuerte personalidad inspira respeto y despierta curiosa sonrisa conmovida, y cuyo final, inesperado y dramático, encierra un hondo sentido de vida vivida intensamente ante la risa de los otros, que jamás pudieron haber penetrado su hondura.

En diversas naciones europeas se escriben obras vinculadas a este concepto de las situaciones escénicas dislocadas, disociadas como la sociedad y la época en que se escribieron. La Argentina, que recibe la influencia europea, ofrece interesantes manifestaciones de esta especie teatral. En la tercera década del siglo empiezan a subir a escena las piezas de Armando Discépolo, César Bourel, Muello y Segré, Defilipis Novoa, Rafael Di Yorio y otros, grotescos de que nos ocuparemos en la próxima clase y cuya nota característica trataremos de analizar.

Sea bajo alusión directa y clara, sea bajo apariencia risueña y cómica, la escena europea recogió mucho antes de Ibsen —recuérdese a Molière— la necesidad moralizadora que inquieta a muchos de sus hombres de teatro. Vicios y defectos son claramente expuestos en obras que reclaman desde la escena una más pura atmósfera. A través de la sátira, Georges B. Shaw fustiga moral y costumbres de una sociedad cuya conducta merece el látigo de su palabra sonriente y agria. El problema de los valores informa este agudo teatro de Shaw, valiente e iconoclasta, que no se arredra ante convencionales conceptos respetados por generaciones no beligerantes.

La escena europea recoge este problema de los valores a través de autores y especies teatrales: la comedia satírica, la farsa, el grotesco.

De todas estas especies hay manifestaciones más o menos valiosas en el teatro nacional.

Numerosos dramaturgos europeos de la segunda década del siglo utilizaron el animismo como resorte seguro para mover la acción teatral.

Entre nosotros muchos autores han adjudicado alma a la naturaleza inanimada. Desde *La montaña de las brujas*, de Julio Sánchez Gardel, en 1912, este tema de las fuerzas de la naturaleza, con verdadero carácter de personajes dentro de la obra, ha tentado a autores argentinos. Diversas zonas de nuestro territorio —el norte, el chaco, la pampa, el extremo austral— adquieren un sentido nuevo y un valor con equivalencia de personaje.

Fenómenos metapsíquicos invaden la escena nacional así como la extranjera. Aquí, Vicente Martínez Cuitiño es un claro representante de ello.

Más allá de lo real, desbridada la fantasía, sin diques de represión, ilimitado en su absurdidad, un teatro nuevo, original y poético, donde las cosas suceden fuera de toda lógica y razón, permite, en una suerte de encantamiento, la evasión de la rutinaria realidad.

Conrado Nalé Roxlo lleva a la escena argentina, con *La cola de la sirena*, su lírico acento de auténtico poeta. Las sirenas y las ondinas vuelcan en la literatura teatral del mundo el sortilegio de sus caudas de plata y de sus voces líquidas y memorables. Y el espectador se marcha, por el camino de ilusión que la sirena, con intención simbólica, le traza en una evasión deliciosa y deseada.

En Francia, Jean Giraudoux utiliza una vieja leyenda germana para regalarnos ese bellissimo poema que es *Ondine* (1939). En España, Alejandro Casona escribe *La sirena varada*, con su ingenio chispeante y la gracia de su diálogo.

Para terminar, nos interesa citar, a modo de resumen, las palabras de Roberto Giusti, en la *Historia de la literatura argentina* (Ed. Peuser). "Parece superfluo agregar que las principales tendencias vanguardistas del teatro y sus correlaciones literarias y filosóficas —multiplicidad del yo, psicología de lo inconsciente, sondeos psicoanalíticos, distintos planos de la realidad— y en la técnica, escenarios múltiples, corporización de las imágenes de la fantasía, resurrección animada del pasado, fondos musicales, en todo lo cual se nota la influencia del cinematógrafo, han tenido repercusiones en nuestra escena, incluso las direcciones suprarrealistas y expresionistas".

Es conveniente, pues, dejar señalado que en el teatro argentino existe, a partir de la tercera década del siglo, un movimiento

renovador producto de evidente influencia europea, que funciona con poder germinativo y permite la esperanza de posibles nobles producciones futuras para el bien del teatro nacional.

Clase dada en el Colegio Libre de Estudios
Superiores el 22 de agosto de 1960.

Educación para la democracia

Por CLARA LEONOR VILASECA

¿Qué entiende el niño cuando su maestro le dice dogmáticamente que la libertad de pensamiento y expresión son fundamentales? Todo maestro con experiencia sabe que la contestación es: *nada*. La democracia no se enseña con explicaciones, ni con lectura de páginas alusivas, ni haciendo que los niños copien y comenten pensamientos de los próceres. La democracia es una forma de vida y, en consecuencia, sólo se la puede enseñar enseñando a vivir democráticamente.

El niño puede aprender democracia en el jardín de infantes, a través de toda la escuela primaria y secundaria, y puede cultivar el joven sus valores en el último grado de su carrera universitaria, siempre que las actividades que se propicien desde la cátedra sean de aquellas que conducen al desarrollo de la conducta democrática deseable en una sociedad de hombres libres.

Para lograr ese objetivo deben dejar de ser, si es que lo son, el centro de la enseñanza el maestro y los conocimientos, para serlo el grupo de alumnos y los alumnos individualmente. Para eso, naturalmente, debe producirse un cambio total de actitud de alumnos y maestros con respecto al proceso educativo, cambio sólo posible cuando se han redefinido valores, ya que éstos son la dimensión subjetiva de los objetivos de la conducta.

Antiguamente sólo existía un vínculo muy débil entre el maestro y los alumnos. Sólo el maestro hablaba. Al alumno le correspondía escuchar. No existía ningún motivo para que un niño quisiera hablar con su compañero. No era mayor la relación social de los alumnos entre sí que la de los oyentes de una misma emisora cuando encienden, cada cual en su casa, el receptor a las nueve de la noche para escuchar determinado programa. Enseñar de esta manera no es enseñar. O peor: es enseñar sumisión, es enseñar esclavitud, es enseñar a obedecer ciegamente. Pocos maestros son en la actualidad tan autocráticos como los que aca-

bamos de pintar. Pasó la era del *magister dixit*. Pero son muy pocos los maestros que "dejan" conversar a los alumnos entre sí. No me refiero a la charla que se produce en el aula cuando los chicos se aburren. Por dejar hablar entiendo dar oportunidad a los alumnos para conversar entre sí y resolver de ese modo sus problemas de aprendizaje o de disciplina. Cuando el maestro organiza la conversación, *todos deben tener oportunidad para conversar con todos*. No se trata de que algunos permanezcan ajenos a los problemas de que se trata o adopten una actitud meramente pasiva. En una clase democráticamente organizada, el maestro debe dar igual oportunidad a todos. Para organizar la clase sobre bases democráticas, conviene usar determinadas técnicas, las técnicas sociométricas, que ayudan extraordinariamente al maestro a conocer la organización social de su clase, su estructura, sus problemas, y acentúan el conocimiento que el maestro pueda tener de cada alumno, al revelarle ciertas fases de su conducta.

Cuando el grupo *clase* está convenientemente organizado, se favorece la madurez de los niños como miembros del grupo y se les permite desarrollarse en el ambiente emotivo que ellos mismos crean, que es el más apto para la motivación del aprendizaje. Está probado que cuando el niño encuentra en la clase un ambiente emotivo favorable "se porta bien", es decir, atiende, no manifiesta actitudes agresivas (no pega, no contesta mal), no se distrae ensimismado en quién sabe qué cavilaciones, no llena de leyendas su banco ni se come las uñas, ni se chupa los dedos... Y cuando el niño atiende y se siente a gusto en la clase, evidentemente está aprovechando lo que se le enseña, en el grado más alto que su inteligencia le permite.

Si se educa a cada niño aisladamente, en su casa o embretándolo a cada uno en su asiento de la escuela, el asiento atornillado al piso, se está conduciendo a los alumnos a una valoración errónea de sí mismos, individualmente y como miembros de la sociedad. A estos niños les será difícil más tarde la interacción con sus compañeros de taller, de oficina, de laboratorio. No habrán aprendido nunca a colaborar sino a competir, habrán aprendido a obedecer, pero no a decidir por sí mismos, seguramente habrán acumulado muchos conocimientos, pero será difícil que resuelvan por sí solos un problema.

Sólo mediante la acción del grupo, los seres humanos comprenden y valoran las diferencias étnicas, religiosas o socioeconómicas y aprenden a usarlas constructivamente. Ése es factor fundamental para la vida del hombre en una sociedad libre. Es uno de los más serios fundamentos de la democracia. Si en el aula existe un clima democrático, hay paz y tranquilidad, las tensiones disminuyen y desaparecen, la vida se desenvuelve armónicamente. El cultivo

de valores democráticos, cosa posible en la clase organizada de esa manera, forma alumnos responsables, respetuosos, capaces de pensar por sí mismos, de crear, de colaborar con los demás, de respetar a las minorías, de aceptar las decisiones de la mayoría. Alumnos de buenos sentimientos, generosos, considerados, comprensivos. El maestro capaz de manejar de esta manera su clase no está enseñando democracia dogmáticamente. La vida democrática en el aula conduce a la formación de ciudadanos democráticos responsables.

Para organizar democráticamente un grupo, es conveniente aplicar las técnicas más adecuadas: las *técnicas sociométricas*. Éstas permitirán conocer las relaciones que existen entre los miembros del grupo, sus preferencias y rechazos, y favorecer el cultivo de las mejores relaciones. El *test sociométrico* revela cuáles son las relaciones. Su interpretación permitirá al maestro trabajar en beneficio del grupo.

APLICACIÓN DEL TEST SOCIOMÉTRICO

Los alumnos no deben siquiera sospechar, cuando se aplica un test de esta especie, cuál va a ser la importancia que tendrá para el maestro. El maestro sin embargo debe dar un buen motivo para aplicarlo. De acuerdo con los resultados del sociograma, el maestro puede reubicar a sus alumnos en la clase u organizarlos en grupos para un trabajo que se haya proyectado llevar a cabo con esa técnica.

El maestro procede de esta manera:

1º) Propone a los niños que, para cambiar de ubicación dentro de la clase o para realizar un trabajo en equipos, elijan los compañeros con quienes preferirían estar. Les advierte que las elecciones se harán por escrito y con el mayor secreto, de manera que la elección de cada uno quede entre el maestro y cada alumno individualmente.

2º) El maestro reparte fichas que los alumnos tienen que llenar de acuerdo con las indicaciones que él dé, siguiendo el modelo que se presenta a continuación:

NOMBRE DEL ALUMNO:

FECHA:

CRITERIO:

ELECCIONES:

1)

2)

3)

1. Ficha modelo para aplicar un test sociométrico

Cada alumno pondrá su nombre y apellido completos, para evitar las confusiones con los homónimos, la fecha del día en que se realiza el test y el criterio (acomodación en el aula, trabajo en equipos, compañeros para una excursión o para una fiesta, etc). Después escribirá, en orden de preferencia, los nombres de los compañeros con quienes desee sentarse, o trabajar, etc.

Debajo de la línea que aparece al pie de la ficha, el maestro dirá que cada cual puede escribir allí, si le parece, el nombre de algún compañero que él piense que tal vez no quiera formar grupo con él. Esto último debe decirlo de la manera más vaga posible, para dar oportunidad a los alumnos que sienten aversión por un compañero a expresarla, pero a la vez para no provocar la idea del rechazo.

Una vez que todos los niños han llenado sus fichas, el maestro las recoge *sin comentarios* y las guarda en su bolsillo o en su portafolios, para que los niños vean que eso pertenece al maestro y que nadie se enterará de lo que cada uno ha escrito.

En su casa, el maestro trabaja sobre los datos que ha recogido del test de esta manera:

1º Pone en orden alfabético las fichas.

2º Toma la primera ficha y las de los tres niños elegidos en ésta y anota en las de los niños elegidos el nombre del elector, y a su vez en la del elector el nombre de los otros niños, si la elección fuera mutua:

NOMBRE DEL ALUMNO: María Cristina A.

FECHA: 20/5/60 .

CRITERIO: Formar equipos de trabajo.

ELECCIONES

1) Graciela G.

2) Mirta P.

3) Beatriz Re.

1º Mirta P.

2º Beatriz C.

2º María Teresa G.

1º Sofía R.

NOMBRE DEL ALUMNO: Graciela G.
 FECHA: 20/5/60
 CRITERIO: Formar equipos de trabajo.

ELECCIONES

1) Mirta P.	_____	2º Mirta P.
2) María Teresa G.	_____	1º María Teresa G.
3) María Rosa S.	_____	3º María Rosa S.
		1º María Cristina A.
		2º Susana Ba.
		3º Graciela Irene G.
		3º Angelita L.
		2º Beatriz Re.
		2º Elida H.

NOMBRE DEL ALUMNO: Mirta P.
 FECHA: 20/5/60
 CRITERIO: Formar equipos de trabajo.

ELECCIONES

1) María Cristina A.	_____	2º María Cristina A.
2) Graciela G.	_____	1º Graciela G.
3) Beatriz R.		
		3º María Teresa G.
		2º Mónica I.
		3º Clara M.
		3º Beatriz Pa.
		2º Noemí P.

NOMBRE DEL ALUMNO: Beatriz Re.
 FECHA: 20/5/60
 CRITERIO: Formar equipos de trabajo.

ELECCIONES

1) Mónica I.		
2) Graciela G.		
3) Beatriz Pa.	_____	1º Beatriz Pa.
		3º María Cristina A.
		3º Mirta P.
		3º Sofía R.
		3º María Teresa S.

Es decir, toma la ficha de María Cristina A. y ve que ha elegido a Graciela G., a Mirta P. y a Beatriz Re. Anota en la ficha de Graciela G.: 1º de María Cristina A; toma la ficha de Mirta P. y anota: 2º de María Cristina A. Como también Mirta P. ha elegido a María Cristina A., señala en la ficha de la primera que la elección es mutua, y anota en la ficha de la segunda el nombre de Mirta P. y la calidad de la elección (primera, mutua). Toma después la ficha de Beatriz Re, y procede de la misma manera que antes.

Después vuelve a colocar las cuatro fichas en orden alfabético y toma la que sigue a María Cristina A., la de Irma B., y procede de la misma manera que se acaba de indicar. Cuando llega a la Z. todas las fichas están completas, de la manera que se muestra en las fichas que hemos puesto de ejemplo: figuran, a la derecha, los nombres de todas las niñas que han elegido a una determinada alumna y la calidad de la elección (1ª, 2ª, 3ª mutua o no).

Aquí empieza la tercera parte del trabajo:

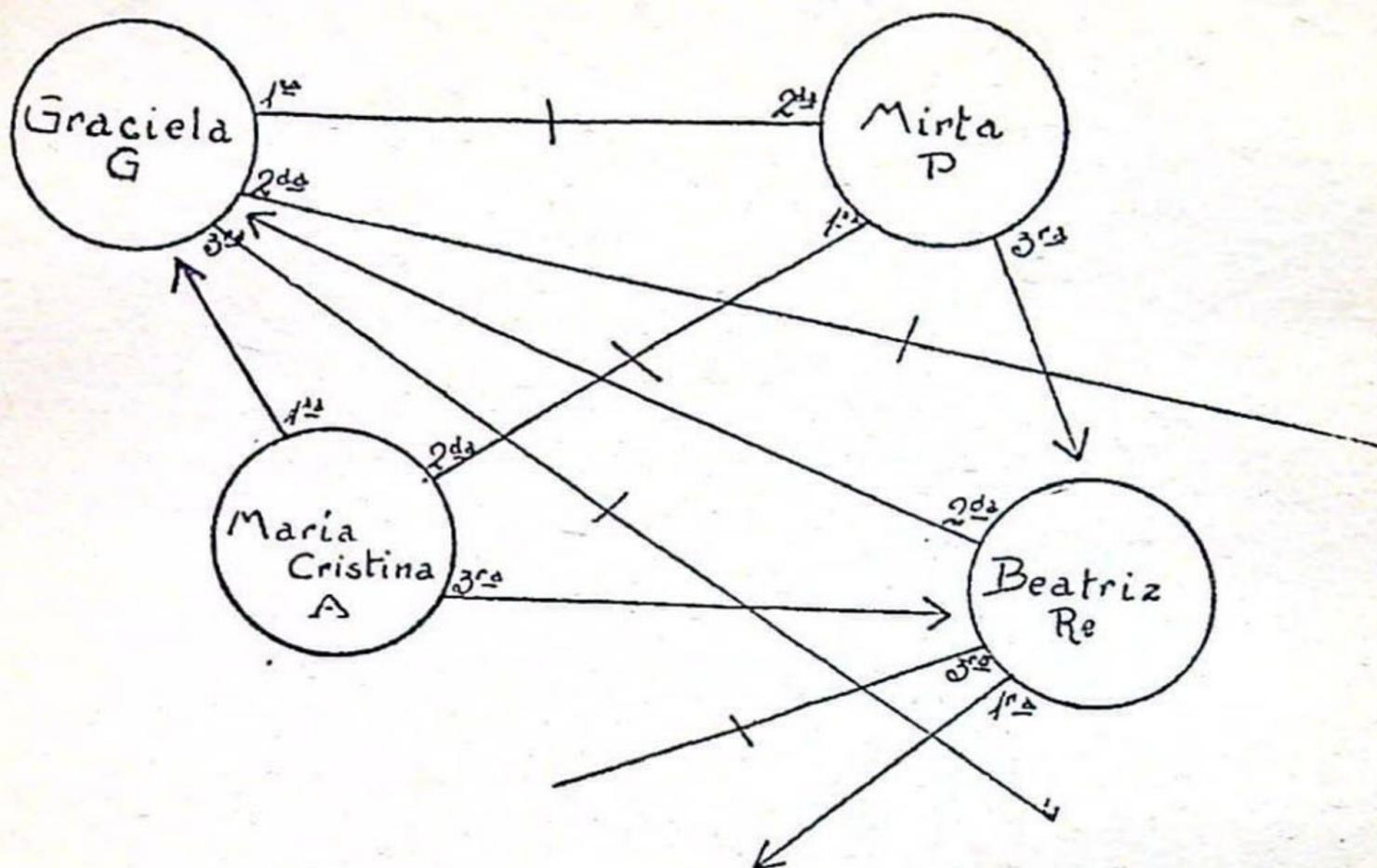
3) *Construcción del gráfico del sociograma*

Se trazan, en una hoja grande de papel, tantos círculos como alumnas haya en la clase. Si la clase está formada por varones, se representa a cada alumno con un triángulo. Si hay varones y niñas, se sitúa a los varones a la derecha de la hoja y a las niñas a la izquierda. Se cuenta el número de elecciones que tiene cada alumno y se sitúan en el centro del sociograma los alumnos que han resultado más elegidos, los líderes. Alrededor de éstos se sitúan los que han recibido menor cantidad de elecciones y hacia la periferia aquellos que tienen muy pocas o ninguna elección (niños aislados o rechazados). A continuación se toma la ficha del niño más elegido y se traza una flecha desde su círculo (o triángulo) hasta la figura que represente a los compañeritos que elige y se pone, junto a la flecha, el número correspondiente de elección. Si la elección es mutua, se traza una recta entre las figuras de los dos niños y se la quiebra con una barra. Si hubiera rechazado a algún compañero, se señala esa circunstancia con una línea de puntos.

La relación de las niñas cuyas fichas reproducimos en este trabajo aparece representada de la manera siguiente en el sociograma:

Vemos que las cuatro forman un pequeño grupo, aunque no aislado del resto de la clase, como se puede observar en el sociograma total. Estas cuatro adolescentes son bastante elegidas por sus compañeras de estudios y a su vez salen del grupo dos elecciones mutuas y una simple, lo que revela su buenísima integración con el resto de la clase.

En los cursos muy numerosos, como el de que nos estamos



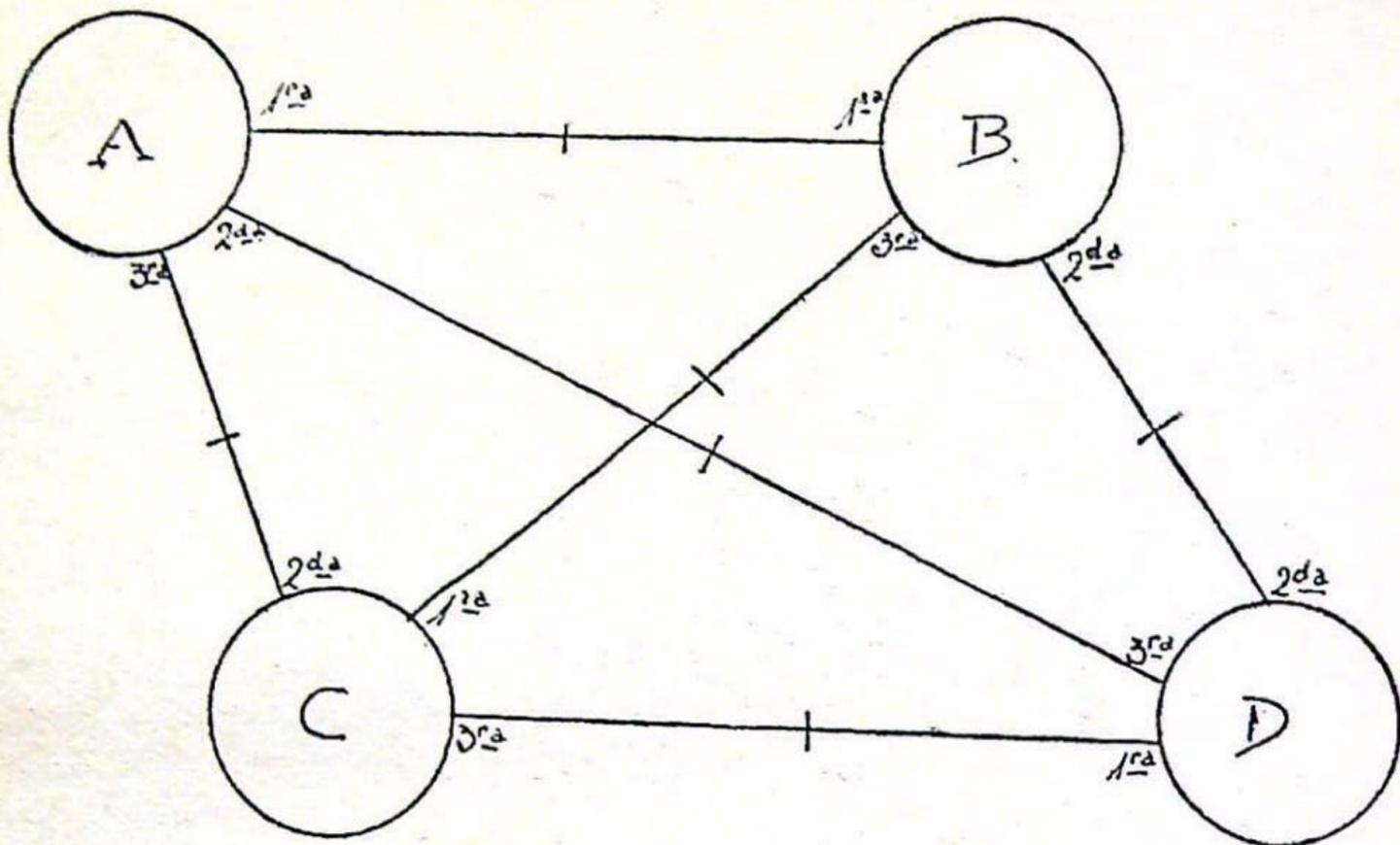
3. Cómo se representan las elecciones gráficamente.

ocupando, hay que extremar el cuidado para que el gráfico del sociograma resulte lo más claro posible, tratando de ocupar distintos sectores del papel en que se trace con los grupos que se advierta que se hayan formado. Un sociograma como el que hemos presentado revela una integración bastante grande entre los miembros del grupo. Aunque figuran muchas alumnas aisladas, debe tenerse en cuenta que se tomó al comienzo del curso lectivo en una clase en que la mayoría de las alumnas no se conocían antes de ingresar al primer año. Por otra parte, las alumnas más aisladas (salvo uno o dos casos) eligen a las líderes de la clase, lo que las ascribe, en cierto modo, al grupo, nunca cerrado, que ellas forman.

Cuando en una clase aparecen grupos cerrados, el maestro debe estar atento a su conducta, que suele ser destructiva. Debe buscar actividades que den oportunidad a los miembros de esos grupitos o *cliques* para compartir intereses con los miembros de otros grupos.

Un grupo está cerrado cuando todos los miembros gastan todas sus elecciones dentro del mismo grupo. La situación es más grave cuando, además, ninguno de los miembros del clique recibe elecciones de afuera.

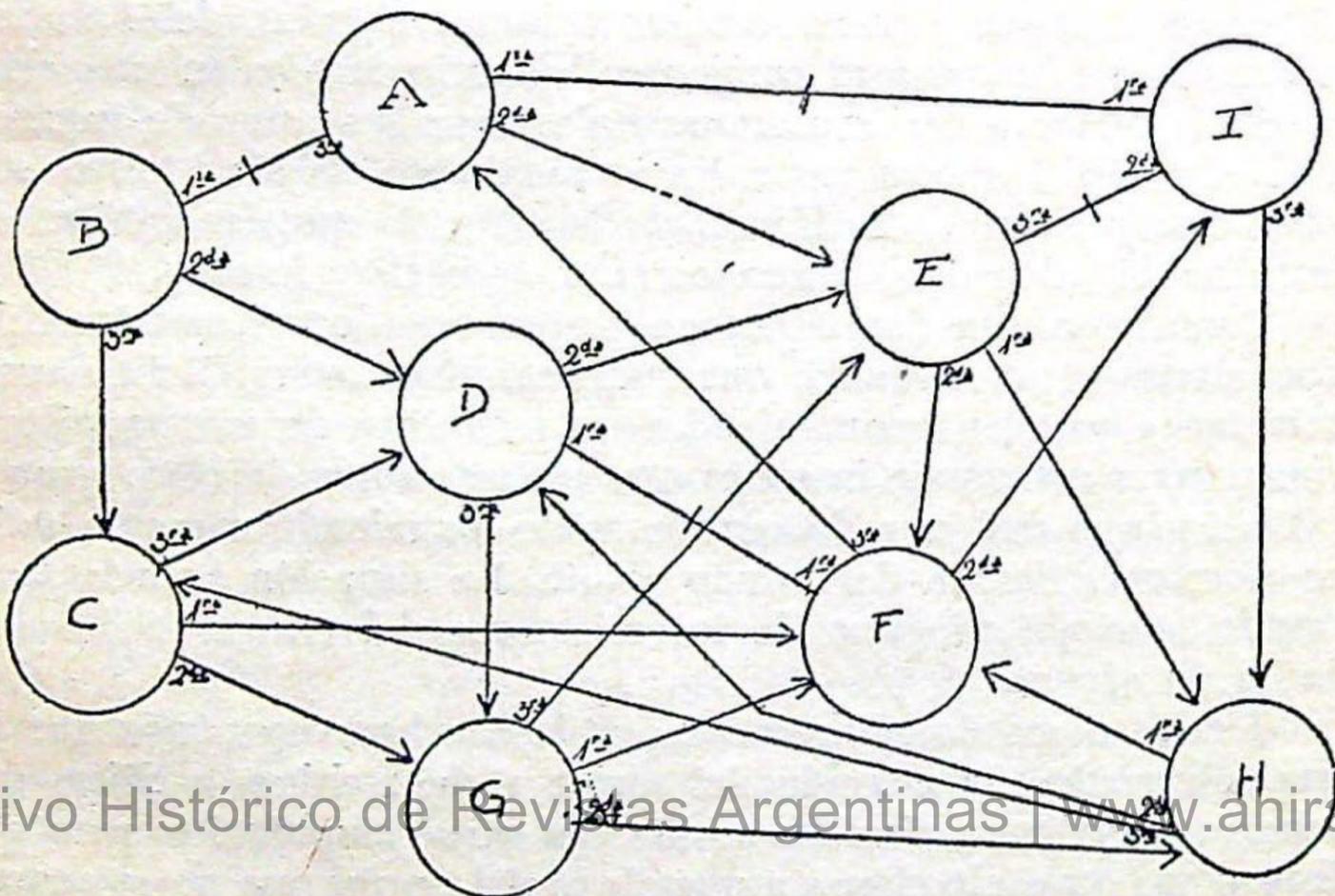
En las clases de adolescentes, se da muchas veces, más que los grupos cerrados, la elección del mejor amigo: chicos o chicas que tienen una primera elección mutua con otro compañerito, pero que dirigen sus otras elecciones a miembros del grupo que no se ocupan de ellos, a menudo que no se preocupan absolutamente. En casos



5. Clique o grupo cerrado.

así esa pareja de alumnos está tan aislada de los demás como el alumno que no ha recibido ninguna elección. A los adolescentes en esta situación también debe ayudárseles a conocer y apreciar más a la gente que los rodea.

Cuando los niños son pequeños, las elecciones suelen ser "en cadena". Hay pocos grupos, sólo algunas elecciones mutuas; y las elecciones son variables: tomados a intervalos varios sociogramas se

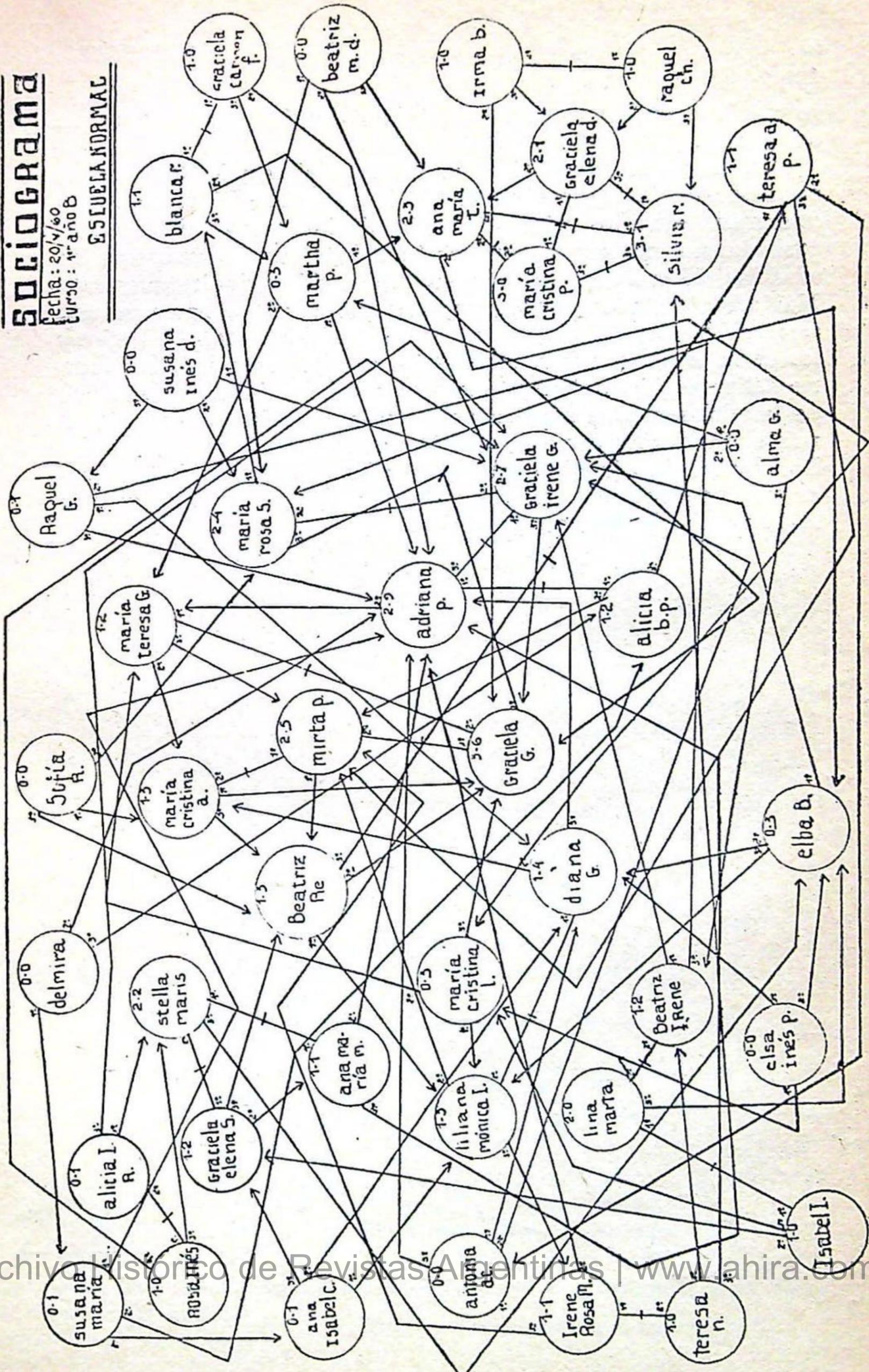


6. Elecciones en cadena. — Niñas de 5 a 6 años.

SOCIOGRAMA

Fecha: 20/4/60
Curso: 1º año B

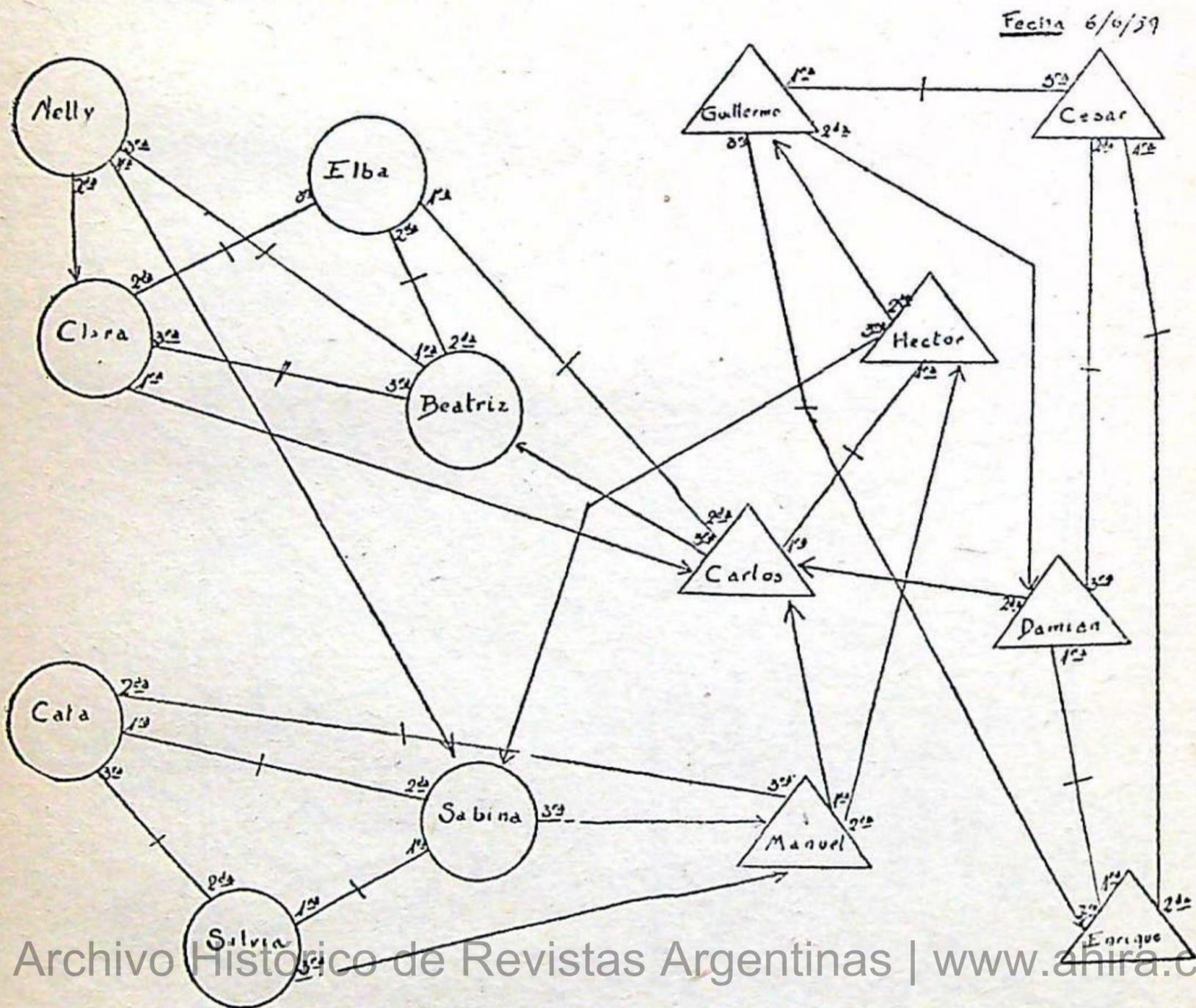
ESCUELA NORMAL



4. Sociograma de un curso de niñas de 12 a 13 años.

ve que las relaciones entre los miembros varían enormemente de uno a otro.

En las clases mixtas tiene importancia el estudio del sociograma desde el punto de vista de la relación entre niños de uno y otro sexo. Entre los niños del jardín de infantes y primer grado, generalmente no hay discriminación alguna en ese sentido: a esa edad los chicos eligen chicas y las chicas, chicos, indiferentemente. Más adelante, alrededor de tercero, cuarto grado, hay una neta separación entre las elecciones de niños y niñas: cada cual elige a los de su sexo y son muy raras las líneas que pasen al lado contrario del papel. Naturalmente, esta situación se invierte con la llegada de la adolescencia, en que aparecen más marcadamente los grupos más o menos cerrados y en que hay abundantes elecciones mixtas. Lo muestra el sociograma que reproducimos a continuación, tomado en una pequeña clase de tercer año de una escuela profesional de la Provincia de Buenos Aires:



7. Sociograma de un grupo mixto. — Adolescentes de 14 a 16 años.

4) *Matriz del sociograma*: Antes o después de construir el gráfico del sociograma, el maestro puede construir la matriz, mediante la cual tabula los datos obtenidos en las fichas. Para construir la que se reproduce a continuación, se procede así: a) Se escriben por orden alfabético los nombres de los alumnos, en dos columnas que forman ángulo recto.

b) Se pone una cruz o un punto en el lugar donde la prolongación de la línea de cada nombre escrito horizontalmente se cruza con su propia vertical.

c) A continuación del último nombre de abajo se pone, en renglones seguidos: primeras elecciones, segundas elecciones, terceras elecciones, rechazos, totales, número de orden.

d) Se toma la ficha del primer alumno y se escribe en la planilla, en el renglón que ocupa su nombre y debajo de la línea vertical que ocupan sus compañeros elegidos, el número de elección que le ha correspondido a cada uno.

e) Se suman las elecciones y se anota el total de elecciones que cada alumno ha obtenido.

NOMBRES	A	B	C	D	E	F	G	H
A	x		1		3		2		
B	3	x			1		2		
C			x	1	2		3		
D	1		2	x	3				
E		1		3	x	2			
F	5		2	1		x			
G	2				1		x	5	
H		3	1	2				x	
.									
.									
.									
1)elección	1	1	2	2	2	0	0	0	
2)elección	1	0	2	1	1	1	2	0	
3)elección	2	1	0	1	2	0	1	1	
Total	4	2	4	4	5	1	3	1	

8. Cómo se construye la matriz del sociograma.

Estudiando la cantidad y la calidad de las elecciones se puede establecer un orden sociométrico, en el que obtiene 1 la persona de mejor posición y el último número del grupo la persona menos elegida y más rechazada. Ordenamientos de esta especie se hacen con fines estadísticos, para compararlos, por ejemplo, con otras series de datos.

CÓMO APROVECHAR LOS DATOS SUMINISTRADOS POR EL TEST SOCIOMÉTRICO

Son de extraordinario valor los datos que se obtienen de un sociograma en dos sentidos: 1º) para ayudar a los alumnos a integrarse en la clase, mejorar las relaciones humanas entre ellos y favorecer de esta manera el proceso de aprendizaje.

2º) para organizar, sobre la base de esos datos, distintos tipos de trabajo en equipos.

Integración de los alumnos

Sea cual sea la edad de los miembros del grupo, siempre queda, o casi siempre, algún miembro aislado, alguien que no es elegido por nadie y, a veces, que no elige a nadie. En el jardín de infantes o en los primeros grados de la escuela primaria es normal que haya hasta un 25 % de niños aislados; pero no hay por qué preocuparse por eso. Más adelante, de tercer grado en adelante, hay menos casos de niños aislados pero también es mucho más grave el aislamiento, porque una de las mayores necesidades emocionales de los niños mayorcitos y de los adolescentes es la de pertenecer al grupo. Si al aislamiento se suma el rechazo de los compañeros, la situación es delicada.

Es importante conocer esas situaciones mediante tests sociométricos porque el adulto, por más que conozca a sus alumnos, por más que los observe, difícilmente puede intuir cuáles son las relaciones de los niños o jóvenes entre sí. Los miembros de un grupo de niños o jóvenes se crean sus propias escalas de valores, que no siempre comparte el adulto y que dificultan su apreciación de la conducta del grupo o de los miembros aislados del grupo.

Si con la mayor reserva y prudencia entrevistáramos a nuestros niños y les preguntáramos, por ejemplo, "cómo fue que no eligieron a Fulana", obtendríamos respuestas como ésta:

"Fulana no me gusta nada. Siempre está metiendo la nariz donde no la llaman".

"Fulano es un chupamedias. Se pasa el día dando vueltas alrededor de la maestra y haciéndole cosas para quedar bien con ella."

"Mengana se porta como una beba. No se la puede aguantar. Lloro por cualquier cosa. Si alguien la contradice, pega o tira del pelo, y si no, también."

Cuanto mayores son los niños, más clara y seguramente expresan el motivo de sus elecciones. De las experiencias realizadas durante 1960 en la Escuela Normal N° 9, se han obtenido los datos siguientes, después de pedir a las alumnas que contestasen, por escrito, en forma altamente secreta, a la siguiente pregunta: *Cómo es que nunca hubiera elegido a...*

Sobre María del Valle, provinciana, tranquila, que casi nunca

participa en las actividades de la clase, que tiene una serie de aplazos, que resultó muy poco elegida en el primer sociograma, no elegida en el segundo y aun rechazada por uno de los líderes del grupo, dicen:

"He tenido oportunidad en el trabajo en equipo que hicimos últimamente de conocer muy bien a María del Valle. Su temperamento es apacible y sereno; pero en extremo. La verdad es que me ha decepcionado mucho. En el transcurso del trabajo se limitó a contestar con monosílabos: sí o no. No puedo decir que carezca de personalidad; pero sí afirmo que no sabe exponer sus ideas, ni tiene pensamientos propios, que reflejen su personalidad. Trabajar con ella es como hablar con una pared sin esperar respuesta. La última vez que trabajamos en equipo hasta pareció retraída, huraña. Estas son las razones porque no he elegido a María del Valle: no porque sea una mala persona, sino porque le falta espíritu de colaboración, tan necesario para este tipo de trabajo." Julieta P. T.

"María del Valle es una persona buena; pero es una persona un poco inculta, que no piensa ni tiene ideas personales. Además es demasiado tranquila y siempre espera que hagan las cosas los otros. Por eso no la elegí para integrar el grupo, pero, desgraciadamente, la tengo como compañera en él". Mabel O.

Son muchas las causas que pueden incidir. Raquel es una rubia menuda y nerviosa, buena alumna, pero muy interesada en las notas. En el primer grupo en que estuvo trabajando creó dificultades. También en el segundo. Sus compañeras la han aislado totalmente. La juzgan así:

"Nunca se me hubiera ocurrido elegir a Raquel, aunque por desgracia está en mi grupo. Se cree superior. Quiere que acatemos sus ideas y yo eso no lo soporto. Cuando se saca una nota alta, la divulga por toda la división, y, cuando es baja, nos miente. Es vanidosa y mala compañera. Si Raquel no cambia, creo que nunca me podré entender con ella." Carmencita P.

"A esta chica no le encuentro nada de maldad sino caprichos. Fue lo contrario de Susana. Trataba de herirme descubriendo mis defectos. Sé que no soy perfecta; pero ya es demasiado. Ninguna compañera, hasta el momento, me hizo tales cosas. A pesar de todo, no la odio sino que quiero ser su amiga para no tener contra nadie ese sentimiento que a mi edad, tampoco puede ser muy fuerte, ya que todo me parece bonito." María del Pilar I.

"Raquel es una buena chica, pero no me gusta su carácter. No digo que sea incapaz, pero no puedo llevarme bien con ella porque es muy antipática y terca. Lo que ella dice, todo el mundo la tiene que complacer". Renée.

La alumna más rechazada del curso es Pilar. Pilar es alta y

delgada, muy cuidadosa de su persona: peinado complicado, anillos y pulseras. Hija única.

"Nunca la hubiera elegido porque es profundamente antipática. Con ella nunca me hubiera puesto de acuerdo y todo terminaría en pelea. Quiere imponer siempre su voluntad y dice siempre lo contrario de los demás." Isabel M.

"No la elegí porque es una chica muy distraída y habladora y tampoco atiende las clases de los profesores. Para tener una chica así en el grupo, no valdría la pena trabajar." Mónica Inés.

"Yo nunca elegiría a Pilar para formar grupo. A lo mejor, algún día me toca trabajar con ella, pero yo no la elegiría porque a ella sólo le gusta jugar. Molesta a las que trabajan y a los profesores. No parece que estuviera en primer año y que tuviera 14 años. Una persona que no la conoce diría que está en 5º grado por las cosas que hace y dice." Albertina F.

"Yo no elegí a Pilar por algo muy sencillo. A pesar de que nos conocemos desde tercer grado, no la elegí. No puedo decir que sea mala, al contrario es muy buena compañera. Lo que pasa es que se ríe de cualquier cosa, no toma las cosas con seriedad y así no se puede trabajar en grupo. Es una gran chica; pero para trabajar en grupo no es de mi agrado, porque, como ya lo dije, es irresponsable. Creo que ahora, en el grupo que trabaja anda mejor; pero sigo creyendo que, para eso, no sirve." Lilián.

"Pilar será muy buena compañera; pero a mí no me gustaría trabajar con ella. Por lo que veo en otro grupo, es muy charlatana y liera, y me parece que sólo quiere que se haga lo que a ella se le antoja. Puede ser que esté equivocada." María Dolores.

"Pilar no es una compañera muy querida. No se supera para adelantar; parece que quisiera tomar fama con su mal comportamiento, porque en eso sí que se destaca." Juanita P.

"Creo yo que nunca, jamás, podría tener un poco de cariño por esa compañera. En principio, se porta mal en clase, ella y su compañera. Claro está que si me pidiera un favor se lo haría, pero apreciarla, nunca." Rosalía.

"Creo que nunca la habría elegido, porque con ella no se puede trabajar. Para mí no es buena compañera. Es muy chistosa y todo lo toma a broma. Y creo que no tiene idea de lo que es el deber." Patricia.

"Por varias razones no he elegido a Pilar. No es que no sea inteligente, sino que no es una buena compañera. Es algo orgullosa, y hay muchas cosas en ella que no me gustan." Adelina.

Naturalmente, hay que ser muy cauto para obtener estas confidencias y debe prometérselas a los alumnos que nadie las conocerá. (Por eso aquí todos los nombres son falsos, así como los detalles de ciertos hechos). Estas respuestas guiarán al maestro con respecto

a la actitud que deberá adoptar frente a los casos de aislamiento y rechazo. Deberá ayudarlos pacientemente a integrarse en el grupo, buscar aquellos aspectos de su personalidad menos desagradables para hacérselos conocer a los otros compañeros, investigar cuáles son sus intereses o sus hobbies para salir a su encuentro con las cosas que les son más queridas. Habrá que guiarlos con paciencia y fe, con cariño; pero siempre adoptando actitudes firmes, que hagan comprender a estos "casos problemas" que los límites que el maestro ha establecido para su conducta no pueden ser ultrapasados.

Ante determinados casos, que llegan ya a lo patológico, el maestro debe recurrir al auxilio del médico, del psicólogo, del psiquiatra.

El maestro tiene una ayuda increíble en los líderes de su clase. Ellos hablan y son escuchados: ejercen sobre los demás alumnos una notable influencia, pues reconocen en ellos cualidades positivas. En el mismo curso a que antes me referí, simultáneamente con la pregunta anterior, se les formuló a las alumnas esta otra: *Cómo fue que elegí a ...* Y se obtuvieron, entre otras, estas respuestas:

"Elegí a Sofía porque es una chica modesta y buena; la conozco desde primero inferior y nunca nos separamos. Si ella no estuviera en mi grupo, no sabría qué hacer. Con ella a mi lado me siento segura y capaz. Me sentí feliz cuando supe que había obtenido vacante en la misma división que ella." Leonor.

"Desde la escuela primaria soy compañera de Sofía: la he observado y me resulta una compañera y amiga ideal. Es una chica inteligente, de buenos modales, buen carácter. Se expresa bien y redacta aún mejor. Además tiene gran sentido de su deber: es responsable de lo que hace. Sabe estar callada y hablar cuando le corresponde. Tiene ideas que definen bien su personalidad. Es discreta y disimula bastante bien cuando algo malo le ha sucedido. Considero que es mi mejor compañera y amiga." Iris F.

Y también por medios como éste el maestro puede ayudar a niños en trances difíciles: Julia, una morochita de ojos renegridos y vivísimos, de trece años precoces, extraordinariamente inteligente, con una magnífica redacción en que se perfila un estilo inconfundible, tiene tres aplazos en el primer término y hay catorce compañeras que la han elegido para trabajar con ellas en castellano. Por la índole del trabajo, se les dio a las niñas la posibilidad de hacer cuatro elecciones, y las cuatro de Julia fueron mutuas. Sin embargo, el grupo funcionó mal, pues encontramos confidencias como éstas (obtenidas en entrevistas particulares):

"Yo sé que Julia escribe muy bien. A simple vista me pareció una chica excelente, con ideas y modos raros, que, a veces, me confunden un poco. Traté de formar grupo con ella para compa-

rar mis ideas con las tuyas. Busqué una solución para mi problema anterior, la elegí, y ahora no estoy nada conforme." Mercedes.

"Yo no sé lo que fue, si fue simpatía o confianza en que escribe tan bien; pero ahora no me siento conforme con la elección, porque, a mi entender, el líder que yo elegí no fue nombrado para mandar, sino para organizar la discusión, y el líder de mi grupo lo que menos hace es mantener el orden, y se dice que el grupo más revoltoso es el nuestro. ¿Por qué? Yo pienso que sería muy descortés cambiar de grupo, y, además, yo, con las otras chicas me siento cómoda; pero no me siento capaz de decírselo a ella. Por eso no creo que mi elección haya sido acertada." Beatriz R. M.

Todas las alumnas han aprendido mucho al trabajar en grupo: han aprendido, las que eligieron a Julia, a no precipitarse en sus elecciones: Julia está viendo que no es fácil que se salga siempre con su voluntad. Y si el trabajo fracasa, ya que en esta ocasión los grupos están compitiendo entre sí, eso les enseñará a todas que vale más la unión y la comprensión de los miembros que la imposición de ideas determinadas sobre los individuos más tímidos.

Una vez realizadas estas consultas o entrevistas, el maestro puede tabular sus resultados y así obtendrá un cuadro acertado de las condiciones que sus alumnos admiran o rechazan más en sus compañeros. Un buen método de tabulación puede verse en *Diagnosing human relations needs*, de Hilda Taba.

ORGANIZACIÓN DE LOS EQUIPOS

Acomodar a los alumnos en la clase de acuerdo con los resultados del test sociométrico u organizar equipos con ellos requiere la misma técnica. En cuanto a la acomodación, se dificulta entre nosotros a causa del anticuado mobiliario que se emplea en nuestras escuelas: nada hay que conspira más contra las buenas relaciones humanas que los bancos atornillados al piso, en que los alumnos de la primera fila no ven la cara de ningún compañero y los de la última sólo nucas. Mucho más efectivo es que la gente que ha de trabajar junta se siente alrededor de una mesa, y que quienes en un grupo numeroso hayan de discutir un problema general se sienten formando círculo con sus sillas, de modo que cada persona pueda ver la cara de su compañero cuando habla y también las expresiones de los demás interesados en la misma discusión.

Para formar equipos de alumnos de acuerdo con sus elecciones, se deben seguir los siguientes pasos:

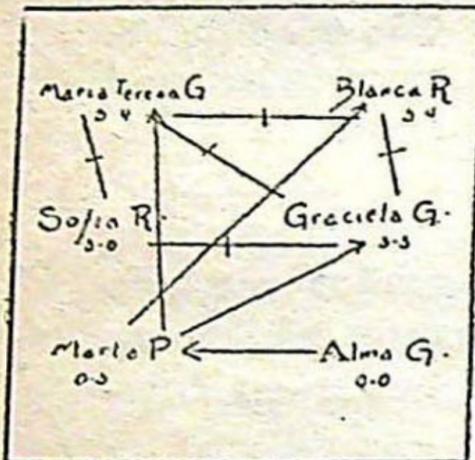
1º) Separar todas las tarjetas de los alumnos sociométricamente mal ubicados (alumnos no elegidos, alumnos con una sola elección, no mutua, alumnos altamente rechazados).

2º) Buscar la primera elección de cada uno de estos alumnos y juntar sus tarjetas con las de las personas elegidas.

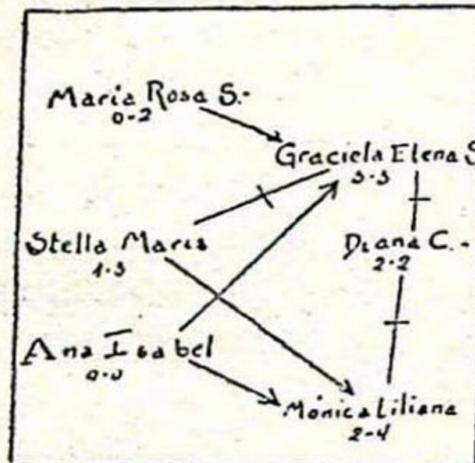
3º) Satisfacer por lo menos una de las elecciones de la persona con quien se ha resuelto la situación del aislado.

4º) Completar el grupo con personas que hayan elegido o hayan sido elegidas por alguna o varias de las tres personas básicas con que hemos iniciado el grupo. Los grupos que se formen serán variables en cuanto al número de componentes, dependiendo éste del trabajo que haya de realizarse. Se tratará de que haya la mayor cohesión posible entre sus miembros, pero se recomienda separar a los miembros de *cliques* por parejas, introduciéndolos en grupos mayores; evitar que en un grupo haya varios líderes (lo que siempre provoca dificultades) y no recargar a un solo líder con varios alumnos aislados.

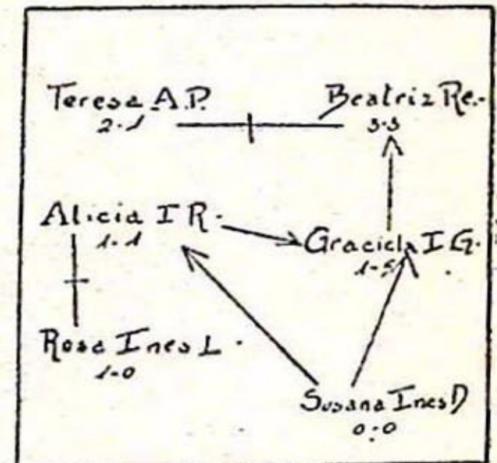
GRUPO I



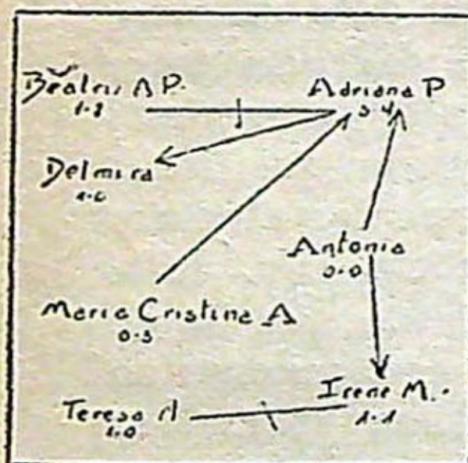
GRUPO II



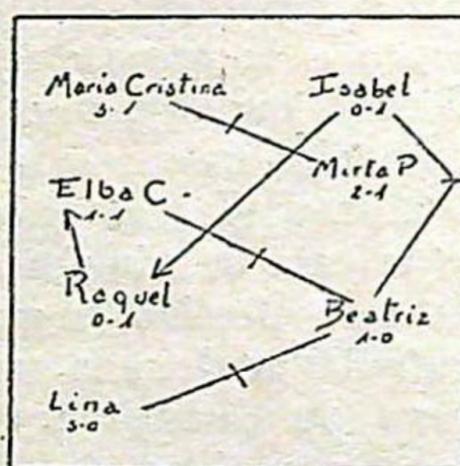
GRUPO III



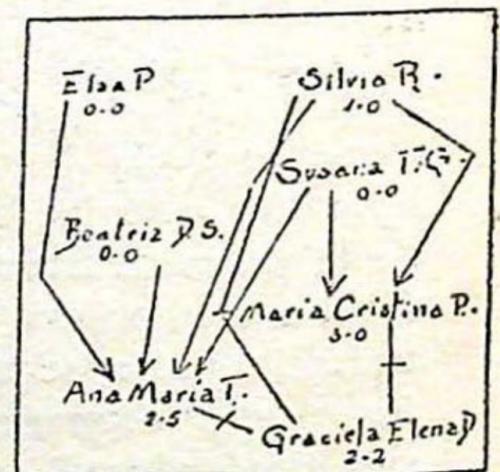
GRUPO IV



GRUPO V



GRUPO VI



10.- GRUPOS PARA TRABAJAR EN EQUIPOS

5º) Cuando se comuniquen a los alumnos cómo se han organizado los grupos, advertirles que no siempre ha sido posible dar a todos los alumnos todas sus elecciones, que a veces se le ha podido dar a alguno sólo una, pero que esa situación se revisará en el próximo trabajo que se haga. (Todo lo que el maestro promete *debe* cumplirlo, si quiere que sus alumnos tengan fe en él).

Reproducimos a continuación algunos "modelos" de grupos,

con los que se ha trabajado en la Escuela Normal N° 9. Debemos imaginar que las alumnas están sentadas alrededor de mesas. Las flechas indican el tipo de elección entre uno y otro miembro del grupo. Los números, la cantidad de elecciones mutuas y simples que cada persona ha recibido (María Teresa G.: 3 mutuas y 4 simples). Estos grupos no son los organizados sobre la base del sociograma que se presentó antes, sino sobre uno posterior, cuyos resultados mostraron cómo había cambiado la composición sociométrica de la clase: menos alumnas aisladas, ninguna rechazada, mejor distribución del liderazgo, que ahora no se encuentra tan concentrado como antes en sólo tres personas, gracias a que han surgido otros líderes, como María Teresa T., Mónica Liliana, Blanca R. y Graciela Elena S.

Si el maestro da a los niños posibilidades de interacción, mejora entre ellos las relaciones humanas y favorece con eso el proceso de aprendizaje. Organizando parte de las actividades de la clase de tal modo que los alumnos necesiten colaborar entre sí, puede lograr esos objetivos. Pero si quiere organizar su clase de manera que los niños aprendan en ella a vivir democráticamente, si quiere realmente educar para la democracia, no debe dejar nada librado al azar.

En toda clase hay niños aislados: el maestro debe saber cuáles son las causas del aislamiento y procurar remediarlas. Eso podrá conseguirlo estudiando permanentemente a sus alumnos, desde el punto de vista físico, emocional e intelectual. A veces el trabajo de grupo fracasa: el maestro debe penetrar en las causas de ese fracaso y buscar la solución favorable. En la segunda parte de este trabajo se expondrán los medios de que el maestro puede valerse para que su obra en la escuela sea la de un verdadero líder democrático: la del adulto capaz de estructurar sobre bases democráticas el grupo de niños o de adolescentes a los que debe educar para vivir en una sociedad de hombres libres.

B I B L I O G R A F I A

Diagnosing Human Relations Needs, por Hilda Taba, Elisabeth Hall Brady, John T. Robinson y William E. Vickery, American Council on Education, Washington 1958.

Educational Psychology in the Classroom, por Henry Clay Lindgren, John Wiley and Sons, inc., Nueva York, 1957.

Leadership and Isolation, A study of Personality in Inter-personal Relations, por Helen Hall Jennings, Longmans Green and Co., Nueva York, 1950.

Sociometry in Group Relations, por Hellen Hall Jennings, American Council on Education, Washington, 1959.

El Congreso de Dialectología de Lovaina (1960)

por FRIDA WEBER DE KURLAT

La invitación que recibí en el mes de marzo de 1959 para concurrir al Primer Congreso de Dialectología General que se reuniría en Lovaina y Bruselas del 21 al 27 de agosto de 1960, me halagó y me desazonó al mismo tiempo. Lo primero es obvio, no hay necesidad de detenerse en ello: en cuanto a lo segundo es perfectamente explicable puesto que en rigor de verdad no soy dialectóloga, aun cuando mis trabajos en el pasado (acerca de la lengua de Buenos Aires) y en el presente (utilización de un dialecto peninsular más o menos convencional en el teatro del siglo XVI) me permiten no considerarme totalmente ajena al amplio campo de las comunicaciones que pueden escucharse en un congreso de dialectología. Por otra parte, el hecho de que al mismo tiempo se invitara a distinguidos especialistas de nuestro país en los estudios de filología hispánica, dialectología hispano-americana e hispano-indígena como Marcos A. Morinigo, Berta Elena Vidal de Battini y Guillermo Guitarte, amenguaba la osadía de mi concurrencia y diluía mi responsabilidad como representante de la Facultad de Filosofía y Letras.

Para nosotros, estudiosos a distancia del rico trasfondo europeo para la literatura y la vida española, Flandes, Bélgica, Lovaina, se presentan especialmente atractivos; para nuestra joven vida universitaria sumergida en el tráfago de una gran ciudad, la calma de una ciudad universitaria de cinco siglos (la universidad de Lovaina fue fundada en 1425), hacían de la concurrencia al congreso una experiencia altamente atrayente. Porque Lovaina evoca en nosotros figuras como las de Adriano de Utrecht, el Papa Adriano VI, arcediano de Lovaina y maestro de Carlos V desde 1512; Erasmo, que allí organizó en 1517 el Colegio Trilingüe; Justo Lipsio, el humanista católico de la Contrarreforma en correspondencia cordial con Quevedo desde los años de Valladolid; y luego, movimientos espirituales y religiosos que conmovieron a algunos de los espíritus más selectos de la época, evocados, como por un conjuro mágico a la vista del "Grand beguinage", fundado en el siglo XIII, con sus casas de diferentes estilos que van desde el siglo XV al XVIII, y que es

de lo mejor conservado en esta ciudad tan castigada por la guerra, y quizá por ello mismo, con un aire de perennidad que le da la primacía aun sobre el de Brujas.

El Primer Congreso Internacional de Dialectología fue organizado por el Centro Internacional de Dialectología General que funciona bajo el auspicio de la Universidad Católica de Lovaina desde el año 1951, y que es en realidad obra del entusiasmo emprendedor de Sever Pop († 1961) profesor extraordinario de dicha Universidad, que para la organización del Congreso contó también con la colaboración de la Universidad Libre de Bruselas, en un esfuerzo común de ambas universidades, la católica y la estatal, en su obra cultural. La creación del "Centro Internacional de Dialectología General" tenía por objeto, explícitamente declarado, hacer conocer los trabajos de los centros de dialectología existentes en distintos países, poner al alcance de los dialectólogos los estudios hechos en otras ramas de la investigación lingüística, y, muy especialmente, poner los resultados de la investigación dialectológica y su íntimo contacto con los hechos reales de lengua, al servicio de las más elaboradas teorías de la lingüística general: a fin de que tal relación fuera fructífera se hacía necesario que los dialectólogos depuraran sus métodos de trabajo y analizaran minuciosamente los resultados obtenidos. A tales fines de depuración, conocimiento y colaboración contribuyó positivamente la revista *Orbis* desde el año 1952, y en este año de 1960 el congreso al que nos estamos refiriendo, del que participaron representantes de más de 40 países y al que se presentaron alrededor de 240 comunicaciones.

No es tarea fácil la de organizar un congreso, desde la parte puramente material —alojamiento de los congresistas, lugares y horas de reunión, actividades sociales y culturales al margen del congreso mismo— hasta los detalles de la recepción de las comunicaciones y su preparación para la imprenta (ya que en estos días si no han surgido inconvenientes deben haber quedado listas para su distribución las voluminosas actas del congreso), la agrupación por temas para su lectura y discusión, la elección de presidentes y secretarios para las distintas salas, etc. En esta tarea secundaron al prof. Pop colaboradores del Centro de Dialectología y un grupo entusiasta de jóvenes profesores y alumnos de los últimos cursos de lingüística de las Universidades de Lovaina y Bruselas que constituyeron el "comité ejecutivo" del programa del Congreso.

Supongo que debe de ocurrir lo mismo en todos los congresos: un número bastante elevado de invitados que prometen su asistencia y en muchos casos envían sus comunicaciones, finalmente por circunstancias ocasionales o inconvenientes de último momento no pueden concurrir: tal fue el caso de Luis Jaime Cisneros, Rafael de Balbin, Demetrio Gazdaru, Vladimir Honza, Hanz Kröll, Luis Michelena, Sergio Elías Ortiz, Francisco Silveira Bueno, Alonso Zamora Vicente, Ambrosio Rabanales, para sólo mencionar algunos de los ausentes en las ramas de la dialectología más afines con nuestros intereses.

Otras figuras prominentes de la dialectología peninsular o hispano-americana estuvieron también ausentes, o por inexplicable omisión o por haberse realizado el Congreso en las últimas semanas de las vacaciones de verano, lo que

para muchos hacia difícil la concurrencia. En cambio, el Congreso contó entre sus figuras (me refiero siempre a los campos más cercanos a nuestras actividades) con estudiosos como Marcel Cohen, Antonio Badía, Monseñor Griera, Joseph Fucilla, Helmut Hatzfeld, René Lafont, Joseph Piel, Wilhelm Giese, Bernard Pottier, Manuel de Paiva Boleo. Como consecuencia de tales azares de la invitación y las posibilidades, casi el único país con voz en el congreso, entre los de habla hispánica (salvo Cataluña) fue la Argentina, con la eficaz intervención del profesor Morínigo en las discusiones de problemas hispanoamericanos y de lenguas indígenas, la del profesor Krüger, director del Instituto de Lingüística de la Universidad de Cuyo, en el campo de la dialectología románica, y las exposiciones de Berta Elena Vidal de Battini y la mía.

Pero antes de referirme a las disertaciones quisiera decir algo acerca de las sesiones del congreso. Del día 21 al 25 el Congreso sesionó en Lovaina, en el hermoso castillo de Arenberg, los días 26 y 27 en edificios de la Universidad Libre, en Bruselas. La lectura de las comunicaciones (máximo de 20 minutos) seguida de discusiones se realizaba durante tres horas por la mañana y tres por la tarde en 5 salas (A, B, C, D, E) y en cada sala se agrupaban comunicaciones relacionadas por su tema, pues no olvidemos que no fue éste un congreso de temática unitaria, sino al contrario: a un mismo tiempo, en distintas salas se hablaba de lingüística general, lenguas germánicas, armenio, catalán, turco, árabe, egipcio, chino, en los enfoques y concepciones lingüísticas más diversas. Y aquí cabe señalar un cierto inconveniente, advertido por los propios organizadores que, pese a su mucha eficiencia revelada en tantos aspectos, no les fue posible subsanar: la falta de sesiones plenarias diarias en las que se concretaran los resultados de las comunicaciones más importantes y los puntos de vista aportados por las discusiones y cambios de opiniones en torno. No fue posible realizarlas por carecerse de un amplio salón que pudiera reunir, en el mismo lugar en que se realizaban las sesiones, a todos los congresistas, y porque era muy difícil contar con una secretaria general que recibiera y reuniera coherentemente, casi en forma simultánea con las comunicaciones, el contenido de éstas y los cambios de opiniones a que daban lugar. En cambio, esa diversidad de expositores, llegados a Bélgica de todos los ámbitos del mundo, con todas las diferencias imaginables de lenguas, costumbres, modalidades personales y culturales dio al Congreso de Lovaina, aparte de sus altos valores puramente técnicos, un rico contenido humano, que fue uno de sus mayores encantos.

Desde el punto de vista técnico-científico sus comunicaciones tuvieron la virtud de poner a cada uno de nosotros en perspectivas y temas muy alejados de nuestros intereses y lecturas habituales (aparte, naturalmente, de aquellas comunicaciones que caían en lo que podríamos llamar "la especialidad") y llevarnos a examinar y valorar, por sus posibles aportaciones a lo nuestro o por su valor y originalidad en sí mismos trabajos como los de Willem Grootaers, "Un nuevo método para verificar el valor objetivo de las interpretaciones cartográficas dialectales", resultado de estudios dialectales en el Japón Central;

Monique Quets, "Algunas consideraciones acerca del bilingüismo en Bélgica"; la exposición del profesor belga Maurice Leroy, "Corrientes actuales de la lingüística general", tema que suscitó amplios cambios de opiniones con la intervención del profesor Marcel Cohen; la de Helmut Hatzfeld sobre "Cuestiones discutibles en estilística" (unidad, fin, papel, crítica, ciencia, métodos, terminología); la de Joseph Fucilla, "Formación de apellidos nuevos en Italia"; Manuel Paiva Boleo, "Algunas particularidades regionales del portugués en un documento de 1383"; Bogdan Zaborski, "Carta lingüística internacional mundial"; Bernard Pottier, "Problemas de dialectología en el dominio del tupi-guaraní".

Las comunicaciones de la Sra. de Battini y la mía tuvieron lugar el 23 de agosto en la sala D dedicada ese día a la "lingüística romance: zona del español". El trabajo de la Sra. de Battini, "Zonas de leísmo en el español de la Argentina" fue escuchado con especialísima atención tanto por el tema mismo como por tratarse de un trabajo realizado sobre materiales recogidos por la propia expositora sobre el terreno, o sea un trabajo de dialectología realmente ejemplar, porque sus dos aspectos —la recolección del material y su elaboración e interpretación— son obra de un solo investigador. El profesor Krüger destacó los valores excepcionales del trabajo de la Sra. de Battini y explicó a los colegas, romanistas europeos, el significado de un trabajo con materiales recogidos sobre el terreno en la Argentina, las condiciones adversas, a veces penosas en que debe realizarse, tan diversas de las que conocen los dialectólogos europeos en sus viajes de exploración por las aldeas francesas, italianas, suizas o alemanas, que en un breve espacio permiten al investigador la recolección de abundantes materiales: en la Argentina hay que recorrer grandes distancias, muchas veces con riesgo personal, para recoger escasos datos de valor folklórico o lingüístico.

En pocas palabras el trabajo de la señora de Battini puede resumirse diciendo que, dentro del loísmo general característico del país hay dos zonas de leísmo: Santiago del Estero y Corrientes, ambas colonizadas en el siglo XVI, aisladas en las primeras épocas de su historia, bilingües y de población mestiza con predominio de la raza blanca; pero, mientras en Santiago sólo hay vestigios de leísmo (más amplio y frecuente en las clases cultas, de geografía difusa, y puede oírse en unas personas sí y en otras no) el de Corrientes y su zona de influencia, si bien alterna con el loísmo, tiene extensión y profundidad en el habla de todas las clases sociales, siendo más intenso en las clases populares y campesinas y especialmente notable en las fronteras con el Paraguay: le, les son acusativos para femenino y masculino, para personas y cosas (le busco referido a un hombre; le saludo referido a una mujer; le dejo referido a una silla, por ejemplo). Interpreta la Sra. de Battini estos islotes de leísmo como un enfrentamiento al loísmo: el leísmo vino con los conquistadores en el siglo XVI, en su momento de culminación frente al loísmo etimológico.

La comunicación del profesor Marcos A. Morínigo se ocupaba de las inter-influencias lingüísticas, que tienen lugar prominente entre los problemas

nacidos de la contigüidad mexicano-americana, tanto por su evidencia como por sus implicaciones.

Algunos estudiosos mexicanos han estudiado este problema, y desde el punto de vista nacionalista afirman, con cierta alarma, que el español hablado en el límite entre México y los Estados Unidos, a ambos lados de la frontera, ya casi no se le puede reconocer como tal, tan grande es la invasión de los anglicismos en esa lengua. Y hace ya unos veinte años, el entonces embajador mexicano en Washington, Sr. Castillo Nájera afirmaba que tal lengua no era ya sino una jerigonza bárbara, y se refería a las medidas que su país estaba tomando para rectificar tal estado de cosas incitando al mismo tiempo a los lingüistas y gobernantes norteamericanos a preocuparse del problema puesto que también el inglés de los borderizos se deterioraba peligrosamente.

Veamos cuál es el estado de ese español a que nos referimos: el aluvión de anglicismos parece ser su más evidente carácter. Todo el español contemporáneo, en España y América, ha adoptado un gran número de anglicismos, sobre todo en la terminología de los deportes y de la mecánica en general. Pero hay también un número considerable propagado por las actividades del comercio, industriales, bancarias, periodísticas, cinematográficas, por los viajes en avión, por el interés que despierta la influencia norteamericana en la política contemporánea y por la lectura de las revistas científicas o las ediciones en español de las revistas de este país.

El español adopta los anglicismos generalmente porque su caudal léxico tradicional carece de la terminología apropiada y porque, por la rapidez con que estos modos de la vida contemporánea se han impuesto, no ha tenido tiempo para crearla. El español mexicano generalmente no se aparta de esta norma. Por supuesto que entre las naciones iberoamericanas quizá sea México la que se encuentre en condiciones menos favorables para resistir a los anglicismos. La frontera común y la facilidad de los medios de transporte y comunicaciones llenan su suelo de turistas y el cielo y el aire de anuncios de los productos de la industria americana desde aeroplanos hasta alfileres, pasando por el Hadacol. Lo que realmente nos sorprende es que en estas condiciones el español mexicano en general no haya adoptado más anglicismos. La sorpresa de los mexicanos de la capital al escuchar la lengua fronteriza se debe precisamente a que perciben que la norma general está olvidada, porque el inglés no solamente expresa lo nuevo y ajeno a la tradición hispánica sino que parece haber llegado a desplazar voces que parecerían incommovibles dentro del idioma.

Por eso parece escandaloso llamar troca al camión, tiquetes a los billetes, yab al trabajo, londri a la lavandería, chaine al lustre del calzado, mecha a los fósforos, marquetas a los mercados, drinques a las bebidas, daimas a las monedas, chopes a las tiendas, envelopes a los sobres, norsas a las enfermeras, copas a las tazas, bisne a un asunto cualquiera, forcas a los tenedores y el uso de verbos como lonchar, gauchar, cashiar, dauntanear, cachar, jolopear, picar, etc.

Y aun parece más escandaloso el español calcado sobre el inglés en frases como: "Todos los rancheros se regocijan de las nuevas"; "Sus hijos atienden a

la escuela"; "Guste de pasarme el pan"; o se hable de "la inauguración del nuevo presidente", etc.

El asunto merece sin duda una consideración minuciosa, puesto que rebasa los límites del intercambio de vocabulario entre pueblos limítrofes. Se trata, a mi juicio, en este caso, de que el español del Sudoeste de los Estados Unidos se ha extendido al sur y a lo largo de la frontera muy dentro del territorio mejicano. Se trata de la expansión de un estado cultural, como resultado de un largo y complejo proceso histórico-social que conviene estudiar minuciosamente para comprenderlo, como lo hemos dicho, como problema lingüístico nacido de la contigüidad y no sorprendernos de que ocurra, como una curiosidad caprichosa.

Mi comunicación al Congreso de Lovaina tenía por objeto la ordenación, interpretación y análisis estilístico de una zona muy limitada del vocabulario del español de la Argentina (lengua hablada y empleo literario). La titulé:

VOCABULARIO PARA LA DESIGNACION DE GRUPOS ETNICOS EN EL ESPAÑOL DE LA ARGENTINA

Este trabajo es sólo anticipo de un vasto proyecto de análisis del vocabulario de valoraciones morales y defectos físicos en el español de la Argentina, con referencias al uso de otros países americanos. En este ambicioso proyecto trabajamos en nuestros años de iniciación la profesora Ana María Barrenechea y yo, bajo la dirección y por sugerencia de nuestro lamentado maestro, don Amado Alonso. Sea esta comunicación presentada al primer Congreso de Dialectología General un homenaje a su memoria y un testimonio de reconocimiento del alumno a sus notables condiciones de maestro.

Para la clasificación del material de valoraciones adoptamos el cuadro sinóptico de términos de identificación de Charles Bally, en su *Traité de Stylistique française* (2 ts., 2è ed., Heidelberg - Paris, 1932-1934. Carl Winters Universitäts Buchhandlung). El material que ahora analizo pertenece al sub-grupo que se ocupa del individuo en relación con los conjuntos étnicos, políticos, administrativos de los que forma parte, o sea la raza, el país; dentro del país, la región de la que proviene, el círculo social en que se mueve, la profesión o tarea que desempeña.

En el breve espacio que permite una comunicación sólo podré abordar el comienzo de esta subdivisión —grupos étnicos— tipo de designaciones especialmente interesante por las tensiones valorativas y desvalorativas —en lenguaje corriente, despectivas y elogiosas— que a lo largo de la vida lingüística de las palabras se han

ido desarrollando y que en algunos casos han llegado a suplantar y a hacer olvidar los contenidos objetivos primitivos.

Es característico de este tipo de vocabulario el que la idea básica significativa (raza, país, región) va mezclada con notas correspondientes a determinados rasgos físicos, que en algunos casos, según analizaremos, llegan al primer plano (*negro, mulato, moreno*) y a ciertos rasgos de carácter: valor o cobardía, alegría o adustez, naturalidad o afectación, generosidad, orgullo, mala conducta, etc., que iremos analizando como rasgos accesorios.

Dos razas interesan al hablante argentino (como al de toda América) en relación con su pasado histórico y étnico: el negro, el indio, y sus diversas combinaciones entre sí y con los blancos, ya sean nacidos en la metrópoli o en las colonias.

Comenzaremos por el indio llamado ya desde el primer momento en las crónicas y relaciones *indio, aborígen, nativo, natural* (más frecuente el plural, *naturales*) *salvaje* y ocasionalmente *bárbaro*. Mientras *aborígen* y *nativo* siguen siendo vocablos de la lengua escrita, *indio* es la palabra designativa de uso corriente, con ricas posibilidades expresivas derivadas. En la lengua hablada *indio* implica hoy la calidad de 'salvaje', 'indisciplinado y ruidoso' y se aplica muchas veces a los niños:

"¿Gritos, no pegarías? Si tuvieras en la clase 40 indios...", dice una maestra refiriéndose a sus alumnos. Hay un énfasis del afecto, una complacencia en el carácter de esa indisciplina, un detenerse en la riqueza vital y el ímpetu que tal condición supone. La tácita asimilación de los niños con los indios implica un proceso con predominio de la fantasía. El mismo sentido tiene *malón, malón de indios*: "Entraron como un malón de indios", "eso parecía un malón", "ahí viene el malón", referidos a grupos de niños o jóvenes que se acercan en desorden y bulliciosamente, y aunque no se aplique a niños supone complacencia y tensión afectiva.

El sentido de 'salvaje', 'primitivo', 'no cultivado', que tiene en el siguiente pasaje es menos frecuente: "... La Pumita... tan mona... Es claro que era una india y que no leía más que Vogue y por eso le faltaba ese charme que tiene el teatro francés..."¹. La gracia estilística deriva del lugar que ocupa después de "mona" —encanto físico— el "india" tosquedad espiritual. La desvaloración conceptual queda como desdibujada por alusión a lo primitivo, y en parte deriva su especialísimo matiz del frecuente uso de *india*

¹ H. Bustos Domecq, *Seis problemas para don Isidro Parodi*, Sur, Bs. As., 1942, p. 78 (H. Bustos Domecq es seudónimo de Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares).

en la lengua familiar como 'mujer fea', con ciertos rasgos que se suponen propios de los indios: tez oscura, pelo lacio².

Es muy frecuente el uso del adjetivo *aindiado* para quien tiene los rasgos físicos que se consideran propios de la raza india: "Uno alto, aindiado, lampiño"³. Según Eleuterio Tiscornia "...en la acepción criolla prevalece la alusión al color bajo de la tez". Creo que se podría añadir el tipo físico en general. Se usa en toda la República⁴ y Saubidet agrega la significación de 'mestizo'⁵.

Todo lo contrario de complacencia y afecto hay en el uso actual de *china* (voz quichua) cuya significación primitiva es la de 'india'⁶: "Rosas fue criado por su madre; no tomó leche de negra esclava, ni de mulata, ni de china, es decir, de india aborigen." (Mansilla, *Rosas*, cap. II, p. 21). En el *Martín Fierro* este uso ("Pues ni el indio ni la china / sabe lo que son piedades", II, verso 995) alterna con el de 'mujer amada', 'querida' ("Mientras su china dormía / tapadita con su poncho", I, verso 149)⁷.

De esas dos acepciones derivan las de 'manceba' y 'sirviente' por ser lo característico en la vida de las indias en la época subsiguiente al descubrimiento y conquista, y, a su vez, de éstos deriva su empleo actual en el castellano de la Argentina y su marcado matiz despectivo señalado por los vocabulistas regionales (Avellaneda, Lizondo Borda, Solá). La primitiva acepción de 'india' se perdió, pero subsistieron la de 'mujer del pueblo de tez oscura, de tipo indígena o mestizo' y se formó un masculino con la misma significación. El sentido de 'mestizo' sin determinación clara o específica se ve en el siguiente pasaje de Vicente Fidel López:

² En la conversación familiar se oyen usos como los siguientes:

— "¡Qué querés! No sale de su pueblucho y se casó con una india". Conversación oída al pasar entre tres interlocutores:

— "Está con la princesa.

— "¡Qué princesa! Ahora a cualquier loro le dicen princesa.

— "A lo mejor es una india."

³ Ricardo Güiraldes, *Don Segundo Sombra*, cap. XVI, p. 200.

⁴ Daniel Granada, *Vocabulario rioplatense razonado*, Montevideo, 1890; Tobías Garzón, *Diccionario Argentino*, Barcelona, 1910; Lisandro Segovia, *Diccionario de argentinismos, neologismos y barbarismos*, Bs. As., 1911; B. E. Vidal de Battini, *El habla rural de San Luis*, BDH, VII, Bs. As., 1949, p. 319; Eleuterio Tiscornia, *Martín Fierro comentado y anotado*, Bs. As., 1951, p. 350.

⁵ Tito Saubidet, *Vocabulario y refranero criollo*, Bs. As., Kraft, 1949.

⁶ Tiscornia, Ed. del *Martín Fierro*, p. 404; R. Lenz, *Diccionario etimológico*, Santiago de Chile, 1905-1910; Saubidet, *Vocabulario*; Lucio V. Mansilla, *Una excursión a los indios ranqueles*, Fondo de Cultura Económica, México, 1947, cap. II, p. 6; cap. XIV, p. 75.

⁷ "...Hasta que una ocasión / lo sorprendí en el jogón / abrazándome la china". De este uso deriva la expresión efusiva de cariño *mi china*, que registran los diccionarios de algunos países: cf. Tiscornia, Lenz, *op. cit.*, Cuervo, *Apuntes críticos*, § 987; Pichardo, *Diccionario de voces cubanas*.

“Los esclavos, y en general la plebe de raza mezclada, como la conocida por el nombre de *chinos*, no usaban calzado, ni las costumbres admitían que se atrevieran a usarlo, porque era mirado como una insolencia”⁸.

Hoy, al usar *chino*, —a se tiene presente concretamente no la ascendencia sino, como en *aindiado*, el color oscuro de la tez, las facciones toscas, el pelo negro y la condición plebeya, de pueblo bajo, del así designado⁹. El sentido de ‘criada’ fue corriente en toda la Argentina hasta principios de siglo, luego se fue perdiendo en Buenos Aires pero todavía subsiste en el interior¹⁰. Esos dos contenidos significativos, pueblo bajo, criada, se unen en el curioso derivado, también despectivo *chinitero* ‘hombre que frecuenta los ranchos y tiene amores con mujeres del pueblo’, ‘galanteador de sirvientas’, de uso más frecuente en el interior que en la capital¹¹. El carácter despectivo se extiende y consolida en otros derivados por su fijación: *chinaje*, *chinetaje*, *chinazo*¹². En cambio en *achinado* queda en segundo plano la valoración, para destacarse la constatación de un tipo físico mestizo en el que prevalecen los rasgos del indio: “Celina de celeste, que le iba tan mal con su tipo

⁸ *Historia de la República Argentina*, tomo 4, ed. 1913, p. 165 n. (la primera edición es de 1883-1893); también Avellaneda, para Catamarca da la significación de ‘hijo de indios’.

⁹ Para Tucumán Lizondo Borda, *Estudios de voces tucumanas*. Tucumán, 1927. Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares, *Los orilleros* (Bs. As., Losada, 1955, p. 14): Indicaciones escénicas: “La vestimenta de todos ellos participa del orillero y del rústico; alguno lleva bombachas y alpargatas; alguno está descalzo. Son chinos y mulatos. (En esta primera escena del pasado, conviene presentar tipos muy criollos)”. Este tipo de raza mezclada, impreciso es lo que desde hace unos 15 años se llama en la lengua de Buenos Aires “cabecita negra”.

¹⁰ Su claro sentido en la época de Florencio Sánchez se ve en una acotación de *Cédula de San Juan*: “Felisa —¡Salí de ahí!... (a las chinas —¡A ver Canora!... ¡Emiliana!... ¡Vayan a moler un poco de café!...”. La registran Saubidet, Lizondo Borda para Tucumán, Solá para Salta y se usa en Catamarca, Santiago del Estero y otras provincias del centro y noroeste. Se conoce también con esta acepción o con la más restringida de “aya”, “niñera” (tampoco desconocida en el norte de la Argentina) en el Ecuador (A. Mateus), Colombia (Cuervo), Honduras (Membreño), El Salvador (Barberena), Costa Rica (Gagini).

¹¹ Para Salta lo registran Solá y Juan Carlos Dávalos: *Lexicología de Salta*; Lizondo Borda para Tucumán y Di Lullo para Santiago del Estero. Segovia da esta acepción a *chinerero* y dice que también se usa en Chile. Pero la forma que señalan los lexicógrafos del noroeste del país aunque no tan frecuente como allí tampoco se desconoce en la provincia de Buenos Aires como lo prueba el uso que hace Pedro Pico en *La novia de los forasteros*: —“No quiero dejar solas a las chicas. Y con ese de la Rua, menos. Es un chinetero incorregible. No sé cómo lo admiten en el club.”

¹² Para *chinaje*, cf. B. E. Vidal de Battini, *BDH*, VII p. 280. Es muy significativo el empleo que hace Pedro Pico en la obra citada: “Ayá en mi provincia, donde todavía se distingue y hay tradiciones, se hacen ruedas distintas hasta en la plaza pública: un corral para el chinetaje y otro para la gente bien.”

achinado" (Julio Cortázar, *El bestiario*, p. 120). Es de uso corriente en el habla familiar¹³.

De uso restringido en el interior y desconocido en la capital es *cuico* que Garzón registra en acepción equivalente a *achinado* 'persona aindiada baja y retacona'. La palabra se conoce con otras acepciones en las diversas regiones americanas. Segovia registra para Perú y Bolivia la de 'mestizo de indio y europeo' y agrega 'apodo que suele darse a los peruanos y bolivianos o coyas'. En la primera acepción de Segovia parecería haber usado la palabra el historiador Vicente Fidel López que escribió en los últimos veinte años del siglo XIX, al referirse a los proyectos de monarquía del año 1816: "... se trataba de humillarlo bajo el dominio de los arribaños y de radicar este dominio en una monarquía de indios y de *cuicos* sentada en el Cuzco, en Chuquisaca o en La Paz..."¹⁴.

Mucho más conocido es *coya* que designa al indio o al mestizo de Salta y Jujuy (Granada, Garzón, Segovia, Solá); en todo el norte argentino significa también oriundo de Bolivia (Solá, Di Lullo, Avellaneda, Ciro Bayo) ya sea el indio o, despectivamente, cualquier boliviano. Su extensión es mayor que la señalada por los vocabulistas, puesto que en todo el país se oye aplicado al indio mestizo de las provincias del noroeste (incluyendo Santiago del Estero con su población de indios y mestizos de origen quichua). La etimología (del quichua *colla* o *qjiolla* 'indio que habita el desierto o cordillera', según Lizondo Borda) explica sus acepciones propias así como el hecho de que, por extensión, designe a los naturales de un país limítrofe con el desvalor que implica involucrar a todos en la esfera de lo indígena¹⁵. Según Ciro Bayo 'mezquino, miserable' (acepción que recoge Malaret). En Catamarca (Avellaneda) tiene otra acepción parecida, más limitada: 'persona, sea de donde sea, que come y bebe a la vista de todos sin hacer participar a nadie'. El carácter marcadamente desvalorativo se acentúa en dicterios como el que registra Solá *colla cacayento*, "expresión injuriosa que significa que la persona a quien se dice es de tan humilde condición que jamás ha usado calzado, razón por la cual su pie está lleno de *cacayas*, o sea grietas de la piel" que con sus dos designaciones unidas de signo negativo aumentan la desvalorización. El derivado *acoyado* (Solá, Avellaneda) es de

¹³ Garzón, Segovia, Saubidet, Lizondo, Borda, *BHD*, VII. Su extensión en el uso de la ciudad y del campo puede deducirse de los múltiples ejemplos en autores tan diversos como Güiraldes, Cortázar, Lynch, Mujica Láinez, etc.

¹⁴ Subrayado en el texto. *Historia de la República Argentina*, ed. cit. tomo V, p. 399.

¹⁵ La misma valoración negativa está implícita cuando se usa *guarani* para todos los paraguayos o *chilote* para los chilenos (esta última mucho menos frecuente).

uso más restringido, y por su forma y significación forma serie con *aindiado*, *achinado*, *acriollado*, *agauchado*. En las zonas del noroeste los lexicógrafos recogen otros regionalismos relacionados con la designación del indio o del mestizo: para Salta, Solá registra *chaguanca* 'dícese de la mujer que sin ser indígena tiene un aspecto tosco que la asemeja' derivada de *chaguanco* 'indios pequeños, limpios, grandes pescadores que viven en la región noroeste de la provincia de Salta'; *chuta*, adjetivo, en el mismo vocabulista, con varias acepciones relacionadas: 'coya petiso', 'hombre de baja estatura', y como sustantivo 'indio aymara' (acepción que Ciro Bayo registra para La Paz), y *chirete* 'voz mataca muy empleada en el noroeste de la provincia y con la que se designa al indígena de 10 a 15 años'.

Los nombres de naciones o familias de indios han tenido suerte adversa en lo que toca a su incorporación al español: el único que hoy forma parte del caudal léxico del castellano en la Argentina es *tape* nombre de una parcialidad poderosa de los guaraníes que habitaba el alto Uruguay¹⁶. Tapes eran los indios de las misiones jesuíticas que muchas veces escapaban de las misiones y se unían a españoles, mestizos y portugueses que actuaban en operaciones de vaquerías en la campaña del Uruguay, Entre Ríos y Santa Fe. Otros nombres de indios —charrúas, diaguitas, minuanes— también aparecen en las crónicas, informaciones y relatos, pero quizá debido a la relación de los tapes con la poderosa organización jesuítica y su participación en los primitivos núcleos gauchos, su nombre llegó a ser símbolo de un tipo humano y así perduró. Actualmente *tape* es el hombre de tipo *aindiado*, tez oscura y pelo lacio, a lo que se suma idea de robustez y fuerza¹⁷.

En el actual sentimiento lingüístico de los hablantes la palabra se ha desvinculado a tal punto de su primitiva significación que ello permite a H. Bustos Domecq ("... sobriamente caracterizado de *tape* boliviano, abordé el Panamericano, en Mococo, eludiendo hábilmente a mis torpes y numerosos perseguidores")¹⁸ la travesu-

¹⁶ E. Tiscornia, *Martín Fierro*, ed. cit., 449, Segovia. De las parcialidades importantes de indios en el territorio argentino muchas dejaron huellas en obras literarias: charrúas, mocovíes, guaraníes, timbúes, pilagacs, tobas, matacos, chiriguano, huarpes, comechingones, diaguitas, querandíes, onas, etc. Cf. Augusto Raúl Cortázar, *Indios y gauchos en la literatura argentina*, Instituto Amigos del Libro Argentino, Bs. As., 1956. En cambio los tapes que no inspiraron con aspectos de su vida o de su historia ni a poetas ni a novelistas sobreviven en el vocabulario argentino.

¹⁷ Aparece en todos los vocabularios rioplatenses y la usa la poesía gauchesca y luego la novela y el cuento: Güiraldes, *Don Segundo Sombra*, cap. IV; Julio Cortázar, *El bestiario*, p. 134, "Las puertas del cielo"; Fray Mocho (José S. Alvarez), *Salero criollo* (ed. La Cultura Argentina, Bs. As., 1920), "Historia criolla", p. 171.

¹⁸ *Seis problemas para don Isidro Parodi*, p. 39.

ra de poner en boca de un personaje ignorante y presuntuoso la incongruente unión de *tape* y *boliviano*.

Mestizo no es palabra viva de la lengua hablada: casi se la podría considerar como término técnico —hijo de blanco e india y menos frecuentemente de indio y blanca. En el juego de las relaciones sociales y humanas es una categoría sin vigencia, casi una abstracción: el verdadero mestizo es el que no tiene tipo europeo y a ello se alude con palabras que se refieren a esa apariencia como las ya analizadas *aindiado*, *chino*, *tape*. También *cholo* tiene un uso parecido en el norte argentino y además significaciones derivadas: 'gente de medio pelo' opuesto a *gente distinguida*. Según Solá en Salta *cholita* es sinónimo de 'mujerzuela' y lo caracteriza como término "despectivo e hiriente"; *acholado*, —a además de 'que tiene vinculaciones o relaciones con los cholos' significa 'que tiene actitudes o modales no muy finos', semejante a la significación que para *cholo* registra Lafone Quevedo y que es todavía muy viva en Tucumán.

A *indio* y a las otras voces que se usan y usaron para designar a los aborígenes de América se opone, en conjunto, *blanco*,¹⁹ no sólo para el que no es indio, sino también el que no es negro. Y en este sentido continúa usándose, o sea como expresión de lo físico, el color de la tez ante todo.

Para el hombre de raza negra se usa *negro*, —a que va desde la simple designación de raza hasta el insulto, por una parte, y hasta la efusión cariñosa por otra, aplicado entonces a gentes de raza blanca y cuanto más de pelo castaño. Salvo en el lenguaje técnico o científico el empleo de *negro* supone entre el hablante y lo mentado una tensión de signo negativo. Julio Cortázar en el cuento "Las puertas del cielo" en el que relata un episodio entre el vulgo venido de provincias, mezcla de indios, mestizos, etc., desde fuera de ese núcleo pero compartiendo sus pasiones y afectos dice: "También se oxigenan; las negras levantan mazorcas rígidas sobre la tierra espesa de la cara...", que se puede situar entre: "Con qué derecho anda esa atorranta excitándolo a uno. Lo único que le faltaba, la negra esa" (Verbitsky, *Es difícil empezar a vivir*, p. 75), donde el pronombre demostrativo pospuesto marca claramente la valoración de signo negativo y "A este negro lo voy a hacer estudiar para médico. ¿Qué le parece, Demetrio?" (R. Arlt, *El juguete rabioso*, Ed. Claridad, Bs. As., p. 71). Este *negro* puede indicar persona de raza negra o simplemente de raza blanca con pelo castaño oscuro ("pelo negro", en el español de la Argentina)

¹⁹ Ascasubi, Santos Vega, ed. La Cultura Argentina, Bs. As., 1919, XVIII, p. 91; Lynch, *Los caranchos de la Florida*, p. 23; Quiroga, *El salvaje*, Ed. Anaconda, Bs. As., s.f. p. 56. Ciro Bayo registra para Tucumán la expresión "blanco como un español".

pero, en su empleo lo dominante es la nota de afecto efusivo por encima de la significación propiamente dicha²⁰. Pura efusión hay en el siguiente texto de Florencio Sánchez, *Moneda falsa*, p. 167:

Carmen — ¡Sí, me obligó!... ¡Quería matarmel! ¡Yo no tuve la culpa! ¡Quería matarmel!

Moneda falsa — ¡Vos!... ¡Tan luego vos!...

Carmen — No pude. Mi negro, ¡no pude!

Moneda falsa — Tu negro, ¿no? Tomá, perra, pa que te acordés de Moneda falsa. (Le da un golpe en la cara).

En los empleos siguientes se ve claro el diverso matiz estilístico de *negra* unido a *vieja*, en el primer caso como designativo con una muy leve resonancia despectiva: "se sentó a la mesa y ordenó a la vieja negra que acababa de llevar la fuente del puchero..." y las palabras de ésta que rezuman conmiseración con intención activa como de quien busca esquivar un posible ataque: "Yo no me meto, patrón, porque yo soy una pobre negra vieja más redonda qu' argolla e lazo...". La nota de conmiseración parte del adjetivo pobre y encuentra ecos sucesivos en *negra* y *vieja*.

Negro, por su marcado carácter negativo sirve de apoyo a adjetivaciones despectivas y el conjunto así formado puede llegar hasta el insulto. Son formas de énfasis o relieve en las que la significación del adjetivo se intensifica al ir precedido por un sustantivo en sí mismo ya desvalorativo: *negro babiaca*, *negro sonso*, *negro atorrante*, *negro inútil*, *negro sinvergüenza*, etc. De esta manera se han formado asociaciones ya no ocasionales, sino verdaderos cuños: en provincia se oye *negro de tamaña trompa* (Catamarca), *negro jetudo*, *negro hediondo*, en las que el adjetivo es una cualidad que se considera característica del individuo de raza negra. *Negro de tamaña trompa* se dice del negro o mulato, en cambio *negro trompeta* 'pillo, atrevido' con su matiz afectivo de complacencia llega a aplicarse a quienes nada tienen que ver con los negros pero están haciendo gala de esas condiciones²¹. Algo semejante ocurre en la lengua corriente con *negro candombero* o *candombero* aplicado al que gusta de bailes y diversiones sea cual sea el color de su piel. Esos matices son posibles por los valores efusivos de *negro*, *mi negro* y por las circunstancias que rodean a *candombe* 'danza, fiesta con cánticos y música propia de los negros de la colonia'²².

²⁰ *Negro*, *mi negro* como voz de cariño la registra Segovia; Malaret para las Antillas, Colombia y Chile. Cuervo, *Apuntaciones*, § 673 lo incluye como hipocorístico, de tono afectuoso a pesar de que lo básico de la significación implique un defecto.

²¹ Daniel Devoto, "Sobre paremiología musical porteña." Bailes e instrumentos en el habla bonaerense. *Fil.*, III, 1951, p. 68, dice que "su empleo depende más de la gravedad de la travesura que del pigmento del inculpaado".

²² Vicente Rossi, *Cosas de negro* (1926). Ed. Hachette, Col. El Pasado Argentino, Bs. As., 1958.

En la designación del hombre de raza negra concurren rasgos físicos, sobre todo la piel y el pelo, a veces ciertas facciones (*trompa, jetudo*, etc.). A la primera corresponde *morocho* y *moreno*, eufemísticos. *Moreno*²³ por negro es corriente en el *Martín Fierro*, en los poetas gauchescos y en la novela de ambiente rural (Güiraldes, Lynch, etc.). *Morocho*, *-a* es menos frecuente porque en la Argentina se emplea con preferencia a *moreno* para indicar el color subido de la tez de las gentes de raza blanca²⁴ y el color de la piel del mestizo. La gama de sus posibilidades significativas se patentiza en los siguientes ejemplos:

"... no vi más que blancas, rubias o morochas, pero blancas" (Cortázar, *El bestiario*, p. 131). Este es el uso más frecuente: piel blanca y cabello oscuro. Otras veces se refiere a la tez o al tipo físico en general: "... reía la cara morocha de una chinita" (Güiraldes, *Don Segundo Sombra*, cap. V, p. 67); "Les abrió la puerta una muchacha morocha. Provinciana, pensó Gauna. Una de esas muchachas con la frente estrecha y prominente, que él aborrecía." (A. Bioy Casares, *El sueño de los héroes*, p. 42).

En esa acepción *moreno* es excepcional: aparece ocasionalmente en la lengua escrita y en casos en que la designación de raza va acompañada de la intención de poner de relieve expresamente el color de la piel: así Benito Lynch, *Los caranchos de la Florida*, p. 45: "Es moreno, de un moreno tan subido que casi puede decirse mulato." La sinonimia *mulato-moreno* es indudable en Gregorio de Laferrere, *Locos de verano*, acto 2º, que se estrenó en 1905, en la que a una criada se la designa sucesivamente como mulata y morena. Si a principios del siglo XIX como en el XVIII, negro y moreno eran equivalentes, este término por su ambigüedad misma propia del carácter eufemístico, a medida que van mermando los negros se desliza al grupo más numeroso de los mulatos.

En la designación del negro es rasgo notable el tipo de pelo, al que se califica de motoso y motudo, ya sea el adjetivo sustantivado solo (*un motoso*), a veces con una modificación complemen-

²³ Ya en el informe del Virrey Arredondo sobre las milicias del Río de la Plata en el año 1795 figuran "5 compañías de morenos" (*Apud* E. Coni, *El gaucho*, Ed. Sudamericana, Bs. As., 1945, p. 115). José A. Wilde, *Buenos Aires desde 70 años atrás*, cap. XVIII: "Algunos negros, o morenos como se les solía llamar...". Vicente Rossi, *op. cit.*, p. 67, en nota comenta que "en lenguaje rioplatense, *moreno* refiriéndose a color de piel, es riguroso sinónimo de 'negro', adoptado entre las personas de esa raza por parecerles menos grosero". La frecuencia de su uso está asegurada por el colectivo *morenada*, y José Luis Lanuza ha escrito sobre los negros dos libros. *Los morenos* (Emecé, Col. Buen Aire, Bs. As., 1942) y *Morenada* (1946).

²⁴ El *Dicc. Acad.* (18ª ed., 1956) lo da para Argentina y Uruguay como sinónimo de 'moreno'; Malaret extiende la acepción de 'moreno', 'trigueño' a la América meridional.

taria que acentúa el carácter despectivo (*un motoso de porquería*) o más frecuentemente acompañando a un sustantivo (*negro motudo*), derivados de *mota* 'pasa o mechón de pelo negro'²⁵. La misma significación —y se aplica tanto al negro como al que no lo es— tiene *chascón*, *chascudo*, de *chasca*, del quichua 'pelo enmarañado', enredado, en San Luis, Salta y Tucumán, y fuera de la Argentina en Bolivia, Chile, Perú (Ciro Bayo, Lenz, Arjona), a veces con variantes de significación que nos alejarían del tema. *Chascón*, *chascudo* se aplican hoy sobre todo al blanco que por su tipo de pelo recuerda la mota del negro y a quien, ocasionalmente o por costumbre, anda despeinado.

Dentro de esta serie de designaciones para el negro basadas en condiciones físicas es curioso *catanga* (y de uso menos frecuente *catangudo*, *catangoso*) en los que la intensidad del carácter despectivo se debe al significado de olor fuerte y desagradable de transpiración tomado como característica racial. Con la desaparición de los negros la voz se ha ido perdiendo: se oía en Buenos Aires hasta hace unos veinte años, pero un niño o un adolescente de hoy la desconocen²⁶. Los vocabularios (en su mayoría de comienzos de siglo) la registran para Bolivia, Uruguay, Argentina, Paraguay y Chile. Se la da como de origen guaraní, de *catí* 'hediondo' con el sufijo despectivo *-ngo*, *-a* que encontramos también en *tilingo*, *gringo*, *tango*, *milonga*, *bailongo*, *mistongo*, etc.²⁷.

Para el mestizo de blanco y negro se usaron o usan principalmente *mulato*, *moreno* (v. supra), *pardo*, *pardejón*, *cola* o *rabadilla morada*, *zambo*, *cuarterón*, *cabecita negra*. El más corriente es *mulato*²⁸ designativo, y con el mismo tipo de desvalorización que *negro*: ("Qué se puede esperar de un mulato"): así se usa en el *Martín Fierro*, Lynch, Sarmiento, Borges, etc. En la vida de esta palabra es muy interesante la transformación de *mulato* en dicerio o insulto para cuyo uso no importa la adecuación del

²⁵ Se usa en Chile, Román, *Dicc. de Chilenismos*; Malaret, *Dicc.*, extiende la significación de *mota* a las Antillas, Argentina, Bolivia y Chile, pero sólo trae para Colombia el derivado *mososo* 'se dice del pelo ensortijado'.

²⁶ En San Luis es corriente la frase *negro catangudo* (B. E. Vidal de Battini, *BDH*, p. 341). Es interesante señalar la curiosa derivación de sentido que Solá consigna para *catanga* en la provincia de Salta: "Dícese de la carne vieja. ¿Será por el color?"

²⁷ Hay que tener presente sin embargo el hecho de que otros vocablos relacionados con los negros y de origen africano tienen el mismo sufijo: *milonga*, *mandinga*.

²⁸ Los derivados *amulatado* (Pascarella, *El conventillo*, p. 250) y *mulatero* 'persona que sin ser mulato se da mucho con ellos' (Garzón) ya no se usan en el litoral por lo menos. *Mulato*, a pesar de su frecuente uso despectivo, se acepta como vocativo de inferior a superior: "¡A ver, mulata!... ¡Alcánzale la limeta a mi compadre Ramón!..." (Javier de Viana, *De la misma lonja*, p. 25 "La herencia del tío Filemón").

así designado con el contenido significativo básico de la palabra, pero su empleo rebaja al así designado, implícitamente, de categoría humana y social: aunque no lleva sangre de negros actúa o es como uno de ellos, como se ve en el siguiente uso de B. Verbitsky que recoge modos de expresión típicamente porteños.

"Insolentes desde el gobierno, pero se dejan correr con la cola entre las piernas por el primer audaz. Una banda de mulatos mediocres y miedosos".

Y se pueden oír frases como "¡fulano es un mulato!" cuyo contenido fuertemente desvalorativo el oyente capta inmediatamente.

Al ir desapareciendo los vestigios de la cruza con negros, en la lengua de Buenos Aires tanto en *mulato* como en *negro*, *moreno*, etc., se borran los límites de las significaciones, se suman absurdos, teniéndose en cuenta sólo vagas delimitaciones²⁹, aunque para la designación las categorías se mantienen comprensibles: "En cambio, no hay ningún argentino que no crea que habla italiano... y en realidad lo que conoce es el cocoliche... lo cocoliche es lo mulato de lo gringo" (Juan de Garay, *Cosas de argentinos*, primera edición, Bs. As., 1939, p. 69).

En la actualidad, *pardo* se usa mucho menos que *mulato* pero era corriente hasta principios de siglo pues habiendo muchos mulatos, en condiciones normales se escamoteaba el término claramente designativo y se recurría al más desdibujado. Hay que destacar que en la Argentina *pardo* como mera designación de color se ha perdido, supliéndolo el galicismo *marrón* y en contados casos *castaño* (ojos, pelo castaño). *Pardo* representa con relación a *mulato* lo que *moreno* respecto de *negro* en sus valores estratégicos como eufemismo³⁰. Los matices afectivos —rechazo, aceptación— de los designados respectivamente con *mulato* y *pardo* resultan muy claros en el uso que de ellos hace Laferrere, *Locos de verano*, II, reforzados el uno por el adjetivo desvalorativo, el otro por un diminutivo, expresión de afecto protector:

Rosario — ...Ahora tengo que ir a un conventillo.

Pepe — ¿A un conventillo? ¿Y para qué?

²⁹ "Me incomodaba que un catamarqueño mulato pudiera introducirse en el compartimiento de la *baronne* Puffendorf." (H. Bustos Domecq *Seis problemas...*, p. 45-[1942]; "Tal vez Larsen recuerde aquel domingo que pelié con el negro Martelli. Era mulato, pecosito y entre las rodillas y la cintura se ensanchaba apreciablemente." (A. Bioy Casares, *El sueño de los héroes*, p. 15, [1954]).

³⁰ José A. Wilde, *Buenos Aires desde 70 años atrás*; cap. XVIII: "Casi todos los maestros de piano eran negros o pardos, que se distinguían por sus modales." Lo usan Hernández en el *Martín Fierro*, Fray Mocho, *Memorias de un vigilante*; Payró, *Nuevos cuentos de Pago Chico*. El *Dicc. Acad.*, lo da como de Cuba y Puerto Rico; para Malaret es "conocido en toda América". Para la Argentina lo consignan Granada, Garzón, Saubidet, Santa María, *Dicc. de Americanismos* lo da para Argentina, Cuba, Puerto Rico, Tabasco (México) con ligeras variantes de significado.

Rosario — ¡Lo de siempre! Imagínense que hay un pícaro mulato que desde hace más de cinco años tiene engañada a una pardita que vive con él; y las señoras, como es natural estamos empeñadas en casarlos. Bueno, me voy.

Como derivado despectivo de *pardo* consideran Garzón y Granada a *pardejón*:³¹ ahora bien, parecería que nos hallamos ante un caso de metátesis por etimología popular, favorecida por el deseo inconsciente de huir de una designación demasiado cruda, malsonante por sus implicaciones sexuales. *Pardejón* derivaría no de *pardo*, sino por metátesis, de *padrejón* en la acepción argentina sinónima de *padrillo* "caballo padre o semental". Su verdadero origen lo señala Lucio V. Mansilla en la biografía de su tío Juan Manuel de Rosas (*Rosas*, ed. Garnier, París, 1898, p. 30, cap. II):

"Nadie puso... apodos más expresivos, más clásicos, más inteligibles para el plebe —nadie como él—.

...A don Fructuoso Rivera, aludiendo a que era muy libidinoso, le pone el *padrejón*. El gaucho entiende, así le llaman al padrillo. Y es la gente sabihonda la que corrompe el vocablo, sustituyéndolo por *pardejón*, aumentativo de *pardo*; y de ahí proviene el error de creer que era mulato, y que subsiguientemente le dijeran el "mulato *pardejón*", lo que era un pleonasma"³².

Ya ha desaparecido del habla y no ofrece interés como valorativo *zambo* 'mestizo de indio y negro'³³. En Catamarca se oye *cola morada*, emparentado con el *rabadilla morada* que para las provincias del norte hace un siglo y medio anota Garzón. Fuera de circulación han quedado también *angola* (Garzón) para el africano y por extensión, la persona cuya piel es de color negra. Algo subsiste en provincias la tercera acepción de Garzón "dícese del individuo rudo, lerdo y de cortos alcances" por la asociación que se establece entre *cabeza de zapallo* 'persona torpe', *zapallo angola* "de cáscara dura y resistente al frío y carne herbosa blanda y aguachenta" y *angola*. También se ha perdido *muleque* 'muchachito de raza negra' que trae Segovia y que Malaret registra para

³¹ Garzón: "pardo pretencioso y altanero"; Granada: "que tira a pardo", al que sigue Malaret, s. v. *pardejón*, -na, adj.

³² La adición de "pretencioso" en el contenido significativo de *pardejón* que traen Segovia y Garzón quizá provenga de su interpretación del siguiente texto de Cané, *Prosa ligera*, "Sarmiento en París" (1896), edición La Cultura Argentina, p. 182: "Allí se topa también con el *pardejón* Rivera, el teniente de Artigas... ¡Qué delicioso tipo de imbécil, guarango soez y bruto, de gaucho pretencioso!"

³³ Sólo lo trae Ciro Bayo 'hijo de india y negro, y por extensión todo aquel que tiene el cabello crespo y rizado del zambo'. Segovia sólo lo trae como aféresis de *patizambo* y según Garzón "nosotros no lo aplicamos a personas." Pero lo usa Sarmiento, *Facundo*, parte I, cap. I: "La raza negra, casi extinguida ya excepto en Buenos Aires, ha dejado sus zambos y mulatos, habitantes de las ciudades, eslabón que liga al hombre civilizado con el palurdo..."

Cuba y Argentina como anticuado: 'negrito esclavo de 7 a 10 años', 'muchacho de color'. A la lengua vulgar, esa lengua mixta de lunfardo (jerga de los delincuentes), italianismos, vulgarismos, propia del tango y el sainete del Buenos Aires de hace 40 años perteneció *muschinga*³⁴ 'individuo de color' hoy olvidado. Para Salta, Solá trae *churco*, —a 'mulato (de cabello)'; para San Luis, B. E. Vidal de Battini, *BDH*, VII, señala *callanudo* 'mulato' y al agregar que se usa como insulto destaca tácitamente su vitalidad.

El negro como elemento étnico importante es inexistente en la Argentina: en cambio el mestizo, ya sea de negro o mulato con blanco o con indio o mezcla de indio y blanco pero con características físicas de indio es parte importante de la población sobre todo en ciertas provincias. De ahí la posibilidad de nuevas creaciones que se caracterizan por involucrar en una forma única toda esa gama de posibilidades raciales. De ese tipo es *cabecita negra* que apareció hace unos 15 años en un momento en que esos grupos étnico-sociales resultaron de pronto significativos en los cuadros directivos de la vida nacional y como tal se hicieron conspicuos en la masa ciudadana. Primero se usó en plural, *los cabecitas negras* o como colectivo *los cabecita negra* y de ahí se pasó al singular, *un cabecita negra*.

A las designaciones para grupos étnicos minoritarios que han ido desapareciendo a lo largo de la vida histórica argentina hemos agregado *criollo* y *gaucho* por su contenido básicamente también étnico y por sus posibilidades estilísticas que han ido aumentando y diversificándose a medida que aquél perdía importancia.

Tres etapas sucesivas en el tiempo pueden delimitarse en la historia de la palabra *criollo*³⁵.

1º) Período colonial: se opone el *criollo* al *español*, el nacido en América ya sea descendiente de españoles puros, ya de españoles con alguna mezcla de indio. En esta etapa la palabra tiene extensión americana³⁶.

³⁴ No aparece en los diccionarios argentinos; figura en el vocabulario de Villamayor, *El lenguaje del bajo fondo*. Vocabulario lunfardo, Bs. As., 1915; todavía lo usaba Last Reason en sus "viñetas" periodísticas hacia 1937 pero pertenece a época anterior.

³⁵ La palabra es adaptación del port. *crioulo* 'esclavo que nace en casa de su señor', 'negro nacido en las colonias a diferencia del nacido en Africa', 'blanco nacido en las colonias'. Derivaría de *criar* con un sufijo o verosímelmente del sust. port. *cria* 'esclavo criado en casa del señor' usado como diminutivo. Cf. Corominas, *Dicc.*, y para la discusión etimológica Schuchardt, *ZRPh.*, XIII, 1889, p. 484.

³⁶ La primera documentación señalada por Corominas corresponde al padre Acosta (1590), luego en el Inca Garcilaso; se halla en Cervantes, Lope, Tirso, Góngora, etc. La extrañeza de la palabra se hace patente por la frecuencia con que se siente la necesidad de explicarla, no sólo en los cronistas americanos, sino

2º) Período de la organización de las naciones americanas en el que ya nos limitaremos al uso argentino señalando el hecho notable de la supervivencia de la palabra trasformada y vivificada en la Argentina y su menor vitalidad o su desaparición en la mayoría de los países³⁷. En esta etapa *criollo* opone el hombre afincado de antiguo en el país, de vida rural o con sus raíces psicológicas y económicas en el campo al hombre sin arraigo en el pasado y especialmente el inmigrante o el ciudadano: así nace la oposición *criollo-gringo*. Así lo que era designación de un subgrupo étnico pasa a ser designación de quienes creen ser los argentinos auténticos frente a los inmigrantes, pero al mismo tiempo la misma palabra opone el hombre de vida rural aunque sea de escasos medios económicos al argentino de ciudad que desea para su patria el progreso de la inmigración y en general modos de vida europeos, dentro de una abundante gama de matices.

3º) *Criollo* sigue oponiéndose a *gringo*, pero en cierto modo sólo al gringo reciente en tanto que, dado el poder de asimilación del país y su capacidad para incorporarse y adaptar al que llega de otras regiones, los antiguos gringos se van sumando a la población de los primitivos argentinos y el conjunto así formado presenta características diferenciales, y aquellos gringos pueden llegar a ser, en cierto momento, criollos. Un extranjero avecindado en el país hablará de "estos criollos" y en el grupo al que se refiere habrá hijos de extranjeros y argentinos nativos de muchas o pocas generaciones; pero ese grupo se le presentará con rasgos comunes, gustos y modalidades que le permiten considerar iguales a todos sus miembros. El contenido fluctúa así de acuerdo con las épocas

también en autores españoles; y así lo hace Tirso en *La villana de Vallecas*, II, 10.
 Criollo soy de Méjico, que es nombre
 que dan las Indias al que en ellas nace.

³⁷ Como propio de América lo da Malaret 'dícese del nacido en algún país americano, sea descendiente de extranjeros o de nativos'; 'nacional, vernáculo, propio de algún país de la América latina'. Lo mismo en Santa María, Alvarado, *Glosario del bajo español de Venezuela*. (1929); para Cuba, E. Pichardo, *Diccionario... de voces cubanas* (1862) y Constantino Suárez, *Vocabulario Cubano* (1921). Pero ya en 1899 Joaquín García Icazbalceta, *Vocabulario de Mejicanismos*, dice "aquí ha caído en desuso aplicado a personas...", y creo que, a pesar de la extensión antigua de la palabra y de su utilización en el francés *créole*, son varios los países en que por una u otra causa ha desaparecido de la lengua viva. Por ejemplo, según Malaret en Colombia 'se dice de cierta raza de gallos más corpulentos que los de pelea y muy cobardes' y también 'cobarde, por alusión a esta raza de gallos, y *criollera* 'cobardía'. Otro tipo de derivación que indica el posible desprestigio de la forma es la expresión "a la criolla" de uso en el Río de la Plata y las Antillas sin etiqueta, sin cumplimientos, 'a la manera del país'. Los vocabularios argentinos Granada, Segovia, Garzón, Saubidet, no ofrecen matices con respecto a las acepciones que consignan la Academia y los vocabularios generales de americanismos.

y las circunstancias en que se usa y la condición de quien lo emplea. El análisis de algunos ejemplos literarios puntualizará las etapas y caracteres esbozados en este tema.

En el *Martín Fierro* (1ª parte 1872; 2ª parte 1879) resulta muy claro el contenido significativo y valorativo de la palabra, dada la especial condición del protagonista que se siente "criollo" frente a los que están destruyendo sus modos de vida en nombre de principios e ideales de los que no participa, y por ello huye a refugiarse entre los indios:

*Le advertiré qu' en mi pago
ya no ha quedado un crioyo:
se los ha tragado el hoyo
o juid'o muerto en la guerra
porque, amigo, en esta tierra
nunca se acaba el embroyo. (1ª parte v. 2042)*

Él es uno de esos criollos cuya característica gusta de destacar con orgullo aun en los momentos más duros: así, al tomar la decisión de huir a las tolderías de indios, v. 2264:

*El amor como la guerra
la has' el crioyo con cansiones.*

Y la salvación vendrá para Martín Fierro de alguien que represente lo mejor de los criollos, v. 2093:

*Tiene el gaucho que aguantar
hasta que lo trague el oyo
o hasta que venga algún crioyo
en esta tierra a mandar...*

De las tres posibilidades básicas significativas arriba señaladas la primera tiene limitación cronológica, la segunda y la tercera se mezclan aún, dentro de una rica gama de posibilidades y con los múltiples matices de un uso relacionado con problemas siempre renovados y siempre actuales: los del argentino que analiza su peculiaridad diferencial y su modalidad, muchas veces en análisis genéticos.

Entre sus posibilidades significativas, *criollo* puede significar argentino como especialización de americano: en una escena de cafetín un matón desafiante y peleador de *El sueño de los héroes* de Adolfo Bioy Casares busca desatar una pelea con dos uruguayos (pp. 186-187):

"... mire que en los cabarets de Francia y de la California abunda el argentino de cabeza planchada que vive de presentarle a Ud. cada mujer que, francamente, ni que lo tomara por ciego.

—¿Y eso qué tiene que ver con la otra banda?...

—¿Cómo qué tiene que ver? Si todos se llaman Julio y son uruguayos.

—Ahora va a resultar que ni para tratar con mujeres servimos los criollos —comentó el doctor...

—Además —aventuró Antúnez, deseoso de evitar situaciones desagradables— todo pasó entre criollos."

El primer *criollo* es 'argentino por oposición a uruguayo' en tanto que el segundo suma a ambos o sea 'los americanos por oposición a quienes no lo son'.

La extensión de significación para los hijos de extranjeros que se hacen al modo del país (que se *acriollan*)³⁸ es frecuente:

"El tiempo es una mercadería para gringos. Que son los que dicen que es dinero. Para el criollo (y el criollo más auténtico es el acriollado) un párrafo con uno de la *barra* equivale a un gran negocio. (J. de Garay, *Cosas de argentinos*, p. 88).

Y aquí no se trata de simple designación: el criollo que pierde tiempo con un amigo es contemplado admirativamente, y aunque no hubiera más valores que los designativos, siempre hay una especial tensión afectiva en la oposición del criollo al extranjero, del criollo al gringo³⁹, oposición que sintetiza los motivos mismos de toda una serie de obras de la literatura argentina de fines del siglo pasado y conserva validez:

"Vos mismo me dijiste que los drusos son una gente muy cerrada. Decías bien, y el más cerrado de todos era Abenjaldún, el decano de la colectividad. A los otros les bastaba desairar a un criollo, él quiso tomarlo para risa" (H. Bustos Domecq, *Seis problemas...*, p. 35).

El paso de estos usos a los que llevan a la exaltación intrínseca del tipo mismo es fácilmente explicable dada la índole de esta clase de términos:

³⁸ La definición de Granada para *acriollarse* conserva validez: "Acomodarse el extranjero a los usos, costumbres y carácter especial de los hijos del país, de manera que las cualidades correspondientes que por hábito hayan adquirido parezcan en él nativas". Lo consignan también todos los vocabularios argentinos, lo mismo que el adjetivo derivado *acriollado* de uso más frecuente que el verbo y casi siempre con valoración positiva y hasta altamente encomiástica. En Malaret se da como americanismo. Figura en Román (Chile) y en Palma, *Papeletas lexicográficas* (Perú). En el *Dicc. histórico*, tomo I, se da como propio de la América meridional.

³⁹ "...de juro que no, por qu'el presidente es criollo puro, y le ha'e gustar el pulpeo y no el yuyage, güeno pa los chanchos... y pa los gringos... (Javier de Viana, *De la misma lonja*, "Campo amarillo", p. 9); "...y más después, que sacándosela a mi hermano Serapio, hago un servicio a la familia, pues que no es justo que siendo criollazo se misture con gringos... —Vos sabés, che, que aura está 'e moda mestizar" (*ibidem*, p. 10).

—“Tené cuidado con ese animal. ¡Mirá que es medio diablo!

—¡Oh, bah! ¿Y qué es para un criollo?”

(Benito Lynch, *Los caranchos de la Florida*, p. 111).

El elemento afectivo emocional de valoración positiva latente en *criollo* aparece reforzado a veces por un adjetivo encomiástico (*buen criollo, criollo lindo, criollo viejo*) o por una expresión enfatizadora de cualidades básicas (*criollo de pura cepa, de ley, de mi flor*, etc.) o por sufijos: *criollito, criollazo*. *Buen criollo* es un giro estereotipado capaz de tomar para sí los matices expresivos de *criollo* solo, con un plus de significación y de emoción, como puede verse en la serie de ejemplos siguientes que muestran una como “degradación” de las posibilidades de riqueza expresiva del término mismo:

“Lo sé güen criollo e incapaz de negar lo que por buena ley le corresponde pagar” (Pedro Heredia, *La pachamama*, Buenos Aires, 1934, p. 82, corresponde a la provincia de La Rioja).

“Lungo. — ¿Che, Moneda, qué estás haciendo? Arrimate que te vamos a presentar a un amigo.

Gamberoni. — Un altro amico. Chiamátelo.

Batifondo. — Es un buen criollo. Muy honrao. Trabaja en Campana.”

(Florencio Sánchez, *Moneda falsa*, Cuadro I, p. 140).

Cantalicio. — ¿Y pa qué se viene con escopeta...? ¿Piensa que soy algún bandido...?

Nicola. — ¡Qué esperanza! Usted es un buen hombre, un buen criollo... Traigo la escopeta por las dudas... Como voy al pueblo, ¿sabe? Siempre se encuentra una liebre, una martineta en el camino...” (Florencio Sánchez, *La gringa*, Acto I, p. 141).

—“Era un buen criollo —decía en ese momento uno de los paisanos—. Lo que él ha hecho, lo hubiera hecho usted mismo, don Francisco...” (Ricardo Gutiérrez, *Juan Moreira*, p. 36).

En el último ejemplo, *buen criollo* exalta cualidades nobles del grupo humano al que la palabra se aplica, no cualidades individuales: valor, generosidad, hombría; y se trata de un buen criollo que hizo lo que otros criollos también harían. En el segundo y tercero se establece como premisa la cualidad de buen criollo, aseveración global, y luego se detalla la cualidad que interesa momentáneamente: en esos dos casos, la honradez. En el tercero, “buen criollo” después de “buen hombre” es una fórmula propiciatoria activa, porque en *La gringa* de Florencio Sánchez el “gringo” Nicola tiene motivos para temer un ataque de Cantalicio y por eso lleva consigo la pistola: no cree que sea como el propio Cantalicio dice, “un bandido” pero como, al fin y al cabo, la parcela de tierra que

éste ha perdido ha beneficiado a Nicola, no deja de tener ciertos recelos. Interpelado de frente con "¿piensa que soy algún bandido?", quiere dar un sesgo amistoso a la conversación y usa el *buen criollo* como una forma de *captatio benevolentiae*. En esta obra de Sánchez hay todo un sistema de valores y desvalores en torno al uso de *gringo* y *criollo* que está reflejando la transición de la Argentina en el paso del siglo XIX al XX: el mundo de los gauchos, de los criollos viejos se va, y contemplado con el prestigio que le presta la lejanía, *criollo* es especialmente efusivo con una nota de conmiseración⁴⁰ que no suele acompañarle sino cuando se evocan o se recrean nostálgicamente esos momentos de la vida argentina.

En la misma pieza teatral, Cantalicio opone el extranjero al *criollo puro*, usando así un reforzativo bastante frecuente, aunque menos que *criollo viejo* o *criollo de pura cepa*⁴¹ y, exclamativamente, *criollo lindo*, *criollo caliente*, o sufijos de intensificación como el diminutivo o el aumentativo, que no añaden matices de significado ni explican lo criollo sino que simplemente lo exaltan. *Criollo*, solo, se presenta como expresión de ciertas cualidades positivas que se consideran típicas de lo argentino: "La batalla de Tucumán es, como se ve, la más *criolla* de todas cuantas batallas se han dado en el territorio argentino..." (Vicente Fidel López, *Historia de la República Argentina*, t. IV, ed. 1913, p. 227, el subrayado es del autor). Pero junto a las notas francamente positivas otras señalan ciertos matices especiales: se habla de la viveza *criolla* (se dice que el criollo es "sobrador"), de la haraganería *criolla*, y por otra parte se habla también de un sentido criollo de la vi-

⁴⁰ *Cantalicio*. — ¡Yo me voy a morir! Estoy muy triste... ¡Salgan!... Sin casa... sin hijos... sin amigos... Soy un pobre criollo... un pobre criollo" (p. 156).

Cantalicio. — ¡No preciso que me curen!... ¡Me viá morir!... ¡Se acabó!... ¡El criollo viejo ya no los incomodará más! ¡Nunca más!...

Nicola. — Atienda, don Cantalicio... La muchacha tiene razón... Nosotros no queremos dejar que un criollo se muera como un perro... (p. 167).

⁴¹ "...ña Domitila, una *criolla* de pura cepa, de edad indefinida..." (*La Pachamama*, p. 28); "¡Bien aiga! el criollo valiente si habló con tal decisión..." (Lusich, *Los tres gauchos orientales*, p. 141, I, v. 1245); "Eduardito pisa lentamente en el estribo y luego bolea la pierna con la agilidad de la costumbre. Don Panchito mancorná su caballo, que es ligero para subir y lo monta sin usar los estribos. — ¡Ah, criollazo, nariz de pato! — ¡Qué querés, así somos los puebléros!" (*Los caranchos de la Florida*, p. 63); "Cuando el Cuerdo se embriagaba... — ¡Ah, hijitos! concluía riendo, ¡Ah, criollitos! y que no vengan ahora a mentarme a ese tal Juan Moreira que no sirve para ensillarme el man-carrón." (*Juan Moreira*, p. 195); B. E. Vidal de Battini, *BDPI*, VII, p. 371 incluye a *criollazo* entre las palabras de sufijo ponderativo —azo como *machazo*, *honradazo*, *porteñazo*, *amigazo*, etc.

da⁴² en tanto que con seguridad jactanciosa se suele decir "Dios es criollo" —es decir, "es uno de los nuestros y aunque las cosas vayan mal o las hagamos en forma rápida e improvisada, nos ayudará— al fin todo saldrá bien"⁴³.

La palabra *gaucho* (nombre de un símbolo, no sólo para el exterior en un aspecto de cultivo de lo folklórico y atractivo por típico y diferente, sino también para los argentinos, como expresión de algo esencial para su fisonomía como nación y sus caracteres como individuos)⁴⁴ presenta una historia peculiarísima que implica ampliaciones y restricciones de significado, valoraciones y desvaloraciones que varían con el transcurso del tiempo, con el hecho de que quien emplee la palabra sea hombre de la ciudad o el campo, argentino o extranjero, y aun en los argentinos de una misma condición de acuerdo con la toma de posición ante los problemas pasados y futuros del país. Por otra parte, y éste es el aspecto que más nos interesa para el presente trabajo, de la historia de la palabra deriva el signo positivo o negativo de las valoraciones con que hoy se la usa. Dada esa riqueza y complejidad, nuestro punto de partida será un resumen diacrónico para llegar al análisis del estado actual (aspecto sincrónico).

⁴² "Pero esos drusos, por instruídos que sean, no tienen nuestra viveza criolla" (H. Bustos Domecq, *Seis problemas...* p. 28); "La razón de que la geografía es una ciencia seria inútil. Sólo sirve para que nosotros los criollos nos desahogemos demostrando que los pueblos cultos no tienen cultura" (Juan de Garay, *Cosas de argentinos*, p. 57); "Los únicos que compran nuestros libros son los enemigos. Para encontrar que tienen razón de serlo. Que para tener razón los criollos somos capaces hasta de tomarnos trabajo" (idem, p. 126); "Pero el café tiene todavía más honda significación al respecto. Las parejas se juntan en el *Reservado para familias*, para conocerse o para pelearse... El reservado para familias es casi un templo. El locutorio de un sentido criollo de la vida. Por eso tiene una fisonomía tan peculiar..." (ibidem, p. 143). Y en tono de investigación sociológico-filosófica, sin el humorismo que caracteriza los ejemplos anteriores hay muchos elementos finamente vistos de lo argentino, designado como criollo, en *Meditación del pueblo joven* y especialmente "Meditación de la criolla", 1939, Biblioteca de la Revista de Occidente, Emecé Editores, Bs. As., 1958.

⁴³ Joseph E. Gillet, *Propalladia and other works of Bartolomé de Torres Naharro*, Bryn Mawr, 1948-1952, 3 ts; t. III, p. 194, a propósito del uso en Tinellaria, II, v. 113 "Deus foi português", ofrece testimonios de la frase en diversos autores, épocas y circunstancias; pasó al Nuevo Mundo y se dice en el Brasil "Deus é brasileiro" con el mismo matiz del uso argentino (que no es el simple alarde basado en la indentificación de una fantástica patria asignada a Dios con la real del hablante, como ocurre en los ejemplos portugueses y en Torres Naharro). Sería interesante rastrear su paso del Brasil a la Argentina (épocas, autores, etc.).

⁴⁴ Ezequiel Martínez Estrada, *Radiografía de la pampa* (1ª ed., 1933), especialmente "La época del cuero" (Ed. Losada, Buenos Aires, 1953, pp. 49-59).

Gaucha designó primero un tipo humano determinado y especialísimo del litoral argentino y el Uruguay surgido por peculiares condiciones históricas y geográficas⁴⁵. El tipo mismo es anterior a la palabra, y en los documentos, informaciones, memorias, se mencionan mozos vagos, arrimados, cuatrerros y toda serie de calificaciones, descripciones o designaciones hasta que hacia 1780-1790⁴⁶ aparece la palabra *gaucha* que rápidamente desplazará a todas las demás para designar al habitante de las pampas, sin domicilio fijo, habilísimo jinete, ocupado en operaciones de ganadería ("vaquerías") por cuenta ajena como contrabandista o por cuenta propia para procurarse el alimento a través de la llanura más o menos indivisa y poblada sólo por ganados salvajes ("hacienda cimarrona"), frecuentador de la pulpería y con ideas muy primitivas y esquemáticas en lo tocante a la vida familiar y social y a la religión. De entre varias calificaciones y designaciones imprecisas hacia el último tercio del siglo XVIII se van usando cada vez con más frecuencia los nombres de *gauderio*, *camilucho* y luego *gaucha* que acaba por hacer olvidar a los demás. A pesar de la aparición tardía del vocablo no hay mayores testimonios de sus primitivos empleos, ni comentarios orientadores, y su etimología sigue en discusión⁴⁷;

⁴⁵ Las circunstancias de las que surgió dicho tipo, su aparición dentro del marco histórico y geográfico que lo condicionó se prestan siempre a discusiones apasionadas —gauchofobia o gauchofilia— y todavía se está esperando el estudio de conjunto e imparcial sobre el tema, pues los que se tienen, o bien presentan al gaucha como un héroe, como un ser perfecto visto románticamente o bien como un bandido y contrabandista peligroso e indolente. A pesar de su evidente "gauchofobia" la obra más seriamente documentada hasta el presente es el estudio de Emilio A. Coni, *El gaucha*. Argentina, Brasil, Uruguay. Bs. As., Ed. Sudamericana, 1945. Desapasionado, pero incompleto y a veces apresurado es el estudio de Madaline Wallis Nichols, *The gaucha: Cattle-Hunter, Cavalryman, Ideal of Romance*. Durham Duke University, 1942 (Tr. esp. de Cristina Correa Morales de Aparicio, Prólogo —muy orientador— de F. Aparicio, Ed. Peuser, Bs. As., s. a.).

⁴⁶ Informe de Lorenzo de Figueredo a José Varela y Ulloa, Montevideo, 30 de abril de 1790, "...y arrestase a los muchos malévolos, ladrones, desertores y peones de todas las castas que llaman gauchos o gauderios...", al que el historiador José Torre Revello considera como el ms. más antiguo en el que aparece la voz *gaucha*. Corominas, *Dicc.*, da como primera documentación el *Diario* de Aguirre, que considera de 1782 y remite a los *Anales de la Biblioteca Nacional* de Bs. As., IV, 145 (el mismo Torre Revello lo considera "posterior a 1784", fecha en que Aguirre inició su viaje por el Uruguay en una de las comisiones de límites (cf. E. Coni, *op. cit.*, p. 177).

⁴⁷ En un análisis de la palabra con fines estilísticos y descriptivos del sistema expresivo de los hablantes de la Argentina, en materia de bibliografía para la etimología de *gaucha*, creo que debemos remitirnos al *Dicc.* de Corominas que analiza algunas de las propuestas, da las principales indicaciones bibliográficas y escoge entre las más plausibles la que hace derivar la palabra del quichua *wahca* 'pobre, indigente, huérfano' de donde provino primero *gaucho* que habría dado *guacho* 'huérfano, el cachorro que se cría separado de la madre' y *gaucha*.

en cambio, unánimemente se considera al gaucho como un tipo mestizo en cuya composición étnica participan lo español por línea paterna y lo indígena por la materna, no sólo en los primeros años de la vida colonial, sino ininterrumpidamente hasta bien avanzado el siglo XIX.

Durante un siglo, desde su aparición hacia 1770, *gaucho* señala un tipo social bien diferenciado; luego, poco a poco el primitivo significado se fue ampliando y *gaucho* fue todo habitante de las zonas del litoral argentino y uruguayo, buen jinete, habilísimo en las tareas ganaderas, a veces sin domicilio fijo, pero no ya siempre identificable con aquel tipo determinado y peculiar. E. Coni que en la obra citada ha estudiado paso a paso estos cambios de la palabra, los atribuye a dos grupos de gentes que ven al gaucho desde fuera: los viajeros extranjeros que utilizan a *gaucho* como 'habitante de la pampa', 'campesino, en general'⁴⁸ y los argentinos de la ciudad, la gente culta, entre quienes, y especialmente en los ambientes políticos, se abre paso hacia mediados del siglo el significado elogioso, relacionado con la previa utilización de fuerzas gauchas en las milicias irregulares de los ejércitos libertadores y especialmente a través de los gauchos de Güemes⁴⁹. Y así, definitivamente, los hombres de cultura hacen suyo el término al que acabará de dar sus rasgos definitivos la literatura gauchesca, sobre todo el *Martín Fierro* que hace de su protagonista, un gaucho típico, el símbolo de unos modos de vida y una estructura social que incomprendida y no respetada por los gobernantes está llamada a desaparecer víctima de la injusticia. Es en este momento definitivo de la vida argentina —organización nacional, incremento de la inmigración— cuando el gaucho aparece en la literatura como elemento social, perseguido o no, pero siempre opuesto al *gringo* y como representativo de lo vernáculo —la pampa abierta, el caba-

⁴⁸ Cf. Coni, *op. cit.*, p. 423 ss., y Pedro Inchauspe, *La tradición y el gaucho* (Kraft, Bs. As., 1956) quien los utiliza repetidamente para dar una visión positiva del gaucho en todos los momentos de su historia. Así lo usaron Head y Andrews (quienes, a su vez, influyeron en el uso que de la palabra hacen Alberdi y Sarmiento), más tarde Darwin y Xavier Marmier.

⁴⁹ E. Coni hace notar que los gauchos formaron en las milicias libertadoras en la Banda Oriental, pero no en Buenos Aires (p. 201-202) ni tampoco en los ejércitos de San Martín. En cuanto a los llamados "gauchos de Güemes (uno de los puntos de partida para el prestigio ulterior del término) no lo eran, pues el tipo gauchesco que había nacido en Santa Fe y de allí extendiéndose a toda la región pastoril de Entre Ríos, Banda Oriental y Buenos Aires, no se encontraba en Salta" (p. 210): sólo tienen de común el calificativo, pero no sus medios de vida ni sus costumbres ni su alma. La palabra se difunde rápidamente en Salta hacia 1814, según Coni, porque los españoles, "para marcar su desprecio" así llamaban al ejército patriota, lo que hizo reaccionar a Güemes, que conocía bien el valor de la palabra, en forma inesperada, pues recogió como un elogio la palabra que se les había lanzado como un insulto.

llo, la ganadería— frente al hombre de la ciudad que rige al país, lo encamina e introduce en los dominios de aquél la agricultura, el alambrado, etc.

Podemos, pues, antes de analizar la vigencia de *gaucho* en la lengua actual de los argentinos hacer un cuadro de estos significados sucesivos o simultáneos de la palabra en el pasado y su relación con los usos actuales, lo cual nos permitirá analizar éstos con más claridad.

I) Tipo étnico mestizo delimitado histórica y geográficamente.

II) Extensión del significado primitivo:

a) paisano del campo argentino experto en las tareas de ganadería y buen jinete.

b) soldado en las milicias irregulares de las guerras de la independencia.

c) degradación del tipo a), b), o vuelta a I) en un mundo al que no se adapta y que a su vez no reconoce sus peculiares condiciones.

III) Símbolo de la nacionalidad en dos aspectos principales:

a) el campo frente a la ciudad.

b) el nativo frente al extranjero.

(En estos usos muchas veces se hace simplemente sinónimo de *criollo*).

IV) Usos valorativos actuales:

a) encomiásticos (derivados de IIa,b y III).

b) despectivos: derivados de I, IIc o IIIb —tomado como factor negativo en la vida nacional.

Ya en 1845 Francisco Javier Muñiz⁵⁰ separa el *gaucho* 'campesino que sirve como peón en la ganadería o la labranza' de *gaucho neto*, designación del tipo histórico que describe en sus características físicas y morales (vago, perseguido por la autoridad, empleo del caballo, robo de mujeres, etc.) y la misma distinción resulta clara en Lucio V. Mansilla, *Una excursión a los indios ranqueles*, Cap. LII, al hablar de *paisano gaucho* y *gaucho*⁵¹, éste equi-

⁵⁰ *Voces usadas con generalidad en las repúblicas del Plata, la Argentina y la Oriental del Uruguay* (Montevideo), repr. por Milciades Alejo Vignati, "El vocabulario rioplatense de Francisco Javier Muñiz", *BAAL*, V, 1937, ps. 402-452.

⁵¹ "Chañilao es el célebre gaucho cordobés Manuel Alfonso, antiguo morador de la frontera de Río Cuarto... Camilao me había hablado largamente de Manuel Alfonso. Había sido el apoderado de los pocos intereses que dejó en la frontera la última vez que huyó de ella. Tenía por él ese cariño respetuoso que el paisano le profesa al gaucho cuando no le cree malo..." Lucio V. Mansilla, *Una excursión a los indios ranqueles*, Cap. LII (Ed., prólogo y notas de Julio Caillet-Bois. Fondo de Cultura Económica, México, 1947, p. 293; "Camilo Arias es igual a Manuel Alfonso en un sentido, su reverso en otro. Camilo sabe tanto como Alfonso; es rumboador como él; pero no es aventurero. Camilo es un paisano gaucho, pero no es un gaucho. Son dos tipos diferentes.

valente del *gaucho neto* de Muñiz, aquél del que Muñiz llama simplemente *gaucho*. Aunque las designaciones no coinciden en 1845 y en 1870, un observador atento establece delimitaciones similares. Y a continuación, Mansilla nos muestra cómo y para quiénes *gaucho* se ha convertido en un símbolo:

"El primero [paisano gaucho] compone la masa social argentina; el segundo [gaucho neto] va desapareciendo. Para los que, metidos en la crisálida de los grandes centros de población, han visto su tierra y el mundo por un agujero; para los que suspiran por conocer el extranjero en lugar de viajar por su país; para los que han surcado el océano en vapor; para los que saben dónde está Riga ignorando dónde queda Yaví; para los que han experimentado la sensación febril de tragarse leguas en ferrocarril, sin haber gozado jamás del placer primitivo de andar en carreta, para todos esos el *gaucho* es un ser ideal.

No lo han visto jamás.

La libertad, el progreso, la inmigración, la larga y lenta palingenesia que venimos atravesando hace diez y ocho años lo va haciendo desaparecer."

USO ACTUAL

I. Sólo se utiliza como término designativo del vocabulario histórico, sociológico, etc.

II. Designativo: "¿Qué te parece? —preguntó el gaucho a Serapio, su hijo mayor." (Javier de Viana en *De la misma lonja "Campo amarillo"*, p. 7. A la mera designación se pueden sumar notas afectivas⁵² (por agregado de adjetivos: *pobre gaucho*, *comiseración*; *buen gaucho*, *gaucho lindo*, etc., *aprecio*. Cf. *supra*

Paisano gaucho es el que tiene hogar, paradero fijo, hábitos de trabajo, respeto por la autoridad, de cuyo lado estará siempre, aun contra su sentir. El gaucho neto es el criollo errante, que hoy está aquí, mañana allá; jugador, pendenciero enemigo de toda disciplina; que huye del servicio cuando le toca, que se refugia entre los indios si da una puñalada, o gana la montonera, si ésta asoma. El primero tiene los instintos de la civilización; imita al hombre de las ciudades en su traje, en sus costumbres. El segundo ama la tradición, detesta al *gringo*; su lujo son sus espuelas, su chapeado, su tirador, su facón. El primero se quita el poncho para entrar en la villa, el segundo entra en ella haciendo ostentación de todos sus arreos. El primero es labrador, picador de carretas, acarreador de ganado, tropero, peón de mano. El segundo se conchaba para las *yerras*. El primero ha sido soldado varias veces. El segundo formó alguna vez parte de un contingente y en cuanto vio la luz se alzó... En una palabra, el primero es un hombre útil para la industria y el trabajo, el segundo es un habitante peligroso en cualquier parte... El primero compone la masa social argentina; el segundo va desapareciendo..." (*ibidem*, cap. LII, p. 294).

⁵² "A un hombre que es hombre, y más aún si ese hombre es un gaucho, no le debe asquear ninguna labor, así fuese más pesada que un toro padre y más peligrosa que galopar por el campo en una de esas noches en que el cielo se entretiene en plantar rayos sobre la tierra." (Javier de Viana, *De la misma lonja*, "La herencia del tío Filemón", p. 22).

criollo) o juicios de valor explícitamente formulados⁵³.

III. De *gaucho* como símbolo del argentino pueden derivar usos despectivos o burlescos cuando se lo usa en otros países, como ocurre en Chile, según Zorobabel Rodríguez y Lenz, o en Bolivia, según Lafone Quevedo: "El boliviano, como por afrenta, llama a todo argentino gaucho".

En los usos actuales hay que distinguir el uso de *gaucho* como adjetivo o como sustantivo. El uso como sustantivo encierra la evocación del tipo originario y sirve de apoyo a adjetivaciones o construcciones de complementos que acentúan las notas de valoración o desprecio a las que la designación básica puede dar lugar. Cuando Lynch, *Los caranchos de la Florida*, p. 166, dice de un personaje "¡Es todo un gaucho!" la valoración tiene presente las características del *tipo gaucho* en forma precisa, y especialmente la baquía en el manejo de ganados y caballo, en tanto que la intuición de un conjunto de condiciones morales superiores, vistas sintéticamente explica el siguiente uso que hace Güiraldes en *Don Segundo Sombra*, p. 350: "Ya has corrido mundo y te has hecho hombre, mejor que hombre, gaucho"⁵⁴. Este tipo de valoración

⁵³ "Güen gaucho al par del mejor / pa entreverarse en pelea" (Lusich, *Tres gauchos orientales*, p. 18, I, v. 351; "Lo miran al pobre gaucho / como carne de cogote / lo tratan al estricote..." *Martin Fierro*, I, v. 2095; "Puse punto final a mis correrías de vagabundo, perfilando sobre la figura mal pergeñada del pobre gaucho ignorante la simpática silueta del soldado", J. S. Alvarez, *Memorias de un vigilante*, p. 22; "Hilario —Por qué tenés vergüenza de mí? ¿Por qué la flor del pago no puede casarse con el más pobre de los gauchos?" (Florencio Sánchez, *Cédula de Navidad*, p. 118); "Cuando llegaron hasta el vasco Urtiaga... las mentas de la virtuosa laboriosidad de su vecino, exclamó en su pintoresca parla bilingüe: — Pueda ser que verdad; puede ser que mentira. Hijo'el país, bueno, bueno pal trabajo, y honrao también, sí, sí... Experiencia tengo, gente conozco; gaucho cuando arremanga, cincha sin miedo reventar lazo... Eso sé, sí, sí. Pero también sé que gaucho, en viendo naguas blancas o carpeta verde olvida trabajo; y si corre parejero, tirar a patas caballo toda platita ganada sudor frente... Yo estimar gaucho, pero hija mía, antes cortar pedazos, echar los perros que darla esposa..." J. de Viana, *De la misma lonja. "Madre Desidia"*, p. 34.

⁵⁴ Justamente Güiraldes, al retratar un tipo humano que desaparece y que él ha considerado estética y humanamente valioso, le ha conferido una poesía y una hondura de la que carecen las evocaciones puramente folklóricas: lo que en los gauchófilos es posición combativa, es expresión poética en Güiraldes, de ahí el contenido humano y no folklórico del personaje (aunque haya otros y muy valiosos elementos folklóricos en el libro), y la riqueza vital de individuo dentro de las líneas básicas del tipo que representa. El uso señalado en Güiraldes entronca con el de tono francamente arrogante con que Martín Fierro habla de sí mismo (I, vs. 79 ss.):

Soy gaucho y entiendanlo
cómo mi lengua lo explica:
para mí la tierra es chica
y pudiera ser mayor:
ni la víbora me pica
ni quema mi frent'el sol.

es mucho menos corriente que las referidas directamente a las habilidades propias de la vida en la pampa argentina o aquella otra, quizá la más corriente en la vida ciudadana: 'capaz de darse entero por un amigo', 'capaz de jugarse entero por su prójimo', 'amigo de hacer favores, o dispuesto a hacerlos en beneficio de alguien, aun dejando a un lado el propio interés'⁵⁵.

De la primera de estas acepciones 'hábil, valiente, experto', muchas veces utilizada en formas ponderativas o comparativas (*muy gaucho, el más gaucho, gaucho lindo*)⁵⁶ derivan aquellas en las que los motivos no se puntualizan, pero subsiste la atmósfera ponderativa: "Don Pedro era por cierto el pulpero más gaucho del mundo, y antes de hablarme de riquezas, me hizo mil preguntas sobre mi larga ausencia, queriendo saber si me había hecho jinete, qué tal era para el lazo, cuántas mudanzas de malambo había aprendido y si sabía descarnar bien las botas de potro." (*Don Segundo Sombra*, p. 348). Se califica elogiosamente de *gaucho* al pulpero precisamente porque no le habla de riquezas y lo trata con la misma familiaridad con que en los días del comienzo de su adolescencia cuando le compraba por unas pocas monedas los bagres que pescaba junto al puente viejo⁵⁷. Más fuerte en cuanto a lo asertivo de la valoración y menos apuntado a determinados motivos es el uso de *gaucho* en casos como el siguiente:

"Fueron todos al despacho del Director, que muy gaucho y compañero charló con ellos largo rato. Les dio la razón, pero eso

⁵⁵ De esta acepción proviene *gauchada*, el derivado de *gaucho* más frecuente hoy en boca del hablante medio de Buenos Aires y extendido por todo el país. "Me hizo una gauchada", "No hay como él para una gauchada". Esta acepción de 'servicio, favor' deriva de 'acción propia de un gaucho ejecutada con maña, audacia y esfuerzo', 'hombrada para realizar algo que ofrecía dificultades más o menos serias o para librarse de algún peligro o riesgo' (Saubidet) pero que tuvo antes las posibles acepciones derivadas de *gaucho*: en el *Santos Vega* de Ascasubi, 65, es 'chiste, improvisación de gaucho' y toda la amplitud de su significado puede verse en el siguiente empleo de Eduardo Gutiérrez, *Juan Moreira*: "—¿Y si lo matan, tata?" —había preguntado Vicenta en el colmo de la desesperación. —No hay quien haga esa gauchada, —contestó el paisano. —Para matar a Juan tendrán que juntarse dos partidas" (p. 23).

⁵⁶ L. V. Mansilla, *Una excursión*, Cap. XXVII: "Mi viejo era un gaucho lindo, nadie pialaba como él, ni componía gallos mejor"; Lynch, *Los caranchos de la Florida*, p. 55: "—A mí me gusta más don Eduardito, el de "El Cardón". Ahí tienen un hombre gaucho, un hombre güeno con los pobres y que no li hace asco a ningún animal, por bellaco que sea".

⁵⁷ Las posibilidades de matices que *gaucho* tiene en *Don Segundo Sombra* van desde la designación hasta el símbolo y desde la valoración franca de cualidades morales hasta la efusión humorística, afectiva, irónica, que en el ejemplo siguiente aparece destacada por el uso del diminutivo: "—Ve, ve, me decía éste señalando una pareja de gringos que pasaba bailando a saltos. —¡Cha que son gauchitos, si van como arrancando clavos con los talones!" (p. 138).

fue todo y las cosas siguieron como antes." (B. Verbitsky, *Es difícil empezar a vivir*, p. 225) ⁵⁸.

Igualmente valorativo pero referido a condición concreta es otra acepción que definió y situó concretamente Raúl Scalabrini Ortiz en su intento de explicar al hombre de Buenos Aires (*El hombre que está solo y espera*, Bs. As., 1931, p. 127): "Palabras de premio son asiduas en su plática [la del porteño]: "gaucho", "macanudo", "derecho". Tipo gaucho es el hombre servicial."

Por lo general *gaucho* como valoración negativa se usa acompañado de un adjetivo o en construcciones nominales de las que *gaucho* es núcleo ⁵⁹. En el *Martín Fierro*, el negro increpa al protagonista llamándolo "gaucho roto" (I, v. 1182) y Martín Fierro muestra la visión negativa de ese mundo que no lo comprende: "Le llaman gaucho mamo / si lo pillan divertido" (I, v. 1393); "Si uno aguanta, es gaucho bruto; / Si no aguanta, es gaucho malo" (I, v. 1380-1381); en la literatura gauchesca o en la novela rural encontramos "gaucho animal" ⁶⁰, "gaucho roñoso", "gaucho canalla", "gaucho trompeta", "gaucho sinvergüenza", "gaucho zaparrastroso", "gaucho hilacha" ⁶¹, "gaucho peleador". Desde el punto de vista tanto de la forma como del contenido estas fórmulas derivan de *gaucho malo* 'pendenciero, de mala conducta y vida nómada' ⁶², *gaucho alzado*, *gaucho vago*, *gaucho matrero* que no hacen sino describir aspectos del tipo del gaucho primitivo en épocas posteriores, en las que se tiene la certeza de que su carácter lo hace inadecuado para integrarse en la vida de la colectividad.

Clase dada en el Colegio Libre de Estudios Superiores el 30 de noviembre de 1960.

⁵⁸ A este tipo de empleo responde la acepción de 'espléndidos' que junto a 'expertos', 'bravos' da para *hombre gaucho, mujer gaucha*, B. E. Vidal de Battini para San Luis (BDH, VII, p. 319).

⁵⁹ Nadie en las ciudades entendería hoy (y también entonces necesitó explicación) el siguiente uso que registró Mansilla, *Una excursión...*, Cap. XXXV: "Mariano un cacique indio queriendo ponderarme uno de sus hijos, me dijo: 'Este es muy gaucho'. Después me explicaron la frase. El indiecito ya robaba maneadas y bozales..."

⁶⁰ Benito Lynch, *El antojo de la patrona*, p. 9: "Es demasiado brusco con los peones... Todo se vuelve: ¡gaucho animal! por aquí, ¡gaucho animal! por allá..."

⁶¹ BDH, VII, p. 319 'mal vestido, menesteroso'.

⁶² Para la figura del gaucho malo basta remitir a las páginas de Sarmiento, *Facundo*, Cap. II; se lo menciona también como tipo en el *Martín Fierro* y le sirvió al historiador V. F. López, *Historia de la República Argentina*, ed. 1913, t. V, p. 235: "...ciertos panegiristas de Artigas apasionados y ciegos, que quisieran levantar la vulgar estatura de un simple *gaucho malo* hasta las proporciones colosales de un monstruo".

El problema de la población en la Argentina *

por CARMELO M. BONET

Si la guerra atómica que se cierne sobre nuestras cabezas, y que sólo posterga el miedo recíproco que se tienen Rusia y los Estados Unidos, no resuelve de un saque todos nuestros problemas, convirtiendo a la Tierra en un inmenso cementerio, la humanidad, con esa ceguera suicida que en ocasiones padece, se acerca a otra hecatombe, si el instinto de conservación no le abre a tiempo los ojos. El gran peligro está en la superpoblación.

Hace siglo y medio Malthus, el honrado y clarividente pastor protestante, dio la voz de alarma, y desde ese entonces se ha tenido a gala combatirla. Era fácil probar la debilidad de la ecuación por él formulada de que mientras la población del mundo se reproducía en proporción geométrica, las subsistencias aumentaban sólo en proporción aritmética.

La ciencia y su aplicación, la técnica, han hecho y seguirán haciendo milagros: sacando aceite de los ladrillos, convirtiendo desiertos en oasis, multiplicando los panes y los peces. La mecanización de las labores agrícolas y la asombrosa perfección de las máquinas producen, en los países avanzados, sobrantes de alimentos y de productos industriales.

Esos prodigios, sin embargo, no han eliminado el espectro del hambre y la imperiosa necesidad de las cosas más indispensables en muchas regiones del planeta. ¿A qué se debe este absurdo, esta antinomia de "progreso y miseria", ya señalada por Henry George en el siglo pasado? Se debe, en mucha parte, a que no se ha resuelto otro gran problema: el de la distribución de la riqueza. Los conflictos sociales, con su derivación más agria: la huelga, tienen ori-

* Palabras referidas a la Argentina de un cursillo de tres clases dictadas sobre el problema de la población mundial los días 15, 22 y 29 de setiembre de 1959, en el Colegio Libre.

gen a menudo en una injusta distribución de la riqueza. No hay equidad en el reparto. El profesor brasileño Josué de Castro, una autoridad en lo que toca a la alimentación, y que se hizo famoso con su libro *Geografía del hambre*, ha escrito: "En la Tierra hay 2.500 millones de hombres, pero 1.700 millones no han logrado todavía liberarse del hambre crónica". Y agrega: "Si las riquezas se distribuyeran equitativamente y si se explotaran todos los recursos racionalmente, habría lugar en la Tierra para muchos millones más de hombres".

El *homo* negociante, cuya capacidad e instinto de dominio no suavizan los siglos, se encarga de que todas esas conquistas de la técnica sólo aprovechen a una minoría, a la minoría de que forma parte él y sus compinches. Los monopolios, los trusts, los carteles, impiden que descendan hasta las masas los beneficios de una mayor producción.

En el Brasil, en tiempos de Vargas, se arrojaban al mar los "excedentes" de café a fin de entonar su precio. En la Argentina, con el mismo fin, para que su abundancia no la abaratase, se tiraba a los riachos del Delta toneladas de fruta. En Mendoza se desmantelaron viñedos por temor a la superproducción, y se enlutaron las acequias con miles de litros de vino, con que se embriagaron las vacas sueltas. En Corrientes se paralizó un flamante ingenio azucarero para evitar una posible competencia a los de Tucumán, Salta y Jujuy. Obedeciendo a esos mismos intereses, en Río Negro fue silenciada una fábrica de azúcar de remolacha. En Avellaneda un conocido consorcio hizo lo propio con una fábrica de cerveza recién instalada. En el Río de la Plata nunca se pudo quebrar el monopolio del tránsito fluvial. ¿Para qué seguir?

Entretanto se multiplican las bocas en forma incontenible. Basten unas pocas cifras para probarlo. En 1954 la población mundial era, aproximadamente, de 2.400 millones, y hoy, cinco años después, anda por los 2.800. A ese ritmo se calcula que esa población mundial llegará, a fines del siglo, a los 6.000 millones.

El Asia contribuye con el mayor aporte. Es el continente más poblado y más prolífico. En la India ya no cabe un alfiler. Por eso se ha llegado a predicar la esterilización voluntaria a fin de remediar la asfixia de ese hacinamiento. Pero la mentalidad del pueblo indio está en contra, por tradición religiosa, de ese linaje de frustración. El problema ha quedado abierto. La China comunista cuenta con unos 600 millones de habitantes y si Buda y Confucio no lo evitan, o alguna crisis catastrófica, tendrá a fines del siglo unos 1.000 millones. Hay que sumar los 200 millones de chinos que viven fuera de las fronteras de la nueva república. Ya en la China de hoy se vive como en un hormiguero. Ha escrito el periodista griego Jorge Dresses: "En las horas de intenso movi-

miento la gente surge en las calles como una masa compacta y en los vehículos de transporte apenas si queda espacio para las moscas". También el Japón está peligrosamente superpoblado. En el África existe todavía mucho sitio baldío, pero el nivel de la población sube en forma vertiginosa: de 140 millones ha pasado en sólo veinte años a los 220 millones, por crecimiento vegetativo. En Europa el mismo fenómeno. La natalidad, restringida en las clases cultas, sigue dando superávit en las clases populares y en las regiones más pauperizadas. En 1901 tenía Europa 188 millones de almas y 25 años después, a pesar de la guerra del catorce, 447 millones. Y el crecimiento es constante. Como es constante en América. Los Estados Unidos andan ya por los 180 millones. Cada once segundos nace un yanquicito. Y la América latina ha pasado esa cifra. Es la zona del globo que se puebla más rápidamente, como que es el vaso comunicante que recibe los excedentes demográficos sobre todo de Europa.

Pero, y a esto queríamos llegar, un día, no lejano, América dirá ¡basta! No queremos más inmigrantes. Nos conformamos con las cosechas de nuestras madres. Y los europeos tendrán que arreglárselas en su casa, como los africanos y los amarillos.

Desde tiempos inmemoriales la naturaleza ha ido frenando drásticamente la supernatalidad, ha ido eliminando con la muerte el exceso de la vida. Pestes asoladoras —crónicas en la India— epidemias endémicas, guerras y más guerras, han purgado al mundo. Más he aquí que esta terrible terapéutica ya no cuenta. Se van eliminando pestes y epidemias gracias a la difusión ecuménica de la medicina social, preventiva, y al empleo en gran escala de los antibióticos. Los índices de mortalidad han bajado muchísimo. Las guerras, particularmente las modernas, han producido enormes claros. Pero son como la poda en los árboles: estimulantes. Estimulan la fecundidad humana. Una noche fría de París cubría las bajas de una gran batalla napoleónica.

La emigración ha sido el gran remedio: útil para el país congestionado, amenazado de hemiplejía, y útil para el país receptor, todavía anémico. Descubierta la América, inmenso continente semipoblado, el problema parecía resuelto por siglos. Europa, en drenaje ininterrumpido, volcó sobre el Nuevo Mundo el exceso de su población. Mas, como hemos dicho, se acerca el día en que ese Nuevo Mundo, ya saturado, entornará sus puertas. En otros continentes tampoco habrá huecos, pues el crecimiento vegetativo los va colmando. Se acabó la era del colonialismo. Aun los pueblos más débiles están hartos de que los exploten, de que los subestimen y les quieran imponer una economía, un estilo de vida y una "civilización" foránea.

Frente a estas perspectivas, ¿cuál es la situación de la Argenti-

na? Por ahora vamos tirando. Todavía el apotegma de Alberdi puede defenderse. Pero el "gobernar es poblar" no encierra una verdad eterna sino circunstancial, y cada año que pasa va siendo menos verdad. Se lanzó en momento oportuno, cuando en la Argentina el enemigo era el "desierto". Y ese apotegma se hizo realidad. La segunda mitad del siglo pasado se caracterizó por una intensa absorción de masas humanas. La pampa se fue cubriendo de gringos. Y era tal su número que cambiaron la fisonomía del país. Fue configurándose una nueva Argentina. Las grandes ciudades, sobre todo Buenos Aires y Rosario, tomaron semblante europeo y cuajó en el campo esa cosa tan trascendente que es la chacra. La chacra y la estancia representan dos Argentinas distintas. En la estancia se guareció la tradición criolla, poco afecta al arado, y en la chacra la codiciosa ambición del inmigrante. Como no eran incompatibles, se estableció la simbiosis y hoy conviven, apoyándose recíprocamente, estas dos formas del quehacer campesino.

La inmigración hizo de la Gran Aldea, una urbe cosmopolita, un hervidero humano, una inmensa ciudad parasitaria, pletórica de burócratas, de empleados, de ricos ociosos, de obreros descontentos, de pequeños comerciantes e industriales, también descontentos; una ciudad, en los días que corren, poco menos que inhabitable.

En el resto de la república se va espesando la población de algunas ciudades importantes: Rosario, Córdoba, Mendoza, Tucumán, Bahía Blanca, Mar del Plata. En la campaña hay todavía mucho "desierto": latifundios y zonas inexploradas, la mayoría por falta de agua y de caminos.

En definitiva: un país con veinte millones de habitantes, donde caben, se dice, holgadamente, cien millones; pero mal distribuidos, y que sufre, por esa mala distribución, en los centros urbanos, donde la gente se apiña, se arracima, se apretuja, los ahogos de la superpoblación. Es un caso de flatulencia o de falso embarazo.

La Capital y el Gran Buenos Aires contienen en una superficie que es un pañuelo un tercio de la población de todo el país. Es la cabeza de Goliath que dijo Martínez Estrada. Esta cabeza de Goliath nos presenta en forma aleccionante un cuadro de lo que será la nación dentro de muy pocas décadas, si no cambia la mentalidad de sus dirigentes y siguen prendidos al *slogan* alberdiano.

La flatulencia demográfica es bastante común. Países escasamente poblados padecen de esos ahogos, que se traducen en una áspera fricción entre el capital y el trabajo, con sus consecuencias: desocupación, huelgas crónicas, gremialismo agresivo, sabotajes, malestar colectivo. Un malestar que responde a causas artificiales: legislación social atrasada o demagógica, gobiernos dictatoriales,

burocracia parasitaria, inflación. La América Latina puede ofrecer muchos y lamentables ejemplos.

Se trata, convenimos, de estados transitorios, de fiebres de crecimiento. Un día, seamos panglosianos, con la madurez y la educación vendrán la cordura, el orden dentro de la libertad, el apaciguamiento de las rencillas domésticas, la convivencia tolerante. Y estos países cumplirán entonces con sus altos destinos.

Pero mientras suframos de flatulencia demográfica, habría que poner la casa en orden antes de llamar a nuevos huéspedes. Urge descongestionar Buenos Aires y sus alrededores, en los cuales, como manchas de lepra, asoman las Villas Miserias.

Si razones políticas y económicas han producido esa congestión, las mismas razones pueden dar el remedio: *similia similibus curantur*. Entre otras, se han aconsejado estas medidas: trasladar la Capital al interior, como lo está haciendo el Brasil; radicar las grandes industrias sobre los grandes ríos o junto a las fuentes de energía hidroeléctrica, facilitar el acceso a la tierra y hacer más placentera, como en los Estados Unidos, la vida campesina, lo cual se logra llevando al campo el confort de la ciudad.

Entre nosotros se ha hecho todo lo contrario: el dirigismo estatal con su malla de planillas, de formularios, de trabas burocráticas, de estatutos demagógicos, ha hecho más dura la vida del hombre de campo, y eso explica que muchos lo abandonen y se hagan urbícolas.

Y siguen llegando inmigrantes, enviados por la "Cime". Casi todos esos inmigrantes se quedan en Buenos Aires. Y al incorporarse a una población sobrecargada, agudizan los problemas de la vivienda, del transporte, de la alimentación. No es la inmigración de antes, la que se dispersó por la pampa, la que creó la chacra. Esta usa cosméticos y, bien vestida, se pasea por el barrio de los cines.

Actualmente, la Argentina da la impresión de un hermoso y enorme navío con 20 millones de tripulantes empeñados en hundirlo. No se entienden ni quieren entenderse; pues viven en estado pasional. Pero Dios nos protege. No lo van a conseguir porque tiene ese navío condiciones de flotabilidad demasiado poderosas. Y seguirá adelante a pesar del enjambre de políticos y dirigentes gremiales que lo amarran con los hilos de Liliput. Y un día, es fatal, el país alcanzará la cifra soñada de los cien millones de habitantes. Se habrá tocado el cielo con las manos. Tendrá ingentes industrias, intenso comercio, muchas ciudades populosas y carreteras en todas direcciones. Será una gran potencia y, a lo mejor, también ella, con sueños de hegemonía.

Lo que no sabemos, y a eso responde esta meditación, es si el hombre será más feliz, si no habrán acrecido sus angustias, si no

se habrá exacerbado su neurosis y enconado la lucha por la vida. Y si al leer viejas páginas referidas a nuestra época, no echará de menos ese hombre la amplitud con que ahora respiramos con sólo escaparnos de la ciudad; y esta posibilidad que tiene cada quisque, si no es un holgazán, de abrirse camino con poco esfuerzo; y esta vida regalona, sensualista, que llevan tantos; y este comer y beber abundantes de que el argentino de hoy suele jactarse en cuanto pisa tierras extranjeras. Tal vez diga entonces: ¡oh, tiempos aquellos!

Llegará un día en que no se podrán dar diez pasos sin topar con un prójimo, es decir, con un rival en potencia. ¡Y nosotros nos quejamos de lo vacío de nuestro campo, donde todavía es dable moverse a gusto y extasiarse ante los limpios horizontes; donde la convivencia es todavía hospitalidad porque sus pobladores dispersos se ayudan solidariamente! ¡Pobre pampa nuestra! ¡Cómo se lamentarán nuestros descendientes de ese bien perdido cuando se les haya venido encima el exceso de la población del mundo, con sus odios, sus prejuicios, sus apetitos, sus exigencias, su codicia y su complejo de superioridad! ¡Adiós paz campesina!

Ya tenemos el preanuncio de lo que será ese loco vivir. Lo tenemos en el Buenos Aires de hoy, con sus problemas siempre irresueltos de vivienda y de transporte, con su ruidosa algarabía de bazar oriental y donde los paredones y techos van cubriendo los jardines, matando las flores, ahuyentando los pájaros, tapando el sol. Enorme vientre para el que tiene que trabajar todo el país y en el que, a pesar de ello, escasean muchas cosas; colmena donde la gente ya se molesta y tiene que hacer cola hasta para comprar una estampilla.

Se vivía mejor en el Buenos Aires de principios de siglo, el de los arcos voltaicos, cuando Mitre paseaba su proceridad por Florida y la gente tenía espacio para cederle, respetuosa, la derecha, cuando era posible aplicar en los tranvías el "completo" y el hombre bien educado podía brindar su asiento a la mujer. Hoy hasta las grávidas viajan colgadas como racimos y la grosería es lo normal. Y es que nos estorbamos.

¿Qué diría Mansilla de este cuadro? ¡Él que ya se quejaba del viejo Buenos Aires porque era "un hormiguero de gente": "Lo digo ingenuamente: prefiero el aire libre del desierto, su cielo, su sublime y poética soledad, a estas calles encajonadas, a este hormiguero de gente atareada, a estos horizontes circunscriptos que no me permiten ver el firmamento cubierto de estrellas sin levantar la cabeza, ni gozar del espectáculo imponente de la tempestad cuando serpentean los relámpagos luminosos y ruge el trueno".

Es como para envidiar la vida lenta y sedante de la Gran

Aldea, con sus tertulias, su monotonía, sus amores románticos, su beatitud conventual.

Pero nadie puede detener eso que llamamos progreso. Y no hay cosa más detestable, porque progreso no es sinónimo de civilidad. El progreso con sus ríos de autos, con la insolencia de sus rascacielos, con la invasión del cemento y del ladrillo, con sus altoparlantes, con sus ruidos estridentes, con su olor a pizzería... el progreso está barriendo con todo lo que tenía la vida de más amable: árboles, pájaros, flores y, lo que es más grave, está matando el silencio. Radios y televisores han terminado con la tertulia familiar o amistosa, han suprimido el arte de la conversación que florecía en los pueblos más finos, en los grupos humanos más espiritualizados. Todo lo espiritual lo deshace la vorágine que se agita enloquecida como hormiguero pisado, sin saber qué quiere y adónde va.

En resumen, el país se irá poblando más y más hasta que se acabe la tierra disponible. Colmado el interior y supercolmada su Capital —lo que puede acontecer en lo que falta del siglo— mostrará sus dientes amarillos, en competencia brutal, el *lupus* de Hobbes.

Habría que curarse en salud.

Vida del Colegio

FILIAL BAHÍA BLANCA

Resumen de su labor durante los dos últimos años:
1958

Inauguró sus tareas el 20 de mayo con una conferencia de Roberto F. Giusti sobre Ricardo Rojas, su semblanza espiritual y moral (que acababa de fallecer), y rindió homenaje a Aníbal Ponce en el vigésimo aniversario, en un acto en el que hablaron Pablo Lejarraga y Osvaldo Jorge Ruda.

Hablaron durante el año: Andrés Ringuélet sobre "La otra República: la rural" y "Un ciudadano diferente: el chacarero"; Jorge E. Bogliano, "Lugones, testigo mayor de una literatura argentina"; Benjamín Carrión, ecuatoriano, "La novela y el medio social en la América Latina"; Santiago Marzo, de Santa Rosa (La Pampa). "La Cooperación. Su contribución a la solución del problema eléctrico argentino"; Florentino V. Sanguinetti, "La ley universitaria" y Manuel Lamana, "José Ortega y Gasset y la juventud actual de España".

Se realizó un curso sobre "La revolución tecnológica contemporánea y sus proyecciones humanas y sociales" en el que intervinieron: Enrique Gaviola que habló de "La física atómica", Jorge Santos, "Cibernética", Rolando García, "El año geofísico internacional", Hernán Rodríguez, "Perspectiva de la automatización" y Luis Reissig, "La era tecnológica y la educación".

En este año se recordó a Sarmiento en el Día del Maestro, se sancionó una declaración sobre las universidades privadas y por la derogación del art. 28 y se adhirió al homenaje a E. Martínez Estrada en el 25 aniversario de la publicación de su "Radiografía de La Pampa".

Inauguró sus tareas el 15 de abril con una conferencia de B. Canal Feijoo sobre "La fundación de la historia argentina", y ocuparon su tribuna: Marcos Victoria, sobre "El hombre y el teléfono" ensayo de psicología existencial; J. Ricardo Nervi, de La Pampa, "La escuela como taller de cultura" (temas pedagógicos vinculados a problemas de tipo económico, social y cultural); Alcides Spelucin, "La figura y la obra de César Vallejo"; Germán García, "Payró y el Sur argentino"; Luciano Molinas, "Problemas de post-guerra"; Julio Ardiles Gray, de Tucumán, "La joven literatura del Norte argentino"; Uros Bacic, "El orden cooperativo y la primacía del consumidor"; Alberto Fontana, "Psicoanálisis de hoy"; Osvaldo V. Crespo, "El concepto de la libertad en Sarmiento"; Mario Bunge, "¿Qué es un problema científico?"; Adolfo Fernández de Obieta, "Tres revolucionarias religiosas del siglo XIX: Helena Blavatzky, Annie Besant y Mary Baker-Eddy"; y Miguel Figueroa Román, "Introducción a la parapsicología" (2 clases).

Se recordaron: el 150 aniversario del nacimiento de Lincoln con una conferencia de Juan Guido Pastorino sobre "Abraham Lincoln, el profeta de la democracia"; el 150 aniversario del nacimiento de Carlos R. Darwin, hablando Augusto Tapia sobre "Darwin y sus observaciones en la costa del Pacífico del desierto chileno"; se asoció al Día del Escritor: habló E. Martínez Estrada sobre "El escritor argentino en el momento actual", y leyó su "Mensaje a los escritores" y se realizó una mesa redonda sobre "Bases para la planificación de la región de Bahía Blanca" con Hugo Hansen, Lorenzo Finocchio, Pedro González Prieto, Mario Zuntini y Elio Caporossi.

En este año participó la filial en diversas gestiones culturales y adhirió a la celebración del 75 aniversario de la ley 1420.

Índice del Volumen LV

CARMELO M. BONET: El problema de la población en la Argentina	100
FRIDA W. de KURLAT: El Congreso de Dialectología de Lovaina (1960)	69
ANGELA B. A. de PAGELLA: Influencia del teatro europeo en la temática nacional	33
LUIS REISSIG: La alfabetización y los cambios económicos	1
ELSA TABERNIG: "Juan Pérez", novela inédita de Alejandro Korn	13
CLARA L. VILASECA: Educación para la democracia	50

Manuscrito Posible Vignettes

FACULTAD DE F I L O S O F I A Y L E T R A S
BIBLIOTECA CENTRAL - DIVISION CANJE
BUENOS AIRES ARGENTINA
RECIBIDO EN CANJE

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Talleres Gráficos
CONTINENTAL
Lavalle 1671

PRECIO \$ 60.—